

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22.

NUM. 260.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1910

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID



Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

MUSEOS DE FOLK-LORE

PERTENECER A LA BIBLIOTECA
ATENEO DEL BARCELONES

Los museos de folk-lore son los últimos que han venido al mundo, y para explicarnos el cómo y el por qué, creo conveniente hablar antes de otros museos más entrados en años.

Los museos tienen su origen en el instinto de acaparamiento, innato en el hombre, y manifestándose en su niñez con la misma ausencia de utilitarismo y la misma estética que el que lleva á la urraca á guardar objetos brillantes en su nido.

En los pueblos bárbaros llegó á desarrollarse en lo que los etnólogos alemanes llaman «Thesaurierung», *atesoramiento*, consistente sobre todo en la riqueza de indumentaria y en la mobiliaria, principalmente pecuaria, de donde los nombres de pecunia y ganado. Se caracteriza el atesoramiento en la psicología étnica por la falta de proporción entre el acaparamiento y la utilización directa, ni inmediata ni mediata, como puede observarse con evidencia en muchos pueblos africanos pastores; tal falta de proporción lleva consigo como impulsor, promovido al primer término del cuadro, el lujo de ostentación, que en los pueblos nómadas y pastores, lo mismo que en los personajes advenedizos, tiene que manifestarse en la riqueza portátil, no solariega, y, falta de suficiente desarrollo de las artes suntuarias, se manifiesta, más que por la calidad, por la cantidad de los objetos que la constituyen. Esta cantidad no puede utilizar el poseedor en su propio consumo y el de sus allegados; no puede

ó no considera conveniente utilizarla en el trueque ó comercio, y para evidenciar su absoluta posesión se ve impulsado á no permitir que la utilicen quienes no sean sus incondicionales. Se ha llegado á explicar por algunos autores el origen de la poligamia por este concepto del atesoramiento; en las sociedades en que la mujer es el principal obrero, como ostentación de riqueza en brazos; en aquellas en que se las recluye en harem, como ostentación de riqueza sexual, que no se utiliza más que en una mínima parte.

*
* *

En las sociedades en que lo solariego ha tomado carta de naturaleza, llegando la sedentariedad á su mayor grado de esplendor (lo que no excluye las ausencias), el atesoramiento empieza á caracterizarse como casero, y en la casa se acumulan los objetos de valor monetario ó artístico; pero á ellos se agregan los trofeos, la parte más característica de los cuales ha llegado á constituir, en su mayor grado de desarrollo, las *armerías*, cuando ya las marcas de propiedad se habían transformado en blasones.

Pero entre los trofeos y panoplias los hay cuya importancia no radica en haber pertenecido á tal ó cual gran señor, allegado ó enemigo, y que no revelan directamente el hecho de un gran servicio ó de una victoria, sino que vienen á demostrar la lejanía á que han llegado las empresas de su actual poseedor, y desde este momento nacen los *gabinetes de rarezas ó curiosidades*, hasta venir á parar á los museos de arte exótico, y sus imitadores, á los incunables de las bibliotecas y, por último, á los *museos etnográficos*, por lo que se refiere á los productos de la inteligencia humana, tanto más estimados cuanto más extraños, y estimados, no tanto por lo que nos aproximan como por lo que nos alejan de sus autores. Como que uno de los avivadores de la tendencia á coleccionar es el deseo de distinguirse, y el mismo deseo encuentra alguna parte de satisfacción, aun-

que muchas veces ilusoria, en los visitantes de los museos etnográficos.

En éstos, efectivamente, no se ve, ni sería hacedero en muchos casos conseguir que se viera, la verdadera utilidad, la completa adaptación del utensilio para el uso á que lo destinaba su autor, bárbaro ó salvaje, con el grado de ingeniosidad y destreza necesarias; lo que salta á la vista y encaja perfectamente en el prejuicio que al visitar estos museos lleva el público, es lo raro, lo extraño, la impresión de que aquellos objetos no nos servirían á nosotros para nada, ni tampoco, es un suponer, á quienes trabajan para fabricar lo que hemos de adquirir en el comercio. Salen, pues, de estos museos las gentes que los visitan con una impresión de alejamiento respecto de los pueblos allí representados, impresión de que alguna vez se libran las gentes sencillas; más difícilmente algunas de aquellas á quienes las humanidades han infatuado de tal suerte, que ya no abrigan el sentimiento de humanidad respecto del género humano, llegando á confundir en un mismo desprecio á los pueblos que no son el suyo, á la etnología y á la prehistoria.

*
* *

Combinada la rebusca de rarezas con las ideas adquiridas respecto de arte é historia, comienzan con el renacimiento y las relaciones directas con Italia las colecciones de *antigüedades clásicas*, desechando lo que se considera bárbaro y clasificando entre aquéllas lo que tenga cierto carácter de perfección, criterio que llegó á producir efectos vandálicos en muchas joyas de la arquitectura gótica, no sólo en España, sino también en muchos otros puntos de Europa, sin excluir las metrópolis. Tal era la admiración ante la herencia de cultura rotulada con el clasicismo de los llamados dominadores del mundo, aunque el imperio que llegaron á constituir pueda compararse en una de sus dimensiones con el de los Incas del Perú y fuese menor y de mucha menor duración que el chino, teniendo que de-

fenderse de las incursiones de los «Alemanni» con el «Limes romanus», frontera artificial, sin más ni menos pretensiones aisladoras que la muralla de China.

El clasicismo de imitación no sólo produjo estragos en el desarrollo orgánico y armónico del arte nacional, sino que alejó la mentalidad de las clases ilustradas, alimentadas espiritualmente en las humanidades, de la comunión con aquellas otras en que el espíritu sigue en más inmediato contacto con la naturaleza patria y con las necesidades y actividades elementales cotidianas; sin que las arcadias de abanico ni el «Petit Trianon» con sus pastorcitas de entre bastidores pudieran servir de nada para evitar la catástrofe final, también contaminada de clasicismo de imitación, desde los oradores de la Revolución, queriendo revivir á Cicerón, hasta el Imperio napoleónico, queriendo revivir al César.

*
* *

Ya en la primera mitad del siglo XVIII empezó en Prusia la estimación por las *antigüedades patrias* con la «Marchia gentilis» de Oelrich, antigüedades patrias que allí evidentemente no habían de ser romanas ni de ninguna otra de las naciones de la antigüedad clásica; lo cual no obsta para que también se encontrasen en el suelo de la Marca de Brandenburgo, como en Dinamarca, restos de arte romano antiguo, prueba evidente de que el hallazgo de tales restos no es bastante á demostrar el dominio de los Césares, quienes notoriamente sabido es que no gobernaron nunca en las márgenes del Spree.

Al reaccionar en el primer cuarto del siglo XIX las nacionalidades surgió el romanticismo y la rehabilitación de la Edad Media en la consideración de literatos y artistas; pero, desquiciada la trabazón íntima en los componentes de aquéllas, la inspiración no se alimentó tanto del meollo de su nación como de caballeros un tanto exóticos, salvo raras, aunque valiosas,

excepciones, y fueron menester nuevos sacudimientos para que comenzara á verse por dentro el espíritu nacional.

Sin embargo, el absentismo mental había llegado á ser tan radical y de tal manera, que los espíritus cultivados no vibraban, no ya al unísono, lo cual es imposible, pero ni siquiera acordes con su país, ni estaban tampoco tan desligados de él que pudieran sentir la curiosidad desapasionada de estudiar las manifestaciones del alma contemporánea ó reciente de éste; buscando las lejanías en el tiempo, como con la etnografía se buscaban en el espacio, se vino á dar en el más allá de la Historia, primero con los descubrimientos metódicos de la edad de la piedra pulimentada en Dinamarca, después con los de la piedra tallada en Francia, hasta llegar á poder presentarnos, en unión con los objetos de las edades *prehistóricas* del bronce y del hierro y las antigüedades patrias anteriores á los historiadores indígenas, colecciones de más de 52.000 números, como, por ejemplo, la del Museo alojado en el magnífico palacio de Francisco I, en Saint-Germain en Laye.

A estas corrientes de afición de las clases estudiosas obedecieron también algunos artistas, quienes por fuerza habían de ponerse á tono con los más atrevidos fantaseadores de la prehistoria; y tan pronto nos dan, como Cormon, un Caín rubio y de la edad de la piedra tallada y, como Frémiet, un guerrero galo revestido de armadura de la edad del bronce, y colocado en el balcón del Museo citado frente á un guerrero romano, contemporáneo de los galos, pero no de los hombres de la edad del bronce; ó nos presentan con Mr. Darre, en el Salón de París de 1909, «Les Ancêtres», en que la cabeza figurativa del padre de la familia muestra largos colmillos, como no los tenía la quijada humana más antigua hasta hoy encontrada.

Ni los sesudos académicos se libran de sugestión todavía al final de este mismo año, soñando batallas que dejan destrozados los ejércitos liásicos y triásicos bajo las dislocadas retaguardias cenomanenses, cuando no transforman los terrenos, rocas y minerales tan plebeyos como la arcilla en coturnos, clá-

mides, coronas, mantos, túnicas y velos; ó ven «hombres que corrían sobre piernas algún tanto encorvadas, y de los cuales alguno empuñaba el vertical colmillo de un dinoterio, ó las hachas de piedra talladas en sus dos «faces», ó figuras de barcas de ahuecado tronco, que los iberos llamaban, con la palabra griega de Estrabón, *monogila*».

Ni el llamado «cerebro del mundo» es dueño de contener sus aplausos en el momento de oír á un sabio profesor del Museo comparar el largo y ancho enormes del más antiguo y abrutado cráneo francés, recientemente descubierto, con los del de Bismark, para ser un momento después aún más elocuente con el reposo de sus manos al oír la enorme diferencia que el conferenciante señala entre la gran altura del cráneo de Bismark y la bajeza de aquel que los franceses han dado en llamar su antepasado, porque vivió en el centro de lo que hoy es Francia, hace no sabemos cuántos miles de años.

En cambio, en el mismo cerebro del mundo, á las manifestaciones de lo que constituyó la vida é integró el alma popular del país propio (y en parte todavía íntegra y constituye), aun en sus formas más fácilmente comprensibles, como son los trajes y melodías, no encuentra quien las exponga al público más que algún modesto profesor de escuela privada de comercio, y aquel, no muy numeroso, tiene que encaramarse para asistir á la conferencia hasta el maloliente desván de una «mairie» de distrito. Apenas encontraban tales manifestaciones mejor acogida en la literatura hace algún tiempo, ni en las Universidades, ni menos en las Academias, ni en las colecciones ni Museos, por carecer de lo que se suele llamar «distinción», es decir, de aquello que hace á un objeto extraño á un pueblo, por serle á éste inútil ó caro, por necesitarse para construirlo técnica de escuela especial, por excesivamente exótico ó por excesivamente antiguo. La verdadera distinción, con abolengo indígena, pierde en este desquiciamiento su arraigo, y no tarda en perder también su filiación y, por consiguiente, el sustantivo que se haya de distinguir. La verda-

dera distinción es como la flor en su propia planta, rodeada del verdor de que ha nacido, y del cual se distingue sin separarse de él; la ilustración desquiciada, hoy tan frecuente, es como la camelia vistosa y sin fragancia, prendida en una ramita de pitosporum sin sus propias aromáticas flores.

*
*
*

Este alejamiento mental entre las clases ilustradas y el pueblo repercute en el ridículo antagonismo entre las clases bajas urbanas y el pueblo rural, sin que aquéllas manifiesten cultura superior en sus propias producciones, tales como las de la «foire au pain d'épice» de la Pascua florida parisiense, ó las figuras de Nacimiento de las grandes poblaciones españolas, ni en sus incursiones á los festejos de extrarradio. Contemporáneo con él es el aplanamiento moral é intelectual de los campos por causas á primera vista paradójicas, y así se ve que si el mayor orgullo de los niños rutenos y madgyares es el de jugar con juguetes contruídos por ellos mismos, en cambio, en la costa del Adriático, en Fiume, sus juegos son mezuquinos, miserables, de interés (Gabnay en Globus 1904); no por otra causa se encuentra, por ejemplo, en el siglo xx el maestro de Osma con la escuela vacía, que por la reciente erección de una fábrica en la proximidad; los pueblos, que en los comienzos de este siglo no tenían otra manera de endulzar que con miel, quizás reporten algún beneficio de la fabricación del azúcar de remolacha en sus inmediaciones; pero es indudable que con ello han venido lo que la pereza intelectual y el egoísmo llaman males necesarios, y que en algún caso llegan á encontrar personas que se entusiasmen con ellos, como con los humos de la industria y el transporte, haciéndolos objeto de placer estético é «higiénico».

No fué, sin embargo, tan absoluto y general el apartamiento que no permitiese cierta orientación de la literatura y

el arte hacia las tradiciones nacionales; pues bien cierto es que las ciudades modernas, y entre ellas las metrópolis, toman su energía física y mental de la inmigración rural, y no todos los que se ensalzan son tan desalmados como aquel lacayo de casa grande que se avergonzaba de su madre aldeana.

Tal orientación empezó por la literatura acudiendo en busca de inspiración á los mitos, leyendas, cuentos y poesías populares, y un siglo hace ya que los hermanos Grimm publicaron su colección de cuentos, traducidos y popularizados en toda Europa; no por superioridad del pueblo alemán en estas manifestaciones de su mentalidad, sino por la intensidad y orientación de vida intelectual de sus clases ilustradas, en contraposición á una modorra mental de las de otras naciones en lo propio, lo que trajo consigo la servil imitación. Esta no ha concluído aún en el arte con sus gnomos agazapados bajo moteadas setas (tan malignas como hechiceras), sus recuerdos de excursiones españolas fabricados de encargo en Suíza ó la Selva Negra, sus chalets suízos, cottage inglés, villa italiana, decoración japonesa, enclavados en un paisaje español; sus zarzuelas con personajes bretones y melodías ni bretonas ni españolas, y tantas y tantas manifestaciones de descastamiento y esterilidad mental.

Es tal este descastamiento espiritual, que Van Gennep ha dado en llamar bovarismo, del ambiente en ciertas clases, que con la alusión á país de pandereta ó de abanico se arroja en el mismo montón, junto con lo fantaseado, traspuesto ó anacrónico del escritor extranjero, también lo pintoresco, lo típico y verdadero de un país español, que ha tenido la desgracia de extender su popularidad por intermedio de elementos, no los más recomendables ni castizos, pero cuya vida propia es tan digna de respeto y estimación como la de cualquier otro de la nación y de fuera de ella; como si la esencia del progreso consistiera en pasar desapercibido entre las naciones europeas; como si fuera motivo de vergüenza el tener algo distintivo y personal, de que tampoco carecen ni las más adelantadas,

cuando se las estudia por dentro. Hasta para los garbanzos hay su correspondiente maldición, no más justificada que para sus equivalentes de otros países.

*
* *

Lo que constituye la vida é integra el alma popular, las manifestaciones de la mentalidad del pueblo vinieron por fin á ser objeto de estudio sistemático por parte de las clases más cultas del propio país, y ya en 1846 lo designó W. J. Thoms, en el Athenaeum de Londres, con el nombre de *Folk-lore*.

Esta palabra, literalmente traducida, querría decir el «saber del pueblo»; no lo que se sabe de él, sino lo que él sabe ó piensa que sabe sin la intervención de los modernos vulgarizadores ó popularizadores; como canción popular no es igual que canción acerca de algo popular; sin que haya contradicción con el hecho de que en unos casos se averigüe y en otros se sospeche el origen en una inteligencia individual más ó menos ilustrada, pues claro es que la invención siempre es individual, aunque no única, y nace compenetrada con el modo de pensar y sentir del pueblo; sólo después vienen la difusión, modificación y arraigo.

En el folk-lore no se trata de enterarse de lo que es el pueblo antropológica, demográfica ni políticamente, sino de los productos directos de su mentalidad en cuanto suyos. En rigor, folk-lore no querría decir el estudio de estos productos, sino el caudal de conocimientos (ó ideas tenidas por tales) que posee el pueblo y son causa de aquellos productos. Sería, pues, el objeto de aquel estudio y no el estudio mismo; como lenguaje y lengua no son la lingüística, el género humano no es la antropología, y el cuerpo humano no es la anatomía, si bien aquí el caso para las designaciones es inverso; pero así como la anatomía no se debe entender según su traducción literal, como tampoco la fisiología y la física, no hay para qué utilizar demasiado con las diferencias entre aquel objeto y su

estudio; ello interesará á gramáticos y ergotistas, pero no evita errores y extravíos. Podemos, por tanto, atrevernos á llamar folk-lore al estudio mismo de lo que piensa, siente y hace el pueblo, y como tal estudio ha de ser sistemático, metódico, comparativo, científico, en una palabra, si ha de ser fecundo, vendremos á parar á que folk-lore será una monografía etnológica [Krauss: «Vollmöllers Kritische Jahresberichte.» IV. abt. III, s. 33]; pero en la que se ha de ahondar antes de hacer comparaciones superficiales, de la misma manera que los yacimientos de carbón se explican mejor por el estudio local que por su semejanza y existencia en todas las partes del mundo. Ni serán menos útiles las recopilaciones sobria y puramente descriptivas, con más minucias que imaginación, artificio ni confección clásica.

Tal estudio no limita su objeto por las agrupaciones de casas con calles y plazas, sino que entiende el pueblo en otro sentido más amplio, tampoco limitado á la plebe; pero no puede ni debe dar al horizonte, que abarca la torre de una catedral, más importancia que al del campanario de una aldea ó á la espadaña de una ermita, y siempre tiene en cuenta aquella frase de Wolf de que «en la vida del pueblo apenas hay nada insignificante, y á menudo en la mayor nimiedad se refleja admirablemente el espíritu que lo anima, como el cielo en la inadvertida gota de rocío».

Ya al mediar el siglo pasado se habían publicado en Inglaterra y Alemania muchas obras de recopilación, y aparecían revistas folk-lóricas; pero poco á poco la ciencia oficial volvió á mostrar cierto despego por estos estudios, dejándolos abandonados al diletantismo, hasta que el florecimiento de la etnología (1) en el último cuarto del siglo les infundió nueva vida, encarnada en un cuerpo mucho más exuberante, por haberse extendido la afición, no ya sólo á las canciones populares y

(1) Entendida esta palabra, no á la manera de Broca, sino á la de los etnólogos de otras naciones.

sus melodías, sino también á las danzas y trajes populares (de lo cual muchos no han pasado), al ajuar y arquitectura, instrumentos de trabajo, curandería, meteorología, etc., sin arrinconar el estudio de refranes, consejas, cuentos, leyendas, conjuros, sortilegios, etc., etc., ni el de otros usos y costumbres, más el derecho consuetudinario.

Fundóse en 1878 la Sociedad inglesa de Folk-lore, poco después las de los Estados Unidos, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Islandia, la de Machado en España (1881), la de tradiciones populares en París (1886), la berlinesa (1890), la austriaca (1894), las de Munich, Elberfeld, Breslau, etc., etc., y por último la griega (1909); mas es de advertir que ya el año 1853 había en Dunkerque un comité flamenco dedicado á estudios folk-lóricos, y por aquel entonces, á impulsos del Gobierno francés, se hicieron grandes recopilaciones; pero se enfrió pronto el entusiasmo, y no hay señal ninguna de que se hayan utilizado científicamente aquellos valiosos materiales.

Claro es que sin publicaciones continuadas de carácter compilatorio, satisfacción de la deuda contraída con los modestos y desinteresados colaboradores de todo el ámbito de la nación (1), sin una revista de la especialidad en que se pueda dar cuenta de todos los artículos folk-lóricos publicados en las que no tienen éste como objeto único, así como de todos los opúsculos de asunto y carácter folk-lórico, no es posible emprender el estudio, que justamente demanda Weinhold, del pasado de cada manifestación folk-lórica, mental ó material, del origen y su fundamento, ni el estudio comparativo con las análogas de otros pueblos, para obtener, por último, la fórmula general humana á partir de la nacional.

Las publicaciones de este objeto de investigación, á pesar de no estar representado oficialmente en Universidades y Academias, alcanzan ya, sólo para el año 1908, á 2.296 números,

(1) Véase la Información promovida por la Secc. de C. Mor. y Polít. del Ateneo de Madrid en 1901.

según puede verse en A. de Wolf: *Bibliographia folk-lorica periodica*. I. 1909, Brügge, y sólo en Alemania se pueden contar hasta 12 revistas provinciales folk-lóricas; en Francia lleva ya veinticuatro años de vida la *Revue de la Soc. des traditions populaires*, recueil mensuel de mythologie, littérature orale, ethnographie traditionnelle et art populaire», pero que da su preferencia á los dos primeros conceptos conforme al más restringido del folk-lore; subsiste también «Melusine», como su nombre indica, más limitada todavía á ciertos aspectos; en Viena se publica en cambio, con carácter más general y hasta internacional, «Am Urquell». Existe también un tratado de iniciación «Die Volkskunde», publicado en 1903 por Kaindl, profesor de la Universidad de Czernowitz, en el cual se estudia la significación, objetivo y método del folk-lore, y puede servir de guía para las investigaciones. También ha empezado á publicarse en estos dos últimos años una serie de manuales, de los cuales el primero trata de la Leyenda (Sage), con 162 págs., de las que 54 de bibliografía, además de la abundantísima del texto, pero sin ninguna cita española; el segundo, del Cuento (Märchen), con 200 págs., de las que 36 de bibliografía (citados F. Caballero y Maspons); el tercero, de la Canción popular, con 204 págs., de las que 17 de bibliografía (1); el cuarto, de Cantos y juegos infantiles, con 189 págs., de las que 18 de bibliografía.

De publicaciones españolas podríamos citar las de Machado, el Centro Excursionista de Cataluña, la *Revista de Galicia*, la *Revista de Extremadura*, la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, etc., etc.; pero, por lo desperdigadas que se encuentran, seguramente incurriría en graves omisiones; motivo más para lamentar la falta de un órgano folk-lórico general en que referir y estudiar todas las producciones del reino. Entonces no pasarían ignoradas de los folk-loristas extranjeros tantas y

(1) No hay ninguna cita española, y bien podemos decir que no por falta de publicaciones á ella referentes.

tantas colecciones de canciones con sus melodías, que se han publicado del país Vasco, de Castilla, de León, de Galicia, Asturias y Aragón, Montaña, Cataluña, Andalucía, etc., etc.

Para dar alguna idea del florecimiento del folk-lore en algunos países, mencionaremos solamente «Braunschweiger Volkskunde», von R. Andree, cuya segunda edición, con 12 láminas aparte, 174 figs., planos y mapas, no cuesta más que 5^m,50; «Alt-Rheinisches», von Pelsler-Berensberg (trajes, ajuar, casas, fiestas), cuya tercera edición (1909), con 12 láms., 62 figs. y 68 págs. en 4.º mayor, cuesta 6 m.

Por su esplendidez y mayor interés de proximidad para nosotros, merece mención aparte *Portugalia*, publicación periódica de monografías generales y parcelares sobre prehistoria, arqueología, antropología, historia y folk-lore, de la cual han visto la luz 2 tomos de 886 y 700 páginas, en 4.º, 45 y 38 estampas, 473 y 624 ilustraciones en el texto respectivo, al precio de 29 francos; que, comparado con la *Rev. des tradit. popul.*, con sus 576 páginas en 8.º, sin ilustraciones, coloca á nuestros vecinos peninsulares á una altura envidiable; bien es cierto que para ello han sabido reunirse hasta 34 colaboradores literarios y más de 25 artísticos con verdadero criterio y sobriedad científicos, y que desde un principio declaraban que «nada esperamos do publico e não obstante proseguiremos».

* * *

Paralelamente á la recopilación de las tradiciones orales se han empezado á constituir, desde hace un cuarto de siglo, las colecciones folk-lóricas, principiando por las de trajes y acabando por *Museos* especiales, que abarcan todas las materializaciones del modo de ser de un país; pero no en todas partes se ha logrado constituir las colecciones de esta índole en cantidad é importancia suficientes para formar con ellas un Museo independiente.

E. M.—Agosto 1910.

2

PERTENECI A LA BIBL
DEL
ATENEO BARCELON

En Hannover (1), por ejemplo, ocupa una parte del «Museo de la patria», al igual que los recuerdos de la batalla de Langensalza contra los prusianos, y contribuye á enriquecer la colección folk-lórica el pequeño principado de Schaumburg-Lippe con sus trajes, muebles, acuarelas de caserías y un interior auténtico. Quizá pudieran creerse estas colecciones inspiradas en el particularismo; pero aparte de que no se comprendería entonces la inclusión de aquel principado en un Museo hannoveriano, ningún espíritu verdaderamente abierto apreciará en ello más particularismo que el del Museo Carnavalet, por ejemplo, por la ciudad de París, ó el Märkische Museum en Berlín por la marca de Brandeburgo, y en que por cierto, la parte rural está constituida por la etnografía de los wendos, descendientes de los dominadores eslavos del país antes de que los reconquistaran los tudescos, y aun hoy con habla eslava. Tampoco se pueden considerar muchos de los objetos coleccionados como antigüedades en desuso, pues en aquel pequeño principado se ven todavía, aun en días de trabajo, si van de viaje, aldeanas ricamente vestidas con el traje tradicional, y en las calles de Berlín mujeres con cuévanos y nodrizas wendas con su traje peculiar.

En París, la sala etnográfica de Francia (2) no ocupa más que un salón de 12 á 15 metros de lado en cuadro, así como el resto de Europa poco más, en el Museo etnográfico del Trocadero; nombre que nos recuerda la victoria de los cien mil hijos de San Luis sobre los liberales españoles en Cádiz, y que los radicales de París no han querido sustituir por otro. En dos esquinas de aquel salón hay una habitación-cocina de Bretaña y otra de Auvernia con su ajuar y maniqués de tamaño natural, y entre las dos puertas una habitación de Borgoña; en medio un tablado con maniqués que representan un músico vasco-sulefino y aldeanos de Ossau, Bigorre, Ariège y Rosellón, reuni-

(1) En la capital; en el de Celle, antigua residencia real, es más importante.

(2) La falta de guía y catálogo dificulta mucho la inspección.

dos, como no lo están nunca en la realidad, en apariencias de escena campestre. En las paredes se ven un mapa de Francia con sus lenguas y dialectos de éstas, y otro de la baja Bretaña, en que se señalan los brétons brétonnants y los brétons gallots (éstos últimos hablan francés), los primeros con los cuatro dialectos del bretón, leonnais, tregorrois, cornouailles y van-netais.

El resto del salón está ocupado por armarios y vitrinas, destinados, uno á los diversos modos de fajar las criaturas y los demás á las agrupaciones de los siguientes países: Delfinado y Saboya; Auvernia, Velay y Cevennes; Provenza con Niza; Camargue; Languedoc; Bigorre, Béarn y País Vasco (vitrina y media); Guyena y Gascuña; Limousin et Marche; Périgord et Angoumois; Saintonge, Aunis, Poitou, Anjou et Maine; Bourbonnais; Nivernais et Morvan; Turena y Orléannais; Bretaña; Normandía; Picardie et Artois; Flandes; Lorena y Champagne; Alsacia y Franco-Condado; nombres todos mucho más familiares entre los actuales franceses que los de los departamentos, y que hasta dan lugar á litigiosas resoluciones ministeriales, como el de Champagne, en cuanto á sus límites. Tampoco los objetos podemos considerar como anticuados, y de ellos las cofias, con sus variadísimas formas, tradicionales para cada localidad, se ven por todas partes en la cabeza de las campesinas; solamente las sirvientas jóvenes renuncian su uso por la estereotipada y sonsa cuchufleta que provoca en los mozos de la ciudad, quienes á su vez no son menos tradicionalistas al contar aún por encima del franco en suses, y más ilógica y fragmentariamente abandonando la numeración por decenas en la séptima, octava y novena, á diferencia de los belgas con sus nombres franceses adecuados al sistema (septante, octante, neuvante).

Casi el doble de la sala francesa del Trocadero ocupa la sección rural en el Museo Municipal de Braunschweig, amén del patio central con lucerna, construído expresamente para que las antiguas vigas de roble talladas se puedan contemplar

á la altura y distancia á que se encontraban en las casas antiguas y con luz suficiente; la primera de las cuatro salas de la sección tiene el piso de tierra apisonada, según es costumbre en las caserías del país, y en ella se expone un modelo en pequeño de éstas, en cuyas piezas se han de imaginar alojados los utensilios y ajuar que en las salas se exponen.

La colección de folk-lore alemán en Berlín ocupa todo un piso bajo de 65 por 100 metros, con 14 salas y un patio central en que hay una caseta doble; en las salas de la derecha y fondo se exponen, por agrupaciones geográficas (algo alteradas por falta de sitio), los objetos procedentes de los diversos países del Norte y Centro de Alemania, Alsacia y algo de Suíza, mientras que en el ala izquierda encuentran colocación los de Suíza, Sud de Alemania y Austria, quedando una sala, casi tan grande como la francesa del Trocadero, para las colecciones comparativas, es decir, clasificadas no geográfica, sino objetivamente. Entre las agrupaciones geográficas aparecen instauradas una habitación frisona, una wenda con maniqués, una alsaciana, otra suíza y otra austriaca, más una holandesa con maniqués y otra de Lüneburg en la caseta del patio; sin contar las habitaciones instauradas en completo y los objetos no encerrados, entre los cuales hay un carro con todos los arreos de novia, se pueden contar más de 40 armarios y vitrinas. Para poder estudiarlo con mucho provecho, tiene este Museo la principalísima buena cualidad de tener rotulados todos sus objetos con nombres locales, y las descripciones y explicaciones puramente objetivas necesarias, con abstracción de pedanterías de sistema; además, por 0,30 (1) se adquiere una guía (3.^a ed.), que en 70 páginas detalla todo lo posible, y la sociedad publica sus trabajos por fascículos sucesivos, de los cuales han aparecido ya 13.

De colecciones folk-lóricas públicas se pueden contar hasta

(1) Aunque mucho más compendiosa, le gana en baratura la guía del Märkische Museum (Museo provincial), pues sus 36 págs. y 3 planos no cuestan más que 0,10.

300 en los Museos alemanes y austriacos; el especial de Viena comprende más de 22.000 objetos; el de Florencia ha alcanzado, en menos de tres años de vida, á 8.000; los hay en Munich, Nuremberg, Leipzig, Salzburgo, Graz, Basilea, Tréveris, en Praga (Museo checo), en Holanda, Dinamarca, Noruega, Bretaña, Rumanía (fundado por el historiador de arte Tsigaza-Samurgas), Galicia (fundado en Mondariz por los señores de Peinador), etc., etc.; pero la instalación más grandiosa (tal, que arruinó, según se cuenta, á su fundador) es, sin disputa, la correspondiente al «Nordiska Museum» de Stockholm, fundada por Arturo Hazelius en 1891 sobre 28 $\frac{1}{2}$ hectáreas de terreno en las inmediaciones de esta ciudad, como Museo viviente al aire libre con el nombre de «Skansen», para mostrar la sencillez de vida de los antepasados, sus recreos nobles y sanos, y cómo se podía prescindir del lujo de nuestros días. Ciertamente que, si no hay una fortísima dosis de sinceridad en el organizador, en los actantes y en los visitantes, podría cualquier intento de imitación del Skansen convertirse en una mascarada ó función de teatro (1); y digo que la sinceridad es necesaria también en los visitantes, porque, según el punto de vista en que se coloquen, encontrarán grotesca la conmemoración de una victoria contra un afamado general de su nación, ó sentirán el vacío y escepticismo internos de muchos actos solemnes en que los negros cilindros y colas de vencejo no pueden contribuir á evitarlo.

Al estilo del Skansen se aproximan las instalaciones provisionales de aldeas en las exposiciones, aunque con el inconveniente de acumular en poco espacio caserías de diferentes países, á la manera que sucede con los cuadros de diferente estilo y ambiente en las de pinturas ó con las composiciones musicales en muchos conciertos; entre aquéllas podemos contar la

(1) Tal suele ocurrir con muchas exhibiciones de tribus, reclutadas en los barrios bajos de ciudades más ó menos coloniales, y la sofisticación é insustancialidad han llegado alguna vez á que la Cléo de Mérode figurase como primera bailarina anamita en el teatro indígena de la Exposición.

aldea checa de Praga, que se decidió conservar en unión con el Museo; las 24 caserías típicas diferentes en la Exposición del milenario en Budapest; la aldea suíza en 1900 en París, en cuya Exposición se distinguieron por su carácter folk-lórico ó popular Suecia y las naciones eslavas, en tanto que en la casa de España se sentía la ausencia de todo lo que sea verdaderamente popular, sin que llenasen su vacío las muestras de ninguna otra actividad nacional.

*
* *

Para dar una idea de las dificultades que supone la creación de un museo folk-lórico, no encuentro manera mejor que trasladar lo que Lamberto Loria dice en su comunicación al VI Congreso Geográfico italiano, titulada: «Come è sorto il museo di etnografia italiana in Firenze, 1907.» Después de indicar que la primera idea la tuvo en 1905, antes de su viaje á la Eritrea; dice: «Necesitaba un hombre de no modesta riqueza, de gran inteligencia, de ánimo generoso y todo él encendido en la llama del patriotismo; un hombre que fuese para mí amigo antiguo y sincero, y confiase plenamente en mí y en mi obra (éste fué el conde Bastogi). Por otra parte, mis condiciones financieras me habrían permitido no sólo renunciar á toda recompensa por mi trabajo, sino también dedicar al Museo una parte de mis rentas. Me proponía viajar muchos meses al año á mis expensas por toda Italia para recolectar objetos, en tanto que él habría debido sufragar á sus expensas la adquisición de las colecciones. Al Gobierno habríamos pedido el transporte gratuito de las varias colecciones hasta Florencia, billete permanente para los ferrocarriles (1) y otras facilidades de menor importancia; el Museo sería, por supuesto,

(1) Muchos habrá que consideren esto como las expensas del viaje, lo cual no es verdad ni para el viaje de un perro ó de un baúl; además, el folk-lore no se encuentra en las estaciones de ferrocarril sino por casualidad, y cada día de viaje á pie ya supone unas 25 pesetas.

público. Habría de tener una biblioteca con obras y folletos de folk-lore de Italia y algunas otras generales; habría de publicar una Revista con memorias originales, reproducciones, catálogo ilustrado de objetos, descriptivo y explicativo del uso á que cada objeto estaba destinado. La cuestión de local era también muy importante para reproducir en lo posible el ambiente de origen. Contaba con la cooperación del profesor Mochi, quien ya había empezado á formar una pequeña colección, no ampliada por falta de dinero y tiempo, y quien, por su cultura etnográfica y su aptitud para ordenar con rígido criterio científico y exponer artísticamente las colecciones, así como para catalogarlas, me sería de una ayuda preciosísima». Inaugurado este Museo con 2.000 objetos, hoy posee ya 8.000, y será seguramente una buena base para la Exposición de Etnografía que se celebrará en Roma en 1911; no sin que la haya precedido la de Etnografía Ligur, que en la actualidad presenta en Génova el Club Alpino italiano.

Esto último nos dice, con la elocuencia de los hechos, que si bien los estudios folk-lóricos tienen sus relaciones más directas con los históricos, etnológicos, artísticos, etc., sus peones de avanzada se han de encontrar más probablemente en otros modos de actividad, lo mismo que sus pequeñas colecciones-núcleos y observaciones escuetas se encuentran principalmente en centros ó sociedades excursionistas. Tampoco hemos de olvidar la posición ventajosa de otras intelectualidades, de que nos dan un ejemplo meritorio en alto grado los propietarios de Mondariz; así como causa indignación la barbarie de ciertos bañistas forasteros de otro establecimiento, que no encontraron manera de escudriñar un dolmen, más que volarlo con dinamita al cabo de los miles de años que lo veían respetando los naturales y todos los guerreros que por allí pasaron. Si aquellos bañistas tuviesen el cinismo de descubrir su anónimo, no dejarían de decir que este respeto era debido á superstición, como si fuese de otra naturaleza que el respeto á la tumba de nuestros padres, á la de los grandes

hombres, á las obras de arte de nuestros antecesores y á las grandezas de la naturaleza, lo mismo que aquella barbarie no es de otra naturaleza que la del que derriba un árbol para alcanzar un nido, que no existe ó es de gorriones.

Lo mejor es enemigo de lo bueno, y no por las dificultades de un museo folklórico español se ha de renunciar á la formación de colecciones parciales en cuanto á la categoría de los objetos ó en cuanto á su procedencia, instaladas en una ú otra localidad. Decíanos hace diez años: «La temporada en Mondariz» que «años atrás hubiéranse reído bastantes gallegos, de los que componían entonces el vulgo ilustrado, del celo desplegado por los dueños de Mondariz para juntar cosas tan ordinarias y comunes. Ahora no, porque la cultura general ha subido enormemente de nivel, y porque nadie ignora que hay mucho que aprender é inquirir en el fondo de los más triviales usos y de las más inverosímiles supersticiones populares.» Quizás haya en esta apreciación respecto de la cultura general un exceso de optimismo, por haberse cambiado la risa ingenua en un encogimiento de hombros pedantesco, ó en el más pedantesco aún, «ma guarda e passa», que sirve de norma de conducta á la superficialidad, á la estrechez de criterio y al egoísmo de individuos y colectividades; pero si la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde á la virtud, también la pedantería es el homenaje que la ignorancia rinde á la sabiduría, y cuando se pedantee con el folk-lore, se habrá conseguido por lo menos crearle atmósfera. La falta de ambiente en la clase ilustrada del país fué lo que hizo que una Exposición Etnográfico-histórica, celebrada hace pocos años, no contuviese, á pesar del programa incitante y bien detallado que se publicó, nada absolutamente del primer concepto y sí mucho del segundo, sobre todo de archivos y arte retrospectiva no popular.

El arte retrospectiva hubiera destacado sobre las artes populares del país como las flores sobre su verdor propio en un jardín, sin heterogeneidad de ramillete; y así el arte actual debería desarrollarse sobre su verdor propio, del país, sin pe-

dirle á éste otro alimento que el que puede dar de sí, ni cercenarle la propia fecundidad. Por eso las colecciones folk-lóricas, creándolas un ambiente en la cultura general, pueden contribuir á desarrollar el arte patrio con su propia característica, alimentada en el folk lore, á la vez que las flores más perfumadas de ese arte patrio pueden fecundizar el arte popular con el polen congénere, que es el eficaz para su evolución.

En la adquisición de objetos folk-lóricos conviene poner la mira en los de hechura casera, sencilla, sin pretensiones, porque además de poder hacer colecciones mucho más abundantes con menos dinero, son mucho más adecuados para esta clase de estudios los que hasta ahora no han tenido estimación pública, y que muchas veces se consiguen de balde; conviene también verlos antes en su primitivo destino ó tener alguna familiaridad con ellos, no nos ocurra lo que al inglés, que compró á un gitano granadino una cincha de albarda, creyó bajo palabra que era un cinturón de hombre y lo ciñó de vuelta á la fonda. En adquisición de trajes, son muy significativos dos episodios que cita von Pelsler-Berensberg de la provincia rhenana: encargó un párroco á los niños dijera en sus casas el interés que tenía por trajes y recuerdos del tiempo de sus abuelos y bisabuelos; que hicieran el favor de buscarlos y él pasaría á verlos, á lo cual se echaron á reir, y preguntados por qué se reían, contestaron que creían era pronto carnaval; una obrera trajo al escritor una cofia, con la observación de que la había usado su madre, y preguntada si también ella la había usado de niña, contestó que sí, que aún la llevaba con orgullo en su primera comunión, pero muy poco después tuvo que dejarla por consejo de su madre, pues los muchachos la apedreaban, y un día volvió á casa con la cabeza ensangrentada. No han de ser, por tanto, trajes nuevos, nada de confección de teatro ó mascarada; la confección de nuevo es algo más tolerable en los grandes aperos cuando deseamos modelos en pequeño, con tal que los construya la misma persona que los hace en tamaño grande, y también es admisible, á falta de

cosa mejor, la muñeca vestida, con tal que presidan verdadero conocimiento familiar de la correspondiente indumentaria y escrupulosidad y perspicacia de una y otra parte. Hay otros objetos de adquisición á primera vista facilísima, como, por ejemplo, las fotografías (1) de tipos del país; pero, si no proceden de personas desinteresadas, ha de tenerse en cuenta que el espíritu mercantil recurre á supercherías ó procede con ligereza extremada; tal ocurre, por ejemplo, con las tarjetas postales, copiadas de fotografías de Laurent, que se venden con la inscripción de «aldeanos vizcaínos», siendo así que representan navarros de la ribera.

*
* *

Por si alguien en condiciones para estas empresas se sintiera animado á ponerlas en práctica, no estará de más un pequeño programa, susceptible de modificaciones y de proporciones distintas según la característica del país y las condiciones de que disponga el folk-lorista, no descuidando nunca el nombrar los objetos con el nombre usado en la localidad de que proceda cada uno.

1. Fotografías y dibujos con tipos del país y de casas solariegas, caserías, chozas, etc., así como de escenas de trabajo, juego, ceremonia, etc. Estampas antiguas á todo ello referentes, compuestas y tiradas en el país.

2. Modelos de casas. En el Trocadero hay uno de casa vasca, con el tejado sin acabar de cubrir para que se pueda ver el interior y lo mismo el entarimado; uno del Museo de Berlín (casería de Westfalia) tiene el techo levantado, y los varios modelos, construídos por arquitectos y paisajistas; son reducciones al $\frac{1}{10}$, $\frac{2}{15}$, $\frac{1}{15}$, $\frac{2}{5}$, ocupando alguno con los alrededores

(1) Las fotografías de soldados con iluminación primitiva corresponden también al folk-lore, pero en otro concepto.

de la casa una vitrina de $185 \times 225 \times 118$ centímetros. Más económicos resultan los de la barraca de la Camargue y la cueva de un noble de Louerre (Anjou) parecida á las de los gitanos de Granada, expuestos en el Trocadero. En el Museo de Braunschweig hay un modelo, cuyas dos mitades se abren girando alrededor de un eje vertical para poder ver el interior.

3. Ajuar. Lo mejor es la instalación auténtica de un interior determinado, con sus paredes, techo y piso originarios inclusive, como el de la habitación wenda en el Märkische Museum de Berlín; pero es admisible la composición con objetos procedentes de diversas casas, con tal que sean de la misma aldea ó de otras próximas, si éstas tienen el mismo estilo en todo el ajuar.

Hogar, horno, gloria, chimenea, llar, morrillos, sesos, piedras, trébedes, asadores, tostadores, parrillas, tenazas, sopladores, fuelles, marmitas, chocolateras, almoreces, planchas; herradas, cántaros, jarras, botijos, tinajas; teas, candiles, linternas, espabiladeras; loza y utensilios de madera, guardamanteles, tablas de jabonar, palas, artesas; cuévanos, cestas, cestos, banastas (á medio hacer para poder observar el procedimiento); braseros, calentadores, cunas, sillicos, andadores, mesas, bancos, poyos, escaños, sitiales; arcas, camas, armarios, mosquiteros, espantamoscas, ratoneras, anaquelera, colgadores, escobas, piedras de amolar y de majar, molinillos, relojes de sol, gallineros.

4. Indumentaria.—La evolución del corpiño de 1770 á 1840, expuesta en el Museo de Braunschweig, demuestra que, aun conservando su característica propia el vestido aldeano, se deja influir por la moda urbana, cuya exposición demuestra á su vez que las clases ilustradas ó pudientes no han pecado poco de estrambóticas cuando aquella tirana así lo ha exigido. Sería útil acompañar á los trajes, cuando se conociese, el motivo alegado para su cambio, como, por ejemplo, el calzón por el pantalón en el Pirineo aragonés para defenderse de las picaduras de los tábanos en las pantorrillas, como los bretones

van dejando las *brac* ó maragas por los pantalones, por algún otro motivo; á la boina puede acompañar la fecha de su introducción. Además de los dengues, refajos, fajas, pañuelos, mantas y mantones, capas, capusayos, faldas, faldetas, zara-güelles, zamarras, pellizas, etc., etc., habría que añadir monteras, sombreros, gorras, gorros, barretinas, caperuzas, cofias, sabanillas, redes, tocas; así como abarcas, alpargatas, esparteñas, almadreñas, botas, zapatos, ziugas, peales, calcetas, polainas, zahones, alforjas, bolsos, paraguas.

5. Adornos.—Arreos, arracadas, dijes, sortijas, pendientes, botones, hebillas, broches, imperdibles, alfileres, agujas, horquillas, peinetas, peines, puntillas, acericos, alfileteros, abanicos, pipas, piedra y eslabón, petacas, bastones y cachabas.

6. Utensilios para hilar y tejer.—Entre los muchos y diversos husos con sus torteras, expuestos en los museos, es muy curioso uno de Lorena, existente en el Trocadero, por la explicación que se da en el rótulo: «huso de madera esculpido, representando una mujer (siglo XVIII)», y se ve claramente que representa la Virgen con el Niño en el brazo izquierdo y la mano derecha cobijando á Adán y Eva. A los husos habría que agregar ruecas, devanaderas, urdideras, dechados, telares caseros, moldes para estampar telas, tijeras, cardas, argadillos, espadillas, etc. Empleitas, esteras, felpudos, ruedos, etcétera.

7. Juegos y juguetes.—Pelotas, guantes, chisteras, botillos, palancas ó barras, bolas, bolos, tejos, tabas, dados, huchas, canicas, trompos; juguetes hechos por los mismos niños, cerbatanas, flechas, arcos, tiradores, cometas, juguetes de papel, jaulas de grillos; chicharras, carracas y matracas, que no por servir en algunos países para espantar á los demonios ó mortificar á Judas, se ha de atribuirles el mismo significado en todas partes; en algunas no tiene en la mente de los chicos (son quienes las usan) más significado que el placer de meter ruido allí donde otros días no se lo permiten. Las chicharras y carracas, que Schopenhauer hubiera considerado como instru-


mentos músicos, las hay también en el Museo de Berlín, procedentes de la Navidad de 1904 en la misma ciudad.

8. Instrumentos músicos.—Panderos, panderetas, castañuelas, zambombas, tamboriles, atabales, pitos ó silbos, flautas de Pan, dulzainas, gaitas, cuernos, trompetillas, albogues (entendiéndose con esta palabra, como con otras, instrumentos muy diversos según el país), zanfonas, violas, guitarras, bandurrias, rabeles, etc.—Impresiones fonográficas.

9. Aperos y arreos.—En el Museo de la Escuela de Agricultura de Berlín hay en cuatro vitrinas una colección de cien modelos, en menudo tamaño, de aperos de mano y 300 de la evolución del arado, construídos muchos de ellos por copia de simples grabados ó descripciones, como, por ejemplo, los números 83 y 84 (laya), 86 (horquilla de Neptuno de Etruria, Italia) y 87 (tridente de Cataluña), procedimiento que no es recomendable; entre los arados son curiosas las grandes diferencias entre el núm. 64 (Málaga), 131 (Valencia), 127 (Castilla), 146 (Asensio), 170 (Palencia), 247 (España), etc. Se podrían añadir palas, azadas, picos, rastrillos, hoces dentadas y lisas, guadañas, trillos de mano, cribas, cedazos, podaderas, etc. Yugo, mullida, frontal, narria ó trineo, carro, aguijón, látigo, cencerros, cascabeles, collares, colleras, bozales, aparejos en total, herraduras, artolas, literas, lazo, boleadoras, hondas, zancos, cayados, espantapájaros, burladeros.

10. Oficios.—Tarjas, libros de cuentas de analfabetos, varas de medir, balanzas, pesas, medidas, pruebas de maestría, símbolos, rótulos ó muestras, marcas, utensilios de cordelería, tabartería y carpintería caseros. Los punzones de hueso de sastres y cesteros, los instrumentos también de hueso para desollar reses y para descortezar el roble (casca), así como los mangos de azuelas y cepillos, y la fabricación de piedras de chispa, de fecha reciente ó actual, pueden evitar muchos extravíos y divagaciones en arqueología prehistórica. Aunque muy generalizada en España una determinada forma de tejas (1),

(1) El *imbrex* romano sin *tegula*.

que también se encuentra al Norte de los dos extremos de los Pirineos y en la frontera de Francia con Luxemburgo (de Longyon á Sedán), mientras que desde Bélgica á Braunschweig domina la de perfil en , cabe alguna variación, y aparte de ella habría que tener en cuenta las chillas y pizarras de Roncesvalles (y Espinal) al Pirineo aragonés, las cubiertas de paja, caña, etc. Ladrillos, adobes; vigas, trancas, pestillos, cerraduras de madera, veletas.

Modelos de botes, lanchas, barcas, etc.; remos, velas, arpones, redes, lanzaderas, aparejos, anclas, gallardetes, mascarón de proa.

Cepos, reclamos, chuzos, jabalinas, cuchillos, navajas, carranzas, picas, etc.

11. Insignias.—Varas de alcalde, carracas y chuzos de sereno, mayordomías.

12. Medicina popular, etc. Instrumentos de sangrador y de maznaga, silla de parto, amuletos, talismanes, hechizos, etc. No se les debe, en la rotulación del objeto, atribuir ni añadir más significación que la que directamente les den quienes los usan (1).

13. Objetos de boda y bautizo.

14. Objetos de fiestas.—Máscaras, disfraces, trajes y arcos de baile, peleles Judas, moldes de bollos, tortas, roscas, barquillos y obleas, huevos de Pascua ó monas, figuras de nacimiento. De las palmas trenzadas para el domingo de Ramos, procedentes de Cannes (junto á Niza), se dice en el Museo del Trocadero que son hechas de caña, pero nos parece que la imitación estaría excesivamente bien hecha y sería un trabajo inverosímil en un país de palmeras. Figurillas de piedra, madera, barro cocido y metales. Dibujos en roca, piedras ó corteza.

(1) Para conocer ésta hay que mostrar absoluta confianza en ella, cuanto más respetarla en absoluto, sin dar lugar á un conjuro como el del lagarto, pronunciado para sus adentros al mismo tiempo que con los dedos ocultos hace un signo cabalístico, por más de un encopetado del Mediodía, de los que no tienen la franqueza de confesar su condición de adepto.

15. Objetos de culto.—Relicarios, rosarios, medallas, cruces, lámparas, aguabenditeras, recuerdos de romería, cintas, conchas, cuerdas, saquitos, escapularios, cilicios, pequeñas imágenes confeccionadas dentro de botellas, etc., cirios, velas, ofrendas, promesas, veneras.

16. Objetos funerarios.—Velatorios, mortuorios y lápidas.

* * *

Si el edificio es de nueva planta, y dado que un Museo ha de abarcar distritos folk-lóricos diferentes, su arquitectura y ornamentación han de ser lo más sobrias posibles, sobre todo en el interior; fuera de los objetos coleccionados y los armarios y vitrinas que los encierran, no debe haber más que el mobiliario absolutamente necesario y mapas con anotaciones folk-lóricas, facistoles de estampas y fotografías y estereoscopios. Para completar la obra de cultura del Museo, puede servir también una sala de conferencias, en que un ordenanza hábil puede dar audiciones fonográficas, al modo que se hace, gratuitamente una vez por semana, en el Museo Etnográfico de Colonia para los cantos exóticos.

Que todo esto y las conferencias pueda aplicarse al Folklore europeo es tan lógico, que para explicarnos la mucha razón con que el profesor Haberlandt dice que la etnografía de Europa es la hijastra ó Cenicienta de la Ciencia, nos es forzoso recurrir á la idea de que los museos aún no se han librado del todo del instinto del atesoramiento, ni la etnografía del engrimiento europeo.

Si con el Folklore ciertos espíritus superficiales ó vandálicos quieren dividir Europa en dos castas, aldeana y ciudadana, no hay sino recordarles los grandes hombres nacidos y criados en la aldea, y que el caudal progresivo, adquirido por ésta de la ciudad, no es mayor que el supersticioso é irracional

con foco de alimentación (1) y propagación en la última. Ni hay superstición curandera apenas, que no haya sido ideada ó sostenida por las lumbreras y escuelas de alguna época. No debe, pues, el folk-lore excluir sistemática y absolutamente el estudio del pueblo urbano, ni limitarse á lo supersticioso y estancado; por otra parte, si se estudian los gustos y preferencias de los países exóticos para conquistar su mercado, justo y conveniente es que se haga lo mismo con el mercado indígena, que no se ha de tratar como país conquistado, y el cual no tiene por qué admitir presiones de fuera ni imposiciones con derechos de protección en que no se le tenga en cuenta.

De otro lado, el Folk-lore, como elemento de cultura popular, «no tanto se ha de proponer—dice Pelsler-Berensberg—el propagar la restauración de la indumentaria, arquitectura, etcétera, etc., antiguas, como imbuir en el país actual, de nuevo y poco á poco, la orientación de pensamiento robusto, sano y afinado, y la actividad que sirvió de fundamento á aquéllas.»

TELESFORO DE ARANZADI

(1) Las adivinatoras tienen su principal y más lucrativa clientela ciudadana, y no precisamente de la clase popular, incluso en el cerebro del mundo, si aquellas viven en los Campos Elíseos. De timos espiritistas han sido víctimas hombres de ciencia eminentes.

AÑORANZAS DE GRANADA

CON MOTIVO DE LA GRAN VÍA DE COLÓN—EL PALACIO DE SETI-MERIÉM—
LOS RESTOS HUMANOS DE «LA TINAJILLA»—OTROS HALLAZGOS

Tengo ante mí el excelente *Plano de Granada*, tal como conocí la ciudad siendo estudiante, y que publicó en 1872 Rafael Contreras. Marcados en él aparecen el recinto de las antiguas murallas, los monumentos árabes, y los edificios históricos y artísticos que el insigne restaurador de la Alhambra reputó de más notables; y á través del confuso laberinto de calles y callejones, estrechos, enredados y tortuosos que, como las ramificaciones venosas en el cuerpo humano, discurren en contorsiones varias y en dirección al N. caminan desde casi el antiguo y desaparecido *Puente del Carbón* sobre el Darro (absorbido hoy en la espaciosa *Calle de los Reyes Católicos*), hasta el histórico *Paseo del Triunfo*, pasando bien cerca del ábside de la Catedral de Diego de Siloé, —á través de aquel revuelto dédalo, repito, veo la línea fatídica de la *Gran Vía de Colón*, en parte magníficamente edificada, y advierto en los grandes macizos del caserío, determinados con irregulares plantas por las calles á que me refiero, la categoría de los edificios que existieron allí, desde los tiempos de los Al-Ahmares acaso, y que con diversa fortuna y singulares vicisitudes habían logrado trabajosamente llegar hasta nosotros.

Por apegado que esté á las cosas antiguas—en razón cuan-

E. M.—Agosto 1910.

do menos de mi oficio,—no seré yo, de cierto, quien abomine y censure, ni mucho menos, la apertura de estas grandes vías de comunicación en nuestras viejas poblaciones. Exígenlas por modo imperativo, no sólo las conveniencias de la vida moderna, las necesidades del comercio, el embellecimiento de las ciudades y la mejora en los servicios públicos, tanto como la comodidad y el interés del vecindario, sino la higiene y la salubridad, de que tan poco se cuidaron nuestros abuelos, ni las generaciones y las razas que hubieron de precederles, y ésto mismo dijimos *mutatis mutandis* Muñoz Degrain y yo, en el *Informe* que cité en el artículo precedente, y emitimos respecto de la *Memoria* de Almagro Cárdenas, por orden de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en 25 de Septiembre de 1899.

«No faltará, sin duda—añadíamos en él,—quienes, aun reconociendo la necesidad, la utilidad y la conveniencia de tales obras (las de la *Gran Vía*) para la vida moderna, llevados de noble amor hacia la memoria de los tiempos que fueron, deploren y censuren acaso reformas semejantes, que... trastornan las poblaciones transformándolas, alteran la fisonomía histórica de las mismas, y les hacen perder poco á poco cuanto en ellas subsiste de característico y acrecienta su importancia, para reemplazarlo casi siempre por construcciones híbridas...; pero si bien es fuerza confesar que no carecen de justicia tales quejas en la relación artístico-arqueológica, hay que confesar asimismo que, gracias á estas obras de reforma, el acaso descubre monumentos no presentidos ni sospechados, confundidos, perdidos, ocultos y deformados por lo común, en medio de construcciones sin carácter ni representación de ningún género...»

Lo que hay es, por lo común, que al acometer y ejecutar empresas de esta magnitud y de esta índole, ni son con el necesario rigor cumplidas las leyes, ni las Corporaciones municipales adoptan cuidadosas todas aquellas indispensables precauciones debidas con respecto á los monumentos, ni hacen nada

para evitar la depredación de los hallazgos que puedan verificarse, solicitando la intervención al propósito, con autoridad efectiva, de las Comisiones provinciales de Monumentos, en poblaciones como Granada especialmente. Recuerdo la apertura, años ha, en Córdoba, del *Paseo del Gran Capitán*—que va desde la Iglesia de *San Nicolás de la Villa* hasta los *Tejares*, y tanto hermosea la antigua corte de los Califas,— y sólo hago memoria de tal cual candil de barro, vulgar y sin importancia, que de entre los escombros de los derribos recogió la diligencia del arqueólogo cordobés D. Luis Maravér y Alfaro, más tarde fundador y propietario en Madrid de *El Cencerro*. Entre las colecciones del *Museo Arqueológico Nacional* existe alguno de estos candiles ó lucernas encontrados allí entonces.

Aconteció con las obras de la *Gran Via de Colón* en Granada, lo que en 1904 con los derribos de *La Alcazaba* en Málaga. No me extraña que en Madrid, por ejemplo, que es población relativamente moderna, por muy *Mantua Carpetanorum* que sea, y aunque se dice construída por el Califa Mohámmad I en el siglo ix (1), no adopte el Ayuntamiento las precauciones de que hablo con ocasión de los lentísimos derribos de la famosa *Gran Via*—si llega ésta á hacerse,—pues en los edificios que han de ser demolidos en todo el trayecto, no puede esperarse descubrimiento alguno histórico, artístico ni arqueológico, sino acaso algún que otro depósito de mayor ó menor número de peluconas, sepultado Dios sabe cómo, con motivo quizás de la invasión francesa de 1808; pero en ciudades históricas, conforme lo son Granada y Málaga, la cosa varía de especie.

Dióse en Málaga principio á las obras del desmonte de *La*

(1) 238-272 H., 852-885 J. C.—Así lo afirma Bedr-éd-Din Mahmud Al-Aïní, escritor del siglo xv, en su *Collar de perlas, Tratado de historia de los pueblos*, libro del cual extrae estas y otras noticias Ahmed Zeki, publicándolas en el *Homenaje á Códerra*, pág. 465. Por errata, se hace allí corresponder el año 238 de la H. y el 825 de J. C., cuando éste es el 852:

Alcazaba; y apenas la piqueta demoledora comenzó á desmoronar las viejas murallas que había el mar batido en otros tiempos, y en las cuales tenían hecha vivienda multitud de gentes, cuando comenzaron también á aparecer reliquias monumentales de verdadero interés para la historia de aquella población insigne, que fundaron en remotas edades los fenicios. Deformados capiteles pre-jónicos de gran tamaño, carcomidos por la acción de las salobres aguas marinas; restos esculturales romanos; pedestales con y sin epígrafe, romanos asimismo, cual las lápidas, los capiteles, las monedas y los objetos cerámicos, que todavía en 1907 hallé abandonados en el *Parque*, y á merced, puede decirse, de los transeúntes; y en el monte, á diversas altitudes, pequeños depósitos rectangulares, agrupados y en estado perfecto, rellenos de tierra allegadiza, con todo el detrito recogido de vertederos seculares, y en el cual, al mismo tiempo que los restos de pescados, se halló restos de cerámica romana, visigoda y arábica, todo revuelto, y proclamando, poco más ó menos, la época en la cual fueron aquellos depósitos aterrados...

Un ilustre arqueólogo malagueño, el primero de nuestros epigrafistas romanos, fallecido ha muy poco en medio de la injusta indiferencia de sus paisanos y convecinos, cuando es y será siempre gloria de la expresada población, como lo es en rigor de España, el ilustre D. Manuel Rodríguez de Berlanga (á quien hay que disculpar el desdén con que miró por lo común la labor hecha en los dominios de la Arqueología por los españoles, y la especie de adoración que rendía sin reserva á los extranjeros, principalmente á Hübner), desde el primer día, y á pesar de sus años, acudió presuroso á presenciar los trabajos y á reconocer y estudiar los fortuitos é inesperados descubrimientos que la piqueta ponía de manifiesto á cada paso. En el muy interesante trabajo que le inspiraron aquellas obras y aquellos notabilísimos hallazgos, y que escrito en su retiro de Alhaurín el Grande, publicó la *Revista de la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa* con el título de *Malaca—Ultimos*

descubrimientos de la Alcazaba,—quejábase amargamente el ilustre Dr. Rodríguez de Berlanga de la inconcebible apatía de la Corporación Municipal respecto de tales inventos, de la insaciable codicia de los aficionados, en cuyas manos desapareció todo lo portátil, y del atrevimiento de chamarileros y gente de su laya, que se aprovecharon de tan propicia coyuntura para vender con grandes provechos, como encontrado en los desmontes de *La Alcazaba*, cuanto de cosas viejas en su poder tenían...

Habría querido el sabio epigrafista, con sobrada razón, que el Ayuntamiento hubiese recogido cuanto fué encontrado en el desmonte; que hubiera mandado fotografiar especialmente los depósitos ó alberquillas rectangulares aparecidas en grupos, y cuya destrucción era forzosa para poder continuar las obras, depósitos ó alberquillas que el optimismo y la obsesión que se apoderaron de la clarísima inteligencia de aquel hombre superior, diputó desde el primer momento, las unas, como piscinas de las que los industriosos fenicios se sirvieron para producir la púrpura; y las otras, como depósitos de pescados para las salazones que difundían luego por Oriente, industria que, dando nombre á Málaga en el período romano, tenía sucursales en la misma Roma, según acredita cierto epígrafe hallado en la Ciudad Eterna, y que el mismo Rodríguez de Berlanga cita.

No es ésta la ocasión de combatir las opiniones del ilustre arqueólogo malacitano, respecto del uso á que fueron tales depósitos destinados en su origen. Me he permitido hacerlo con todos los respetos debidos á hombre tan eminente, en otro trabajo que manuscrito permanece é inédito, en el Negociado de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública (1), procurando demostrar allí que eran sencillamente algibes romanos los indicados depósitos, para recoger las aguas pluviales, y clarificarlas y depurarlas, pasando de unos á otros (por lo que apa-

(1) El *Catálogo de los Monumentos históricos y artísticos* de la dicha provincia.

recen en grupos), hasta hacerlas potables; pero traigo á colación esto, acontecido en los derribos de *La Alcazaba*, para demostrar con ello que, á falta de la Comisión provincial de Monumentos—que en Málaga no actúa,—el Municipio, por honra propia, debió procurar que nada de lo fácilmente manejable que fué descubierto desapareciera, y conservar por medio de reproducciones fotográficas, dibujos y medidas, la memoria de todo cuanto era indispensable destruir para las obras, como ocurría con los algibes á que me refiero.

En Granada, una vez trazada sobre el plano de la ciudad la *Gran Vía de Colón*, y luego de hechas las expropiaciones indispensables,—debió la Corporación municipal antes de proceder á los derribos, encarecer á la Comisión provincial de Monumentos la necesidad y la urgencia de practicar detenido reconocimiento en cada uno de los edificios que habían de ser demolidos, para que los estudiara, recogiese en ellos lo interesante en los conceptos histórico, artístico y arqueológico, obtuviera fotografías, planos y cuanto fuere preciso, á fin de enriquecer con ello la historia de la población, y guardar de tal modo la memoria de todo lo que iba á desaparecer para siempre; pero nada de ésto se hizo, y fué verdaderamente una lástima.

Algo, muy poco en realidad, pudo ser recogido y guardado en el hacinamiento informe de objetos bien interesantes que *Museo Provincial* se llama, y que mi amigo y compañero don Francisco de Góngora, Jefe de aquel Establecimiento, mira con supersticiosa veneración, doliéndose, aunque en vano, de las condiciones del local de la *calle de los Arandas*, en que se halla el trashumante *Museo* instalado, y de la falta absoluta de recursos pecuniarios para que la exposición resulte en la debida forma. La mayor parte, la totalidad, podría decirse, de cuanto en yeserías, techumbres y miembros arquitectónicos de diverso género fué encontrándose, destruído sin piedad quedó, y tal hubo de ser la suerte de cierto *tesoro de monedas árabes de oro*, almoravides y almohades, que pasaría de 500 á 600 doblas, y fué hallado á cuatro metros de profundidad, en

tre cimentaciones de un edificio, de que hablaré luego, que el infatigable campeón de las antigüedades granadinas, mi buen amigo Valladar, decía en 1906: «Será una contrariedad grave que no pueda recogerse un ejemplar, al menos, de cada una [de las series] de las monedas halladas... para el *Museo Arqueológico* [de la provincia], á pesar de las gestiones que á ese efecto hizo la Comisión de Monumentos», de que aquel escritor forma dignamente parte (1).

Ni en mis tiempos de estudiante—en que, como es natural, no me interesaban estas antiguallas gran cosa, aunque por toda la población anduve en mis correrías con los compañeros,—ni en mis visitas posteriores á Granada, ocasión ni motivo especial tuve para reconocer los edificios que desaparecieron en la *Gran Vía*, y es lo más probable además y, por consiguiente, que no recuerde bien, al cabo de los años, ni los nombres todos de las calles borradas del plano de la ciudad de Boabdil por la piqueta reformadora, ni la fisonomía y las particularidades de las expresadas construcciones.

Con el auxilio del plano de Contreras citado, y á partir del antiguo *Zoco de los ropavejeros*, el histórico y hoy tan reducido *Zacatin* (*sacathin*),—hago memoria de la estrecha *calle de Abenámbar*, que no hubo de ser denominada así, ciertamente, aunque otra cosa se haya supuesto, por aquél á quien alude el romance que empieza:

¡Abenámbar, Abenámbar,
Moro de la Morería!
El día que tú naciste,
Grandes señales había! (2),

y á quien se refiere el otro romance al mismo asunto, anónimo también como el precedente, y que, con menos galantería, dice:

(1) *Guía de Granada*, pág. 512.

(2) Número 1.038 del *Romancero* de Durán, t. II, pág. 80.

¡Abenámar, Abenámar,
Moro de la Morería!
Hijo eres de un moro perro
Y una cristiana cativa (1).

Esta calle, que debía sin duda recordar el nombre de algún morisco célebre, vecino de ella, aun sin merecer los honores de figurar en ningún romance (2), y de la cual todavía subsistía edificada una de sus aceras en 1906—partía por la izquierda del dicho *Zacatin*, poco más arriba del *Puente de San Francisco*, que el embovedado del Darro ha hecho desaparecer en la hermosa *calle de los Reyes Católicos*, é iba á enlazar, con dirección á la de la *Cárcel Baja* con la *del Colegio Eclesiástico*, continuación suya, afluyendo á ella por la derecha, la *de los Almirceros*, donde estuvieron establecidos estos modestos industriales, y por la izquierda cierta calleja, estrecha y corta que, con otras sin salida, comunicaba con la *calle de Mesa Redonda*, originada en la *Placeta de la Lonja*.

Ramificación puede decirse de la de *Abenámar*, era la *de Gandulfo*, que partía también del *Zacatin*, más abajo y paralela á aquélla, para desembocar con varios recodos en la *Mesa Redonda*, calle ésta en la cual existe aún una gran casa morisca, «enlazada con la antigua *Madraza*» ó Universidad árabe, *Casa del Cabildo* más tarde, renovada en 1729. Dicha

(1) Número 1.037, pág. 79 del mismo tomo.

(2) El analista Jorquera decía en la XVI.^a centuria á este propósito: «Pongo aquí la *calle de Abenámar*, por su grande antigüedad desde el tiempo de los sarracenos, por haberla habitado un valiente y caballero moro, llamado Abenámar, de quien hace mucha mención Ginés Pérez de Hita en su libro entretenido de las Civiles guerras de Granada.» «Tiene su principio en la *Plazuela del señor San Gil*, y remata en forma de cruz: el un brazo remata en la *Plazuela de Don Luis Maza de Mendoza* (¿Lizana?), sin otra correspondencia, á la *calle de la Cárcel*, y el otro brazo, que está en la *calle de las Hileras* (?), corresponde al *Zacatin* y *Plaza Nueva*, la *del Cañuelo* y *Sillería*» (*Anales de Granada*, t. I, cap. 7, ms. de la Biblioteca Colombina, citado por Valladar, *La Alhambra*, t. II, página 181).

gran casa morisca, donde hubo de habitar «linajuda familia», según Valladar, y que no conozco, está llamada á desaparecer, como han desaparecido, en las vías que he mencionado, «otras, de familias nobles también,... y algunas de aspecto miserable», habiendo sido encontrado en una de ellas, puesto en obra, y como indicador de fenecidas magnificencias, un capitel arábigo, calificado por el escritor citado arriba de *interesantísimo*, aunque no expresa el período artístico al cual correspondía, y que se extravió, «como otros muchísimos restos» arquitectónicos (1).

*
* *

Teniendo por límites al N., la *calle de la Cárcel Baja*, al S., la de *Almireceros* en toda su extensión, al E., la de *Elbira*, y al O., la del *Colegio Eclesiástico*, existía un gran macizo de edificaciones enlazadas entre sí, al cual hacía frente por Ocaso la fundación del primer Arzobispo de Granada después de la conquista, Fr. Hernando de Talavera (2), y que dió nombre á la calle. A través de este macizo, cuyo aspecto al exterior nada de particular ofrecía, y en el que tenía su emplazamiento por la *calle de Elbira* el antiguo *Hospital de la Caridad*, Refugio de mujeres, fundado en 1513, aun subsistente, fué trazada la *Gran Vía de Colón* con sus 20 metros de anchura.

En él, recuerdo perfectamente, se hallaba establecido por los años de 1866, y en la parte que daba á la *calle de la Cárcel Baja*, el *Colegio de Aguilera*, donde yo, bien joven todavía, di, como Bachiller en Letras, algunas lecciones de latín, y donde

(1) Valladar, *Guía de Granada*, pág. 502.

(2) Hace notar Gómez Moreno, en su *Guía* de 1892, que «en lo alto de la escalera [de este *Colegio*] se conservan cuatro antiguas columnas, que debieron de estar en la *Mezquita Mayor*—hoy *Sagrario*,—y se traerían aquí—sospecha,—en 1662, cuando se derribó mucha parte de ella; dos de sus capiteles—añade—parecen godos, y los hay análogos en Córdoba y Toledo; los otros son del primer período árabe (el Califato), y los fustes están hechos con preciosos mármoles jaspeados» (pág. 274).

me chocaron algunas yeserías árabes, estragadas y pintadas de azul, que aún existían interiormente en el edificio, cuya gran portalada de piedra timbraba nobiliario blasón, revelando haber sido morada de gente aristocrática, y cuya fachada, con el tiempo, perforaron en el más singular y plácido desorden, puertas, rejas y balcones en los pisos inferiores, una serie de ventanitas rectangulares en el piso alto, y por último, y bajo el volado alero del tejado, otra serie más ordenada y regular de huecos enarcados, que constituían los miradores.

Bien lejos estaba yo, y conmigo lo estuvieron Jiménez Serrano y otros, de sospechar entonces que aquel edificio señorial, señalado con el número 32 en la *calle de la Cárcel*, impiamente profanado, y convertido al fin en casas de vecinos, era nada menos que el *Palacio ó Dar de Seti-Meriém*, la casa solariega de una de las más encumbradas familias granadinas de extirpe musulmana, que Ambrosio de Vico, en el siglo xvi, representó en su *Plataforma* «con un enmarañado conjunto de patios, fachadas y galerías, inexplicables hoy, por la pequeñez del dibujo..., y porque Vico no consideró necesario dar importancia al edificio, numerándolo [sin embargo] como otros, para incluirlo en la lista de cosas notables» (1).

Formando con casi toda la manzana larga serie de cuerpos de construcción, enlazados los unos á los otros á la musulmana, ésto es, sin el mayor concierto, hubo de permanecer el *Ad-dar ó Palacio* hasta el siglo xvii quizás, pues, según aparece en el *Catastro* del xviii, que se conserva en el Archivo Municipal, se hallaba ya entonces dividida su área «en cuatro ó seis partes, incluso una *casa horno* llamada *de Don Pedro*». «Una casa principal—prosigue el diligente autor de quien tomo la noticia—era la que conservó el nombre de *Palacio de Seti-Meriém*; otra, la que en la *calle de la Cárcel* pertenecía á los Vizcondes de Rías, parientes de los Granada Ren-

(1) Valladar, *El Palacio de Seti-Meriém* (*La Alhambra*, t. II, 1899, pág. 84), y pág. 502 de su *Guía*.

gifo, descendientes» de los primitivos propietarios; «otra, de los Maza de Lizana, ascendientes de los marqueses de Casa Blanca, y parientes también; otra, que era propiedad del marqués de Heredia, y aun algunas—dice,—que no pude comprobar cuando el derribo» (1).

Bien que en *El libro del viajero en Granada*, escrito el año de 1843, no la menciona,—Lafuente y Alcántara (M.) habla, sin embargo, de esta señorial mansión en otra de sus obras, que lleva la fecha de 1845, expresando: «La casa de esta princesa (Seti Meriém) se conserva aún en Granada, y es propia del mayorazgo de Campotéjar, cuyo marqués, enlazado hoy con familias nobles en Italia, es descendiente de la misma dama: subsiste con elevada planta en la *calle de la Cárcel Baja*, frente al *Convento de las monjas del Angel*, y se llama todavía *la casa de los Príncipes ó de los Infantes*.» «Aunque muy cercenada; pues de su fondo y de sus jardines se han formado un horno y otras casas, da—concluye—indicios de su antigua magnificencia (2).»

Dejando libremente volar la fantasía, y sin haber podido, como es lo probable, visitar y reconocer el edificio, el propio escritor, refiriéndose á él, decía: «Descollaba en uno de los mejores barrios de Granada un palacio, al parecer encantado: largos corredores á manera de laberinto, jardines, maceteros y estanques, conducían á templetos calados y á salones de estuco y oro.» «En este alcázar misterioso moraba una princesa» (3), que fué quizá la que le dió el nombre y la progenitora de los alcurniados señores entre quienes aparecía en el *Catastro* citado repartida aquella, que hubo de ser, si no encantada, como Lafuente y Alcántara escribe, morada suntuosísima á lo menos, embellecida por el arte con lujosos camarines y aposentos, y con floridos y deliciosos jardines por la naturaleza.

(1) Valladar, *Guta*, págs. 502 y 503.

(2) *Historia de Granada*, t. III, pág. 225, nota.

(3) Lafuente y Alcántara, *Hist. de Granada*, t. III, pág. 224.

Era el de *Seti-Meriém* el nombre de la princesa indicada, á quien los noveladores y poetas presentan cual dechado de hermosura, de virtudes y de encantos; y mientras por la línea materna resultaba directamente nieta del usurpador Mohámmad VI, más conocido por *Abú-Saïd el Bermejo*, muerto el año de 1362 de orden del rey don Pedro en Tablada (Sevilla) (1), por la paterna procedía de los antiguos régulos de Zaragoza, como oriunda del célebre Aben-Hud *Al-Motaguaquil*, que había sido soberano de Valencia y de Murcia, y rival infortunado del fundador del reino de Granada, y cuyos descendientes llevaron el título de *Infantes de Almería*.

Hija del arraéz Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, apellidado *Ebn-Al-Maúl* (2), hermano suyo era Abú-l-Hachách Yusuf, cuarto sultán de este nombre en Granada con el auxilio del

(1) Una vez más he de insistir—contra lo dicho por el Canciller Pero López Ayala y todos los escritores que, tomando de él la especie, la han propalado y elevado á la categoría de hecho histórico indiscutible, según ellos,—primero, en que no está en forma comprobado que el mismo rey, por su propia mano, diera muerte á Abú-Saïd, y menos que le robase sus joyas; y segundo, que siendo los sultanes de Granada *vasallos* del Rey de Castilla, al usurpar Abú-Saïd el trono á su primo Mohámmad V, don Pedro, en virtud de su soberanía, ejecutó un acto de justicia castigando al usurpador, como lo hizo.—Esta circunstancia del vasallaje, tal y como era entendido en la Edad Media, es la que han perdido de vista los escritores y es preciso no olvidar, para juzgar los hechos.

(2) Hace observar Lafuente y Alcántara (E.) que, «según la escritura de partición» de los bienes de Yusuf IV *Ebn-Al-Maúl*, «se llamaba su padre *Cidi Yahya Ibrahim An-Nayar*»; que «el mismo nombre se le da en una escritura de casamiento de Cidi Yahya, hijo de Ebn-Celim y nieto «de dicho Yusuf IV», con una pariente suya, de quien luego hablaré; pero que «en el pacto de vasallaje otorgado entre Yusuf y don Juan II, se nombra aquél Abú-l-Hachách Yusuf, *hijo del Arraéz Abú-Abd-il-Láh Mohámmad Ebn-Al-Maúl*» (*Inscripciones árabes de Granada*, pág. 74, nota). Parece natural que el sultán Yusuf supiera mejor que nadie el nombre de su padre. Aben-Jaldón, en su historia de los Al-Ahmares, dice que con los Benu-Axkilyolas contribuyeron los Benu-l-Maúl al entronizamiento de aquéllos (Lafuente y Alcántara, E., *ibidem*, texto).

don Juan II (1432), y casada estuvo con el noble don Pedro Venegas, tercer hijo de los señores de Luque, según los genealogistas, á quien de edad temprana cautivaron en cierta correría los granadinos, y que, educado por el arraéz Ebn-Al-Maúl, renegó de su religión á causa de sus amores con Seti-Meriém, y llevó nombre de *el Tornadizo* (1).

Poco es lo que de aquellos primores en arcaturas, miembros arquitectónicos, baños, fuentes, yeserías, techumbres y alicatados con que hubieron de engalanar y enriquecer el *Palacio* á que vengo refiriéndome los artistas que lo labraron, ha sido hallado al demoler los edificios que le formaban, y mucho menos fué aún lo que quedó de los jardines deleitosos, los cuales desaparecieron totalmente con el tiempo, ya construyendo en ellos, ya abriendo calles como la de *Almireceros* y la parte alta del *Zacatin*, pues se prolongaban hasta las márgenes del Darro. De ellos nada ya, ni la memoria, subsistía en nuestra época.

De visible decadencia eran las labores de las yeserías en el arco descubierto á fines de Enero de 1899, y las de los arcos del segundo patio, lo cual dió motivo, como Valladar observa, á que alguien negase «la filiación musulmana al interesante resto arqueológico (2)»; y ya en 1892 había advertido la fina perspicacia de Gómez Moreno que «con seguridad», según él creía, el ornato de la llamada *Casa de los Infantes* «debió hacerse en el segundo tercio del siglo xv.º», siendo además «muy notable la analogía de este edificio con otros construídos en tiempo de Muley Hacén, tanto por la forma general, como por el carácter del ornato, que ya se acerca más á los moriscos de tiempo cristiano, que á los del siglo xiv.º (3)».

(1) Muerto su cuñado Yusuf IV en 24 de Junio de 1432, y perseguido rudamente por el sultán Mohámmad VIII *Al-Aisar* ó *el Izquierdo*, huyó don Pedro Venegas á Jaén, y vuelto al cristianismo, falleció al poco tiempo «cansado, solitario y abatido».

(2) *La Alhambra*, t. II (1899), pág. 85.

(3) *Guía de Granada*, pág. 320.

En la *Memoria* en que fueron comunicados á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando estos descubrimientos, y respecto de la cual tuvimos, como ya he dicho, la honra de informar en aquel Cuerpo consultivo el laureado pintor Muñoz Degrain y mi humilde persona, sospechaba Almagro Cárdenas ser mayor, sin embargo, la antigüedad de la *Casa de los Infantes*, pues hubo de formar parte de los alcázares donados ó cedidos por Abú-Saïd *El Bermejo* á su hija, cuyo nombre no consignan las historias, al contraer ésta matrimonio con el infante de Almería «don Pedro Sidi Yahya An-Nayár» en el siglo xiv, personaje á quien los documentos utilizados por D. Emilio Lafuente y Alcántara, no dan el nombre cristiano de Pedro, y á quien su propio hijo, el sultán Yusuf IV llama «arráez Abú-Abd-il-Láh Mohámmad *Ebn-Al-Maúl*, según quedó notado.

No repugna á la verosimilitud, si bien no existen datos que *à priori* lo atestigüen y acrediten, el hecho de que Abú-Saïd (Mohámmad VI) hiciera donación *propter nuptias* á su hija de los alcázares que existían sobre poco más ó menos al costado de la *Mezquita-Aljama* en que se construyó el *Sagrario*, desde lo que fué después *calle de la Cárcel Baja* al N., hasta la misma orilla del Darro por el Mediodía; mas acaso lícito sea inferirlo por lo que *à posteriori* significa el haberse perpetuado con varias y naturales alternativas la propiedad de todo aquello en los descendientes de tal dama, siendo más que probable que éstos, al habitar los dichos alcázares y repartírseles, no sólo edificaron en aquellos terrenos, sino que reformaron según sus conveniencias los edificios, y renovaron, ya en el siglo xv, los adornos y las yeserías, las cuales por ello son de estilo decadente, y conforme dice Gómez Moreno, se acercan «más á las moriscas de tiempo cristiano que á las del siglo xiv», que es el gran siglo de la cultura granadina.

Si no ofrece dificultad la cesión supuesta por Almagro Cárdenas, no es, por otra parte, seguro, á lo que creo, que la nieta del usurpador Abú-Saïd y heroína de los amores de don Pe-

dro Venegas, *el Tornadizo*, sea con entera certidumbre la *Seti-Meriém* que dió nombre al Palacio, ni tampoco veo dificultad en admitir pudo recibirlo de otra *Seti-Meriém*, por nadie á este propósito recordada; de la propia extirpe, y contemporánea precisamente con muy corta diferencia, del período de tiempo al cual, no sin justificado motivo, lleva Gómez Moreno la labra de las yaserías por él reconocidas en la derruida *Casa de los Infantes*. Me refiero, en particular, á la nieta de la primera *Seti-Meriém*, que era hija de Abú-l-Cásim Venegas, y contrajo matrimonio con su primo, el valiente Sidi-Yahya, defensor de Baza, hijo de Ebn-Selim y nieto de Yusuf IV (1); dicha dama figura, por consiguiente, en el número de los antepasados de los dueños de aquellos vetustos caserones señoriales, demolidos ya por la piqueta, y á ella ó á su abuela podrá ser adjudicada la nueva *calle de Seti-Meriém*, que en memoria de una ú otra ha sido abierta en la acera derecha de la *Gran Vía*, en la parte del jardín «que vino á separar las casas de Maza, Heredia, Rías y otras», las cuales integraron la total área del Palacio primitivo (2).

Sea, sin embargo, como quiera, con respecto á las dos damas ó princesas del mismo nombre,—por lo que hace á la casa desaparecida, me refiero á cuanto con Muñoz Degrain dije en el *Informe* citado, y al muy notable estudio que Valladar tiene he-

(1) Lafuente y Alcántara (E.), *Inscripciones árabes de Granada*, en el lugar citado.

(2) Según los genealogistas, Sidi Yahya, el marido de esta segunda *Seti-Meriém*, era primo de Mohámmad XII (el Zagal), quien tomó, al convertirse al cristianismo, el nombre de «D. Pedro de Granada, y fué Veinticuatro y Alguacil mayor» de Granada. «De su esposa doña María Venegas, hermana de Abulcacin (Abú-l-Cásim) y de Reduán Venegas», personajes que Manuel Fernández y González hace intervenir en sus *Monfies de las Alpujarras*, hijos del D. Pedro (?), nació D. Alonso de Granada y Venegas, y de éste, D. Pedro, que al casar con doña María Rengifo, atrajo á su casa el señorío de Jayena y Güetor, con la alcaidía de *Generalife*. (Gómez Moreno, *Guía de Granada*, pág. 319.)

cho del *Palacio* (1), en el número de cuyas dependencias pudo quizá contarse el baño arábigo que apareció entre las calles de *Gandulfo*, *Abenámar* y *Mesa Redonda*, y que ha quedado oculto en la *Gran Vía*, si no fué el de *Caraquin* (*Jarrazin*) ó de la *Zapateria*, como Valladar propone al dar noticia de los descubrimientos hechos, y que no fueron tantos y tan importantes cual era de esperar en todo el trazado (2). Un «gran vaso de barro encarnado con labores», que no se sabe si era romano ó producto de la cerámica arábigo-granadina, pues «fué destruído creyendo sin duda que contenía un tesoro», hubo de ser hallado en uno de los solares; más arriba, próximamente en el emplazamiento de la casa de los Maza de Lizana ó de Mendoza, según escribe Jorquera, tropezaron los obreros, á cerca de ocho metros de profundidad, con «unos grandes ladrillos de arcilla roja», romanos sin duda, «una laja de piedra, sin inscripciones, pero con rayas algo profundas, y algunos huesos humanos».

«Algo más abajo, apareció una gran caja de plomo, cerrada con barrotes de hierro toscamente forjado, que encerraba un esqueleto de hombre de gran altura y varios restos de cerámica romana.» «Después, en lo que es hoy esquina á la *calle de Almircecos*, á unos cinco metros de profundidad, se encontraron restos de una *vía romana* y otros fragmentos de cerámica», cuya filiación no se determina. «A la misma profundidad, al abrir la cimentación para las casas construídas sobre lo que fué *Palacio de Seti-Meriém*, se han hallado restos humanos y sepulturas que allí han quedado soterradas (3)», y cuya naturaleza tampoco fué determinada; en la parte del *Colegio Eclesiástico*, el tesoro de monedas almoravides y almohades de que he hablado arriba; elegante llave arábigo, de típica hechura y sencillos paletones, al proceder á la demolición de un muro; un fragmento de «un gran jarrón árabe», vidriado en verde y

(1) *La Alhambra*, tomos de 1899 á 1901.

(2) *Guía de Granada*, pág. 503.

(3) *Idem*, id.

blanco y con una greca en relieve; un trozo de la lápida sepulcral de Yusuf I, que tuvo la fortuna de recoger Almagro Cárdenas, y cuyo estudio, tan erudito como todos los suyos, publicó con la reintegración del texto arábigo en *La Alhambra* (1), y parte del artesonado de alfarge del mirador bajo en el *Palacio de Seti-Meriém*, y «que es de lazo y muy primoroso», que fué trasladado y se conserva en el Generalife.

Al cruzar la *calle de la Cárcel Baja* la trayectoria de la *Gran Vía*, fueron en aquélla derruidas unas casas de poca importancia, adosadas á la iglesia del *Convento del Angel*, detrás de la cual se extiende la hoy denominada *calle de Valentín Barrechegúren*, en la cual existe una casa, la del número 4, que no conozco, y dicen es *mudejar* (morisca); después, en uno de los callejones sin salida de la borrada *calle Angosta de la Botica*, fué demolida la casa que habitó el ilustre arquitecto Diego de Siloée, autor, entre otras muchas y celebradas obras, de la monumental escalera de la *Puerta del Sarmental* en la Catedral de Burgos, y de la fábrica de la Catedral de Granada. «En otras callejas sin salida, y en las que daban ingreso á la *Plaza de San Agustín* y á la *calle del Postigo del Tribunal*, había interesantes edificios mudejares (moriscos) (2) y en parte árabes,

(1) Tomo de 1903, págs. 297 y 324.—El hallazgo del fragmento litológico refiérelo Almagro en esta forma: «En el otoño de 1901, el autor de estas líneas solía ir al derribo de dicha casa (la *de los Infantes*), para inventariar los detalles de ornamentación que resultaban con interés suficiente para ser depositados en el *Museo Provincial*. Uno de aquellos días, el encargado de las obras le manifestó que se acababa de encontrar, al respaldo de la cornisa de un pilar, algo así como letras árabes. Inspeccionado el fragmento, resultó que, efectivamente, por el lado opuesto á la labor moderna, ofrecía el principio de diez y seis renglones árabes, correspondientes, sin duda, á una lápida sepulcral», obteniendo, al cabo de reiteradas tentativas para saber el nombre del difunto, el éxito feliz que su trabajo ofrece, y por el cual le felicito cordialmente.

(2) Si bien no puede menos de halagarme, naturalmente, que la clasificación arqueológica del *estilo mudejar*, hecha en 1859 por mi Padre, haya sido admitida por todos dentro de España y en muchas partes del

con muchos restos arqueológicos que en su mayoría se han perdido.» En la *calle del Postigo* fueron derribadas las casas de los inquisidores, las cuales lograron librarse del incendio de 1820; una de ellas tenía un patio que «era un primor de arte mudejar granadino». Al demoler la destinada al inquisidor mayor, que ha servido de *Escuela Normal de Maestras*, descubrióse el artesonado de la escalera del que había sido suntuoso edificio.

Era «de forma octogonal en base cuadrada, y se alzaba sobre una elegante cornisa de madera, en la que se desarrollaba un adorno pintado con motivos del Renacimiento italiano», lo cual daba la fecha de su labra. Semejante á otros muchos, frecuentes en Toledo, y de que hay abundancia relativa en Málaga,—de su parte central ó *almizate*, pendía «primoroso

extranjero, me ha de ser permitido recordar aquí lo que ya en 1885 expuse, con motivo de ciertos y bien interesantes trabajos de mi buen amigo el Sr. Gómez Moreno, en los cuales llamaba *mudejares* los edificios *moriscos* del Albaicín de Granada que estudiaba. Mientras existió en España una unidad política muslime, cuya influencia sobre la población mudejar de los dominios cristianos fué activa y constante, pudo y debió llamarse mudejar el estilo particularmente español á que los dichos vasallos dieron nombre; pero cuando desapareció toda sombra de soberanía musulmana, según aconteció en 1492 con el total rescate del que había sido reino granadino, surgió allí sólo el *estilo morisco*, de los moriscos nacido, por ellos únicamente cultivado, y que desapareció también con ellos al ser expulsados por orden de Felipe III. De esta diferencia social entre mudejares y moriscos, que tiene legítima representación en las esferas del arte, da idea la *Carta* de aquel monarca, fecha en 19 de Octubre de 1613, y que publica Janér en el apéndice CXLIV de su laureado libro *Condición social de los moriscos de España* (pág. 361). Gómez Moreno me hizo la honra de mostrarse personalmente convencido al leer mi estudio acerca de *El estilo mudejar*, publicado en la *La Ilustración Española y Americana*, números de 8 y 15 de Agosto de 1885, 22 de Febrero, 15 de Marzo y 15 de Abril de 1886, y deploro que nadie se haya fijado en las razones fundamentales de tal clasificación arqueológica, por apartarse sin duda de la *nonchalance* con que los franceses apellidan de *mauresques* sin distinción todas las obras de los musulmanes, de los mudejares y de los moriscos propiamente dichos.

colgante de estalactitas, que conservaba el riquísimo dorado primitivo, lo mismo que las artísticas zapatas que sostenían las viguetas» que servían de pechinas. «El conjunto era espléndido», y el estado de conservación perfecto: «ni aun el polvo parecía haber ofendido el venerando color de las talladas maderas de alerce». Valladar, de quien es esta descripción entusiasta, manifiesta con amargura que «el techo quizás esté armado en algún palacio extranjero á estas horas (1).»

Arcaturas, yeserías ornamentales, pinturas decorativas en los muros que, con ser distintas de las de la Alhambra, eran de todos modos interesantes, artesonados de mayor ó menor mérito é importancia... todo esto fué lo que, siguiendo implacable su trayecto la *Gran Vía de Colón*, pusieron de manifiesto los derribos. Si ha de darse el crédito de que son dignas á las noticias recogidas entonces por los amantes de la antigüedad, han sido muchas las casas, ya propiamente arábicas, ya moriscas, que fueron destruídas en las obras, no faltando tampoco otras posteriores, como la del marqués de Falces en la *calle de la Azacaya ó de la Acequia*, cual hoy pronunciamos el vocablo: la fachada tenía pintados al fresco seis paisajes que servían de fondo á extraños animales, cuyos nombres aparecían al pie escritos.

* * *

Ya casi en su extremo septentrional, la *Gran Vía* tropezó con la antigua *Placeta de la Tinajilla*, de que hice mención en el artículo precedente, y donde abrió la *Puerta de la campiña*, la *Bib-Fehs ó Bib-Defés*, como se dijo luego, según Eguílaz. Existía allí una posada, que antes fué *Mataderillo de los Señores* (2), con algunas techumbres artesonadas «y unas nota-

(1) *Guía* cit., págs. 511 y 512.

(2) En los altos del Albayzín, allá en la *Placeta de San Bartolomé*, existe, ó existía, una finca rústica, conocida por *el Mataderillo*, á la cual fué agregado el solar de una casa legendaria, llamada *La Casa de los corazones*. Parece, pues, que en Granada, además del *Matadero* general, existieron otros particulares en diversos barrios.

bles bóvedas de ladrillos colocados de plano», según lo está lo que resta de la bóveda del arco de entrada en uno de los arruinados torreones del castillo de Alora, en la provincia de Málaga, que sirve en aquella población de cementerio. Demolida la posada, así como las construcciones inmediatas en la acera del *Triunfo* desde la *calle del Santísimo*, procedióse á abrir, en la dirección normal de la *Gran Vía*, la zanja necesaria para la construcción del alcantarillado; y «á profundidad relativamente escasa» aparecieron, ya en 1903, «restos humanos esparcidos y varios esqueletos casi enteros, sin sepulturas construídas, sino colocados en excavaciones muy superficiales». «No se encontraron ni monedas, ni piedras con inscripciones, ni armas; sólo un soporte de candil árabe [de barro], vidriado en verde, resultó entre los escombros y tierra laborable que envolvían á los esqueletos.»

Como obra de misericordia, fueron recogidos piadosamente aquellos restos humanos y trasladados al cementerio para darles tierra en él, sin que haya logrado saberse si eran de cristianos ó de musulmanes, pues no se dió tiempo á «que los hombres de ciencia pudieran examinarlos, para colegir siquiera la época á que pudieran pertenecer», según Valladar expresa. Cree este diligente escritor, por el desorden en que aparecieron los dichos restos, fué aquel «uno de los enterramientos que se improvisan en los campos de batalla», cual «la proximidad de esa especie de fosa común á la antigua muralla árabe» hace además de las otras circunstancias presumible, y sospecha que, si bien, conforme hace notar Dozy, una parte del terreno ocupado por cierta iglesia muzarábica, demolida tumultuosamente de orden de Yusuf-ben-TeXufin en 1099, fué «el conocido cementerio de Sahl-ibn-Malik»,—los citados restos debieron ser de combatientes musulmanes que sucumbieron en una salida, luchando con cristianos ó con rebeldes, pues al parecer, la posición en que la mayoría de los indicados restos fué encontrada, iba en sentido diagonal respecto del eje longitudinal de la excavación, y, por tanto, con los pies hacia el

Oriente (1). El examen del soporte de candil arábigo de barro vidriado en verde, hallado entre la tierra que rodeaba los esqueletos, algo habría podido ayudar para esclarecer este punto; pero no es conocido su paradero.

*
* *

Si posible fuera reconocer uno por uno los viejos edificios, más ó menos deformados, pero desfigurados todos, que aún en pie permanecen dentro del casco de la población, á la una y á la otra banda del Darro, y á la una y otra parte de la *Gran Via de Colón*, y fuese dado remover al propio tiempo el suelo en calles, placetas y construcciones de todo género, brotarían á millares los restos monumentales de aquella ciudad insigne en los días de la dominación musulímica, antes de los Al-Ahmares, y durante el gobierno de éstos... Afanáronse los conquistadores de 1492 y sus descendientes con dolorosa, pero natural persistencia, y en etapas sucesivas, en desnaturalizar, con reformas y aditamentos, no siempre indispensables y las más de las veces caprichosos, todo lo antiguo; y así, aunque desde el siglo xvi hasta el presente ha sido mucho lo que se ha destruído por la ley ineluctable de renovación en las ciudades, todavía mucho ha de permanecer oculto, y por tanto desconocido, que el día menos pensado habrá de sorprender, acaso con enseñanzas nuevas y provechosas, cuando la casualidad lo manifieste.

Nunca me podré convencer de que el gran período del Califato de Córdoba no dejó representantes suyos en construcciones de significación y de valía dentro de Granada. De vez en cuando aparecen bellos capiteles de blanco mármol, deteriorados, en obras del período de los Al-Ahmares y posteriores, y en el *Museo Provincial* he hallado algunos muy interesantes; pero de otros miembros arquitectónicos de aquellos días no re-

(1) Valladar: *Una hipótesis acerca de los restos humanos de la Gran Via* (*La Alhambra*, t. VI de 1903, pág. 113); *Guía de Granada*, pág. 517.

cuerto ninguno, como no hago memoria tampoco de monumentos litológicos á los mismos correspondientes. Tampoco se señala reliquia alguna ni del período en que los régulos sinhechies dominaron, ni de los almoravides y almohades; y de igual suerte que á los fines del año 1898 ó principios de 1899, fué hallada, no sé dónde, «una tabla con inscripciones alcoránicas, especie de guía para los sacerdotes de Mahoma en sus rezos», la cual he visto en el escaparate de uno de los vendedores de antigüedades establecidos en la *calle de Gómeres*, al lado de la *Puerta de las Granadas*, y desde *San Miguel el alto* hasta la calle de la *Cruz de la Ráuda* ó del Cementerio, se descubrió en la misma fecha el que recordaba el nombre de la dicha calle, y en cuyas sepulturas había piedras labradas con inscripciones que repiten la vulgar frase de *Salvación perpetua*, y tal vez alguna otra de carácter religioso (1); así como en la *calle del Gumiel* hubo de encontrarse el torso de una estatua romana, y de investigaciones practicadas en ella por la Comisión de Monumentos resultaron «varios objetos», romanos «asimismo» (2), así también, lenta y constantemente, irá el acaso devolviendo dislocados los restos de la Granada romana, la visigoda, la del Califato, la de Badís, la de los almoravides, la de los almohades y la de los descendientes del llamado *Al-Ahmar el Magnífico!*

Lo que más seduce, lo que más encanto y fama da, sin embargo, á aquella población, no son ciertamente estas arideces arqueológicas, por interesantes que sean; es, además de ellas, el ambiente que la envuelve; los recuerdos que guarda y ha poetizado nuestros incomparables romances moriscos; el perfume suave y delicado de sus floridos cármenes; la alegría de su cielo, la exuberancia de su suelo, todo sonrisas en el mes de Mayo; lo abigarrado, pero muy agradable de su aspecto; un no sé qué indefinible, al cual, particularmente en mí, se unen

(1) *La Alhambra*, de 30 de Enero de 1899, pág. 48.

(2) *La Alhambra* del 30 de Abril de 1899, pág. 192.

las *saudades* de la juventud, de la edad más hermosa en la criatura, y que tan rápidamente huye y se desvanece...

Visitar el barrio del Albayzín; soñar allí misterios y encantos en uno de aquellos patios característicos de que quisiera hablar, pero de los que no diré nada por ahora, pues no tengo espacio para ello; dar rienda suelta á la fantasía delante de una de aquellas vetustas construcciones que tanto y tan alto hablan á los espíritus enamorados de lo que fué; saturar el ánimo de los efluvios embalsamados que brotan allí por todas partes, y bañarle en un océano de luz y de maravillas más ó menos verdaderas! Algún día lo haré quizás, si puedo, pues paseando por los limbos de lo pasado, halla sólo recreación y alegría el alma de los viejos, y yo me encuentro ya en la categoría de los que son así denominados.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

RECUERDOS

Habíamos llegado en el artículo anterior á un momento verdaderamente crítico, en aquel período tan fecundo, pero tan agitado, que media entre la revolución de Septiembre y la restauración de Don Alfonso.

Cinco años, cuajados de luchas, de pasiones, de conflictos, y sembrados de grandes ideas y de grandes ruinas.

Habíamos llegado, repito, á un momento crítico. O la obra de la revolución podía continuar una marcha relativamente tranquila, ó podía despeñarse en abismos que no era fácil sondar.

Y, en efecto, nos despeñamos, ó por leyes ineludibles de la Historia, ó por culpa de todos, ó por ambas cosas á la vez.

No he de disimular nuestros propios pecados, que fueron grandes, y que pondré en relieve con implacable justicia, sin rehuir en mi modesta esfera la pequeñísima responsabilidad que me corresponda; y claro es que si con los míos y en los míos hago justicia, no he de ser piadoso con nuestros adversarios de aquellos tiempos.

Ellos iniciaron aquel triste proceso, y cuando digo ellos, me refiero á los que representaban en aquellos tiempos el partido conservador de la efímera monarquía de Don Amadeo.

Partido conservador que estaba formado con los unionistas

y con una gran parte de progresistas, de los que, separándose de Zorrilla, siguieron leal y tenazmente á Sagasta.

Por entonces no formaban propiamente un partido conservador; más tarde fueron, sí, el partido conservador de Don Amadeo; y andando el tiempo, el gran núcleo del partido liberal de Don Alfonso XII.

Mas por la época á que vengo refiriéndome, eran tan sólo una coalición, y de eso les acusábamos, y de eso nos lamentábamos los zorrillistas; de que la Corona, frente á un partido constituido, como el nuestro, hubiera entregado el Poder, y en el Poder sostuviese á una especie de conglomerado de hombres políticos sin programa, sin bandera y sin jefe reconocido.

Claro es que, mirando las cosas desde lo alto, sacrificando nuestros intereses de partido y nuestras ambiciones, y hasta nuestras legítimas ofensas, al interés general de la Patria, de la obra de la revolución y de la naciente dinastía, debiéramos haber deseado la inmediata constitución de un partido conservador; y hasta hubiéramos debido trabajar por que á toda costa se constituyese como fuerza política necesaria para el arraigo del nuevo Monarca.

Pero buenos son los partidos, y sobre todo en época revolucionaria, para estos alardes y estos derroches de altruismo político; lo que deseábamos á todo trance era que la coalición continuase siendo coalición, para poder combatirla y arrojarla del poder.

Y así continuaban las cosas, y la paciencia de los zorrillistas se iba agotando, y más eran los enojados con el Rey que los adictos á todo trance, hasta que el mismo Don Amadeo se dió cuenta de que la situación era insostenible.

Y llegó un día en que aquel caballero italiano que he designado con la letra D, le comunicó con gran reserva á Martos, y éste transmitió sigilosamente á sus íntimos, y los íntimos con la misma reserva y el mismo sigilo á la masa del partido, que se preparaban graves acontecimientos.

El Rey no tolera que continúe por más tiempo situación tan irregular, y ha hecho entender al duque de la Torre, á Sagasta y á Topete, que no formando, como no forman un partido, y no teniendo ni jefe ni programa, se verá en la necesidad de retirar su confianza al Ministerio Malcampo.

Gran regocijo entre los nuestros; el crédito del Monarca subió á gran altura; todos nos hacíamos lenguas de su energía, de su instinto político, de su respeto constitucional y de sus simpatías hacia nosotros.

Se arrepentían los impacientes de su impaciencia, de su desconfianza los desconfiados, y de sus tentaciones republicanas los que hacia la república se habían inclinado en aquellos últimos tiempos.

—Señor—se decía,—el Rey no ha podido hacer sino lo que ha hecho; en estas cuestiones no se puede proceder de ligero; era preciso que se llenase de razón, que no mostrase precipitaciones que pudieran mostrar predilección determinada; ¿qué son para la vida política del país unos cuantos meses?

Y así seguíamos encomiando la sabiduría y la prudencia del Monarca, en vista de que iba á echar del poder á nuestros adversarios.

Que así son las pasiones humanas, y las pasiones políticas sobre todo.

No faltaba, sin embargo, quien se mostraba receloso.

—Ya verán ustedes—decía alguno—cómo esa turba de ambiciosos (con esa dulzura les tratábamos, y con una dulzura equivalente nos trataban ellos);—ya verán ustedes cómo esos intrigantes palaciegos tienen el descaro de constituirse en partido conservador, y de reconocer por jefe al duque de la Torre, de improvisar cualquier programa, y de presentarse al Rey después de bien aderezada la farsa, proclamando que ya son un partido formal, una barrera seria al desbordamiento democrático, y una fuerza política á la cual se le puede conceder el decreto de disolución sin faltar á las buenas prácticas constitucionales.

Tales recelos provocaban la indignación de casi todos los jefes del partido, y de la masa no hay que hablar.

—Eso sería una farsa indigna, eso sería un escamoteo del poder; los partidos no se improvisan para el uso de un decreto de disolución; el Rey no toleraría esas indignidades, ni el partido liberal las toleraría tampoco.

Y sólo con la duda se iba ya acumulando vapor á alta presión.

—No puede ser, no puede ser; esos escándalos han terminado ya en España.

Este era nuestro grito, que iba tomando los acentos y la vibración de un grito de guerra.

*
* *

¿No puede ser?

Pues pudo ser, y fué.

Y fué un gran escándalo, y fué una gran torpeza.

Una torpeza que dió al traste con toda nuestra paciencia, que no era mucha.

Se reunieron los prohombres de aquella agrupación de progresistas y unionistas.

Se proclamaron como el partido conservador de la dinastía de Don Amadeo.

Reconocieron como jefe al duque de la Torre, y se presentaron al Monarca, dispuestos á formar un Ministerio de fuerza y altura, pidiéndole para consolidar su nueva existencia el decreto de disolución.

Y el Rey les concedió el decreto de disolución. No al Ministerio Malcampo, pero sí á un Ministerio, si no recuerdo mal, presidido por el duque de la Torre, y en que entró como ministro de la Gobernación Sagasta para hacer la nuevas elecciones, y como subsecretario Romero Robledo.

Al escribir estos recuerdos nunca consulto documentos; sólo acudo á mi memoria; no creo equivocarme, pero si me

equivoco, poco importa; equivocaré pormenores, pero en la firmeza de las líneas generales tengo seguridad absoluta.

*
* *

A llegar á este punto, el partido liberal de entonces, ó, si se quiere, el partido zorrillista, empezó á perder la cabeza, ciego por el enojo, irritado por el desengaño y excitadísimo por la conciencia de su derecho.

Porque tenía razón, ó, hablando en plural, porque yo formaba parte de aquella agrupación, teníamos razón sobrada.

Nunca el partido liberal, avanzado ó progresista, había sido llamado á los Consejos de la Corona espontáneamente.

Entró con Espartero el año 40, por la fuerza, y derribando á Doña María Cristina.

Durante once años, del 43 al 54, estuvieron en el poder los moderados, impidiendo ciegamente, torpemente, que Doña Isabel llamase al partido progresista.

Por una revolución, superpuesta á un pronunciamiento militar, llegó al Poder el 54; de él fué arrojado el 56, y pasó otros doce años, hasta el 68, sin que la Corona le llamase: la Historia, para el partido avanzado, era una larga historia de engaños.

Por vez primera en la Historia, llamó al poder Don Amadeo á Zorrilla; pero pocos meses después volvió el elemento conservador al Poder.

Y en él siguió, á pesar de haber sido derrótado en el Parlamento, y se le concedió el decreto de suspensión, y se le dió tiempo para organizarse; pero no en la oposición, sino en los sillones ministeriales.

Y por fin, se le concedió el decreto de disolución, y la perspectiva de otros cuantos años gobernando al país, y manteniendo alejado de las esferas gubernamentales al elemento más poderoso, intelectual y materialmente, del país.

Mal aconsejaron al Rey los que así le aconsejaron; era con-

tinuar la tradición de resistencia intransigente que se había prolongado casi un siglo; era matar toda esperanza, y era brindar á la violencia; esto era entonces y es hoy indiscutible; han pasado cuarenta años; ningún interés me guía, ninguna pasión me caldea, ningún odio me incita, y veo, sin embargo las cosas como las veía en aquella época. Egoísmo é imprudencia de los elementos conservadores.

Malos consejos de las camarillas palaciegas; error disculpable, pero error al fin, de la Corona.

No economizo, pues, las censuras á nuestros adversarios, de entonces; no mermo ni un átomo á nuestro buen derecho y á la razón que nos asistía; pero aquí empiezo á señalar nuestros errores: errores disculpables, como acabo de decir, refiriéndome al Monarca; pero errores funestos.

*
* *

Porque si la pasión no nos hubiese dominado, no nos hubiéramos lanzado por caminos de ruina para el edificio político que habíamos conseguido elevar.

De ruina para la revolución de Septiembre y su obra; de ruina para la nueva dinastía, y de ruina para la Patria.

El efecto que en el partido zorrillista produjo el decreto de disolución, el nombramiento del nuevo Ministerio de unionistas y sagastinos, y el hecho de que este Gobierno iba á presidir las nuevas elecciones, fué indescriptible.

El partido, en masa, lanzó un grito de ira y de guerra; y el resultado fué aquella monstruosa coalición que, sin darnos la victoria, dió un argumento terrible contra nosotros á nuestros adversarios.

Sin pensar ni en la Monarquía que habíamos proclamado, ni en el Rey que habíamos traído, ni en la nueva dinastía que teníamos el deber de consolidar, ni siquiera en los principios que habíamos impuesto, y que íbamos á empañar en aquella complicidad electoral con nuestros más encarnizados ene-

migos; sin pensar más que en la venganza, á que nosotros dábamos el nombre de castigo y justicia, y que eran, sí, justicia y castigo, pero por tales medios impuesto, que el castigo y la justicia realizada, pasando todo lindero de prudencia y de severa calma, con la pasión vengativa se confundía.

Digo, pues, que todos los demócratas, y la gran masa de los progresistas, con Rivero, Martos y Zorrilla, nos coligamos para la lucha electoral: con todo el partido republicano, que casi todo él se componía de federales; con todos ó una gran parte de moderados y alfonsinos; con todos los carlistas, y con cuantos neos é integristas quisieron entrar en la coalición.

En suma: todas las fuerzas políticas de España contra unionistas y sagastinos.

Una coalición formidable, brutal y caótica; y los ministeriales decían: profundamente inmoral.

Claro es, que nosotros decíamos que era de una moralidad indiscutible, porque con ella pretendíamos poner correctivo á un gran escándalo político, que arruinaba todo sistema parlamentario, leal y honrado.

Pero todo lo que pudiéramos alegar en defensa de esta resolución violentísima y casi revolucionaria, no impide esta acusación tremenda: os habéis aliado con los republicanos federales, enemigos de la Monarquía y enemigos de la unidad de la Patria, como vosotros la sostenéis.

Os habéis aliado con los carlistas, enemigos de Don Amadeo, enemigos vuestros á muerte por la libertad religiosa que habéis proclamado, y que sólo esperan una buena ocasión para lanzarse al campo.

Os habéis aliado con los moderados y con los alfonsinos, enemigos, naturalmente, de Don Amadeo.

Os habéis aliado, en suma, con los mayores enemigos de las libertades democráticas.

Así como antes afirmaba que se había atropellado malamente al partido liberal, así ahora digo que estas acusaciones eran y son, y serán siempre, tremendas ante la Historia.

Nuestra conducta será explicable ante la pasión humana; pero no ha de desconocerse que era una conducta insensata.

Nos asíamos frenéticos á las columnas del templo para derribarlo, aunque á todos nos aplastase.

Aquel acto del partido zorrillista, como inevitable, y como muestra de una gran energía, fué el principio del fin.

*
* *

¡Cómo nos halagaban nuestros adversarios de siempre!

¡Cómo nos atraían hacia el abismo!

Yo recuerdo varias reuniones electorales de un gran comité que se formó en Madrid, y allí veía yo en fraternal unión á Rivero, á Martos, y á Zorrilla con Castelar y Figueras; con Esteban Collantes, siempre simpático y cariñoso; con Nocedal, dulce é insinuante, y con muchos jefes carlistas, que se asombraban de la injusticia que con nosotros había cometido el Rey.

Y así todos, fraternalmente unidos, marchamos á la lucha electoral.

Lo cual no impidió que Sagasta y Romero Robledo, sin contar con las grandes masas progresistas que tenían de frente; sin contar con las enormes masas federales, que se lanzaron á la lucha con apetitos de ruina; sin contar con el formidable ejército carlista; sin contar con las grandes influencias de los alfonsinos, sin contar con nadie más que con su habilidad electoral, venciesen aquella coalición, que parecía invencible.

Ellos solos, el país enfrente, el Rey impasible; tan impasible como el Rey, el Duque de la Torre; y Sagasta y Romero Robledo, vencedores.

Y la coalición, de antemano vencida moralmente por su propia monstruosidad.

Y en las urnas, á pesar del sufragio universal, vencida también por el número.

Aunque este número se forjara por procedimientos electo-

rales, de que luego daré una ligera idea con el ejemplo de mi propia derrota en el distrito de Quintanar de la Orden, en donde siempre había salido y seguí saliendo triunfante.

*
* *

A la coalición fuimos, pues, arrastrados por la pasión, sin pensar, ó sin querer pensar, en las consecuencias.

Consecuencias, por lo demás, fáciles de prever, con un poco de juicio.

La coalición era un arma poderosa, ó parecía serlo, contra el Gobierno; pero era un golpe segurísimo contra el Rey.

Y ¿cómo podía no serlo, aliándose para la lucha electoral un partido dinástico, como éramos nosotros ó debíamos serlo, con todos los partidos antidinásticos, con los federales, con los carlistas, con los defensores de la dinastía derrumbada en Septiembre y, por lo tanto, con los futuros alfonsinos?

Aun suponiendo que hubiéramos vencido al Gobierno en las elecciones, las Cortes elegidas no hubieran sido nuestras, ni el Rey hubiera podido darnos el poder.

El dilema era, la abdicación ó una nueva disolución de Cortes.

Por mucha que fuera la razón que nos asistiese para el enojo que mostrábamos, y que es evidente que hasta el Rey llegaba, la aventura á que nos lanzábamos era no sólo peligrosísima, sino evidentemente fatal; era casi romper con el Rey: y abandonando á Don Amadeo, ¿adónde íbamos?

¿A los federales, que representaban para nosotros, y así lo habíamos proclamado cien veces, la negación de la unidad de la Patria?

¿A los carlistas? Bonito salto.

De la democracia al absolutismo; de la libertad de cultos á la intolerancia.

¿Acudíamos á Doña Isabel ó á Don Alfonso?

Entonces, ¿para qué los expulsó la revolución de Septiembre?

¡Qué humillación para los principales jefes del movimiento revolucionario, y qué responsabilidad!

Pues si el partido zorrillista no tenía salida, ¿á qué destruir, ó ponerse en peligro de destruir, su propia obra?

Esto pensaban algunos; pero la gran masa del partido, como sucede siempre con los partidos populares, quería la lucha á todo trance, peligrara lo que peligrase, hundiérase lo que se hundiera, abdicara ó no Don Amadeo; la suprema aspiración de la gran masa era: derrotar al Gobierno, dar una lección al Rey, imponerse á Palacio con una gran victoria electoral, y alcanzar el poder y conservarlo una serie de años, tantos por lo menos como lo habían conservado los moderados.

Este era un programa claro, sencillo y, al parecer de los más ardientes, sumamente fácil.

¿Cómo dudar—pensaban—que la coalición será vencedora?

Y ¿cómo no ha de caer el Gobierno, si en unas elecciones generales se le derrota?

Y ¿cómo ha de conservar el Rey á un Gobierno que la nación entera rechaza?

Luego el Rey elegirá un Ministerio en el seno del partido avanzado.

Y cuando este momento llegue, ¡ay de los unionistas!, ¡ay de los sagastinos!, ¡ay de los *calamares!*, que así llamábamos á estos últimos, porque decíamos que se guisaban en su propia salsa.

* * *

La argumentación, al parecer, era sólida.

Para serlo en realidad, no faltaban más que tres cosas:

1.^a Que Sagasta y Romero Robledo se dejaran vencer en la lucha electoral; y, en efecto, no se dejaron vencer.

2.^a Que nuestros compañeros de coalición, republicanos, carlistas y antiguos moderados, lucharan sólo para darnos el

E. M.—Agosto 1910.

5

PERTENECER
ATENED

triunfo, y luego se resignarán tranquilamente á vernos trepar á las alturas gubernamentales. Y, en efecto, sus buenas disposiciones para la resignación se vieron en la nueva guerra civil, en la explosión de los cantonales y en la proclamación de Sagunto.

3.^a Que el Rey sufriera imposiciones. Y al suponer esto, olvidábamos que era un Rey caballero, como su padre, con mucha dignidad, poquísima ambición, muy hostigado por nuestras luchas políticas, y que, por lo tanto, debíamos suponer que estaba dispuesto á abdicar en cualquier momento.

Aparte de estos tres pequeños inconvenientes, nuestro programa, como programa práctico para llegar al poder, era de una perfección y de una sencillez ideales.

¿Qué fué de estos idealismos?

Ya lo iremos viendo en los artículos próximos.

JOSÉ ECHEGARAY

PARNASO INTERNACIONAL

AL LEVANTARSE EN EL CAMPO

(De Ernesto Raynaud)

De par en par he abierto la ventana,
Y en mi cuarto, con vivos resplandores,
Entra toda la luz de la mañana
Y todo mi jardín, lleno de flores.

No hay nube alguna en la cerúlea esfera;
Brilla en la flor el matutino lloro;
Los montes, que vistió bruma ligera,
Resplandecen al sol con tintas de oro.

Oigo, abajo, en el huerto, á la sirviente,
En las tareas de la casa ducha,
Que canta junto al pozo alegremente,
Haciendo rechinar la agria garrucha.

Revuelto el gallinero, cacarea;
Arrulla encima el palomar; la brisa
Matutinal los árboles orea;
Un pájaro que vuela se divisa.

Allá, un tropel de cavadores miro,
Hincando el hierro en la vecina loma,
Y boquiabierto con afán respiro
Del fértil campo el saludable aroma.

FANTASÍA

(De Gerardo de Nerval)

Hay un aire que á mi alma se acomoda,
De añejo tono y triste melodía;
Yo, la música toda
De Rossini y Mozart por él daría.
Cuando lo escucho, ¡oh gozo!,
De dos siglos, al punto, me remozo.
Estoy de Luis Trece en el reinado,
Y veo una colina
Que el sol, al Occidente ya inclinado,
Dulcemente ilumina.
En aquella colina hay un castillo,
Que forjaron la piedra y el ladrillo,
Con vidrios de rojizos resplandores;
Fuera, un parque de paz y de reposo,
Y un río caudaloso
Que corre entre las flores.

Pálida, rubia, con mirar de estrella,
De antiguas galas con primor vestida,
En un alto ajimez veo una bella.
La conocí sin duda en otra vida,
Y ahora, no sé por qué, me acuerdo de ella.

TEODORO LLORENTE

LAS CORTES DE ISABEL II

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

(Continuación)

LAS CORTES DEL CÓLERA

La Reina viuda, Doña María Cristina de Borbón, tenía indudablemente por las ideas liberales, benevolencias espontáneas que resultaban de alto relieve dentro del sistema absoluto que caracterizó el Gobierno de su esposo Fernando VII; pero una vez al frente del Estado, bajo el peso de la grave responsabilidad que el cargo de Gobernadora del Reino la exigía, desmayaron sus animosos alardes, y se dejó dominar por el en ella justificado temor de que las prácticas constitucionales, reproduciendo las notorias inconveniencias de 1820 á 1823, debilitaran su autoridad ante el gran problema que los partidarios de Don Carlos habían planteado encendiendo la guerra civil. No obstante, penetrada Cristina de que la defensa de los derechos de su hija no tenía otro apoyo que el de la libertad, se decidió á seguir las corrientes que impulsaban, con mayor ó menor fuerza, la reorganización de los Estados de Europa, y encargó la dirección del Gobierno y la implantación de las reformas liberales á D. Francisco Martínez de la Rosa, hombre de orden, político y poeta, que, como su contemporáneo Lamartine, en Francia, pretendía unir en armónico consorcio

la tradición y la libertad. Llamábanle *Rosita la pastelera*, por su aspiración constante de transigir con todo el mundo, y este fué el encargado de formar una Constitución, que denominó *Estatuto Real*, restringiendo notablemente el espíritu del Código de 1812, y quizá inspirándose algo en la Constitución de Bayona.

El Estatuto trajo la reunión de Cortes, y esta reforma vino á cambiar por completo la organización política del país, sirviendo de timbre glorioso para aquella mujer, juzgada con visible encono por sus contemporáneos, pero á quien la posteridad se encargará de vindicar estudiando las circunstancias, los antecedentes y las dificultades que la rodearon. La casualidad ha colocado su estatua entre tres Museos: el de Pintura, el de Reproducciones Artísticas y el de Artillería, junto á la Academia Española, y cerca del monumento del Dos de Mayo: así, el bronce que la representa se halla en el ambiente que ella respiró en vida, de amor al arte, á la literatura, á la industria y á las glorias españolas.

La guerra civil se presentaba imponente en las provincias; el cólera invadía la capital de España, causando centenares de víctimas; las pasiones del populacho, quizá imbuídas encubiertamente, habían ocasionado la execrable matanza de frailes, célebre en la historia; en el centro de la corte abortaba una conspiración contra el trono y contra el sistema liberal que informaba el espíritu de Cristina y de su Gobierno en aquellos instantes: esta era la situación del país en Julio de 1834, en los momentos en que se iban á abrir las primeras Cortes del reinado de Isabel II.

Sin embargo, días antes de la apertura de los *Estamentos*, cedieron los motines populares, más por convencimiento del injustificado motivo que los impulsara que por la energía de las autoridades; la epidemia comenzó á decrecer, y un vientecillo agradable que refrescaba la atmósfera pudo contribuir á calmar los ánimos, haciendo renacer la esperanza en el atribulado ánimo de los habitantes de Madrid.

El día designado para la apertura de los Estamentos era el 24 de Julio de 1834; y ese día llegó Cristina á Palacio á las doce de la mañana; viniendo de La Granja, donde se había refugiado, huyendo del cólera, con sus hijas la Reina Isabel y la Infanta Luisa Fernanda. Quizá tuviera sus temores de contagio al entrar en una población infestada por la epidemia; pero supo disimularlos y apareció con el semblante animado, con la sonrisa en los labios, con la expresión agradable de sus lindos ojos, ante el numeroso gentío que se agolpaba en el tránsito de la comitiva desde Palacio hasta el *Casón* del Retiro, donde se había instalado el Estamento de Próceres (1); y que, como local más á propósito, era el elegido para celebrar allí la apertura de las Cortes.

Se entoldó la carrera, aprovechando los lienzos que servían para este objeto en la procesión del *Corpus*; formó la guarnición de Madrid en unión de la Milicia urbana; adornáronse los balcones con colgaduras, y un público numerosísimo, desafiando el bochornoso calor del día, ocupaba las calles que recorrió la regia comitiva.

Entró Cristina en el *Casón* por la puerta que daba al Retiro, porque el edificio estaba entonces enclavado dentro del perímetro de esta posesión, y así lo hemos llegado á conocer nosotros, unido por varias construcciones mezquinas al antiguo palacio del que es resto el actual Museo de Artillería. Iba acompañada de su cuñado el Infante D. Francisco de Paula, que ocupó un asiento próximo á ella, pero separado del trono, y alrededor de éste se situaron, de pie, los empleados palatinos y el Gobierno.

Cristina leyó con voz segura y ánimo resuelto el discurso que puso en sus manos Martínez de la Rosa, y si éste fué quien lo redactó, como se sospechaba, le hace honor, demostrando la ya conocida corrección de su pluma y la sensatez que hubo de inspirarle. Se expone en el documento, con inge-

(1) Senado.

nua franqueza, pocas veces empleada después, la verdadera y angustiosa situación del país, y se ofrece continuar la serie de reformas que el Gobierno había comenzado á realizar.

La Reina Gobernadora prestó luego el juramento de rúbrica, y después de cambiar de traje en Palacio, salió inmediatamente con dirección á Riofrío, donde hizo cuarentena antes de reunirse con sus hijas.

Consiguiente al derecho de petición consignado en el Estatamento, doce Procuradores, que era el número fijado por la ley para presentar esta clase de escritos, pidieron en una razonada exposición, haciéndose cargo de los males que había irrogado la epidemia colérica, «que se nombrase una comisión científica que, en vista de los resultados que habían producido, tanto en España como en los países extranjeros donde había reinado el cólera, las medidas sanitarias respectivamente adoptadas contra este mal, propusiese, con toda la urgencia que exigía el estado lastimoso de la nación, los medios más adecuados para contener ó al menos moderar sus estragos; y, al propio tiempo, que el Gobierno presentara, lo más pronto que fuera posible, un reglamento general ó ley de Sanidad que pudiera servir uniformemente de guía en los casos de epidemia». El Gobierno se mostró conforme con la petición.

Al discutirse, Moscoso, el Secretario de lo Interior, expuso su parecer contrario al aislamiento de los pueblos infestados; pero dijo que, respetando las preocupaciones existentes, se habían decretado los cordones sanitarios, con la particularidad de que en Madrid, donde por las circunstancias especiales de la población no se planteó esa medida de rigor, la epidemia causó relativamente, menos víctimas. Manifestó también que, en la duda de si el contagio era ó no causa de la propagación de la epidemia, se había mandado acordonar la provincia de Segovia, donde residía la Familia Real. Declaró que se habían distribuído cerca de dos millones de reales entre las provincias damnificadas; que Cristina, en nombre de su hija, había dado 100.000 reales y 50.000 los Infantes; que, anticipándose el

Gobierno á los deseos de los Procuradores, había ya pedido á la Junta de Sanidad informe sobre el particular para presentar un proyecto de ley; y, por último, que se estaba imprimiendo una Memoria, redactada por varios profesores que habían sido comisionados para estudiar en el extranjero la enfermedad de que se trataba, no habiéndose ya publicado á causa del retraso que ocasionó la necesidad de hacerse en Berlín los grabados que ilustraban la obra.

La mayoría de los Procuradores era contraria al acordonamiento. López del Baño decía: «Donde el espíritu público no se ha contristado; donde no se han puesto cordones; donde los socorros han sido más abundantes, como ha sucedido en Madrid, en todos estos puntos se ha verificado constantemente que los estragos han sido menores; por consiguiente, está fuera de duda que los efectos del cólera están en razón inversa de la influencia moral y de los socorros que se prestan. Todo esto es menester tenerlo presente, así como tampoco será tan fácil como parece quitar las preocupaciones que han llegado á arraigarse en los pueblos, los que se opondrán tenazmente á adoptar las mismas providencias decretadas últimamente por el Gobierno.»

El Conde de las Navas abogó por que se hiciera una ley de Sanidad á fin de evitar los abusos, atropellos y desórdenes que se habían cometido extremando el rigor de los acordonamientos. «Hay pueblo—añadió—de 14.000 vecinos, en el cual se trata nada menos que de destruir sus fábricas por las medidas sanitarias. El mío, por ejemplo, Béjar, sólo subsiste de las fábricas de paños; tiene contratas con el Ejército, que forzosamente debe cumplir; pero por las medidas sanitarias se cree que los arrieros que conduzcan los paños podrán introducir el cólera. No diría eso el pueblo si se le hiciese esta reflexión: cuidado que se van á cerrar vuestras fábricas, y entonces vais á perecer de otro cólera peor, que es el hambre.»

La petición se aprobó por unanimidad, rarísimo ejemplo que pocas veces se ha repetido en aquella Cámara, y fué la

primera que se elevó á S. M., haciendo concebir esperanzas de que los Procuradores se interesaban por el bien del país. Veremos si estos lisonjeros auspicios llegaron á confirmarse en las sesiones sucesivas.

EL ESTAMENTO DE PROCURADORES.—EL VOTO DE SANTIAGO.—EL
DICCIONARIO DE LA ACADEMIA

Los Estamentos eran dos: el de Próceres, que equivalía al Senado, y el de Procuradores, que representaba al Congreso, y las facultades de estos dos cuerpos se reducían, según lo dispuesto en el *Estatuto Real* (1), á discutir los proyectos de ley presentados por los Secretarios del Despacho (Ministros de la Corona) y dirigir peticiones á S. M., derecho único que tenían los Procuradores en las antiguas Cortes de Castilla; de modo que las de 1834 venían á ser como un sistema intermedio entre aquellas Juntas, en que no prevalecía más que la autoridad del Rey, y el moderno parlamentarismo, que entrega á la asamblea la potestad legislativa con independencia de la Corona. No en balde se le llamaba á Martínez de la Rosa *Rosita la pastelera*.

Se carecía de local capaz y adecuado para celebrar las sesiones del Estamento de Procuradores, y se habilitó para ello la iglesia del convento del Espíritu Santo, situado en lo que es hoy Palacio del Congreso.

El convento estaba deshabitado desde 1823, en que sufrió graves deterioros con motivo de un incendio ocurrido en el momento de estar oyendo misa el Duque de Angulema, Generalísimo de las tropas francesas que habían entrado en España á proteger el Gobierno absoluto de Fernando VII.

Se instaló el Salón de Sesiones en el templo, reduciendo su

(1) Una especie de Constitución promulgada por Cristina, la Reina Gobernadora, y redactada por Martínez de la Rosa.

altura para darle condiciones acústicas, y además se le hizo un ingreso por la Carrera de San Jerónimo, con grandes columnas á modo de pórtico monumental.

*
* *

El llamado *voto de Santiago* era una prestación que pagaban de tiempo atrás al arzobispado de aquella advocación algunas provincias de España, habiendo logrado eximirse de ese tributo Madrid, Guadalajara, Sigüenza, las Provincias Vascongadas, parte de la de Toledo y las correspondientes á la Corona de Aragón, á pesar de que el diploma comprensivo de la promesa que se decía hecha por el rey Don Ramiro en la Era de 872 (año 834), no se limitó á las circunscripciones conquistadas entonces, sino que se hacía extensivo á las que lo fuesen con el tiempo. La prestación comprendía *una medida del mejor pan* (trigo) *y del mejor vino*; pero, por medio de fallos jurídicos y de concordias, quedó reducida á una cantidad equivalente á la primera especie, que arrojaba al año un producto líquido de 2.138.928 reales. El continuo clamoreo de los labradores contra esta injustificada exacción decidió al Ministro de Gracia y Justicia, D. Nicolás María Garelly, á presentar (1) un proyecto de ley suprimiendo la prestación mencionada y ofreciendo compensar equitativamente los perjuicios que irrogare la reforma.

Este fué el primer proyecto de ley que se discutió en aquellas Cortes (2), y los oradores que tomaron parte en la discusión aparecen conformes con la supresión del *voto de Santiago*, aunque difieren en algunos detalles de la forma en que se había de realizar.

El Procurador Alvarez Pestaña habló del expediente promovido en 1628 ante la Chancillería de Valladolid, y de la

(1) 24 Agosto 1834.

(2) 30 Agosto 1834.

sentencia que sobre él recayó, librando á los reclamantes del pago del *voto*, lo cual, en concepto del orador, probaba que los demás siguieron pagando injustamente, y que entonces se debió abolir el *voto*, supuesto que se demostró la nulidad del documento en que se apoyaba la exacción.

Ya D. Joaquín María López había dicho (1) que el origen del *voto* era apócrifo y falso; que algunos de sus defensores asignan al documento el año 825, y otros los de 834, 844, 872 y hasta 972, sin que se haya visto la carta original del privilegio; y que el *voto* debía abolirse teniendo en cuenta la historia, la justicia y la conveniencia pública, extremos que desarrolló con sobriedad y buen juicio, demostrando su profunda erudición y su talento. Son curiosas las observaciones que hizo respecto á que, siendo el supuesto privilegio del siglo ix, no se exigió cosa alguna hasta el siglo xvi.

La batalla de Clavijo, donde dicen que se apareció Santiago al ejército cristiano, la dió éste para librar á los reinos de Castilla y León del tributo de 100 doncellas que se pagaba al rey moro de Granada, y Ramiro, en acción de gracias por la victoria obtenida, instituyó el *voto* en cuestión. Hasta aquí la leyenda tradicional. López demostró que Don Ramiro no reinaba en Castilla en el año que señala el documento; que la batalla de Clavijo es una falsedad, y que el tributo de las 100 doncellas no había existido. El *voto de Santiago* quedó, pues, abolido en la sesión del 31 de Agosto de 1834, sin protesta contra lo sustancial del proyecto por parte de ningún Procurador (2).

*
* *

Durante la discusión de un proyecto sobre cuestiones de

(1) 28 Agosto.

(2) Conviene advertir que en 1805 se había publicado una monografía sobre el *voto de Santiago*, por D. Francisco Rodríguez de Ledesma, en la cual se consignaron muchos de los argumentos que en esta ocasión aprovecharon los señores Diputados.

Hacienda, y con motivo de la interpretación que debería darse á las frases *deuda activa* y *deuda pasiva*, el Procurador Ferrer apeló á la autoridad del Diccionario de la Academia, que se hallaba en discrepancia con el criterio del Gobierno; pero el Conde de Toreno, Ministro del ramo citado, contestó que, respetando el saber de los señores académicos, al tratarse de definiciones en materias mercantiles y económicas ó técnicas, *no podía servir el Diccionario de norma*. «Hace muchos años—añadió—que se está trabajando en perfeccionarlo, y todavía se halla muy lejos de estarlo.»

Los diputados, algunas veces, en el calor de la improvisación, dejan salir las palabras sin tomarse tiempo de reflexionar.

LOS DERECHOS POLÍTICOS.—INTIMIDADES DE ALCALÁ GALIANO Y DE ARGÜELLES.—EXONERACIÓN DEL INFANTE DON CARLOS.—CARGOS CIVILES PARA MILITARES.—LA SANTA HERMANDAD.—EL «DIARIO DE SESIONES».

D. Joaquín María López, el Conde de las Navas, D. Fermín Caballero y otros presentaron (1) una petición á S. M. solicitando que se sirviera sancionar como derechos fundamentales los siguientes: Libertad individual para que ningún español pudiera estar obligado á hacer lo que la ley no ordenase, ni ser preso sino en la forma que la ley prescribiera; libertad de imprenta; inviolabilidad del domicilio; igualdad ante la ley. Este venía á ser el credo de la Revolución francesa, proclamado ahora en una asamblea colocada al amparo de la legalidad reconocida por el país y agrupada en torno de una niña, símbolo de la libertad en aquellas críticas circunstancias.

A determinados puntos de la petición se hicieron algunos

(1) 18 Agosto 1834.

reparos con tibieza (1) por parte de algunos Procuradores, apoyados también tibiamente por Martínez de la Rosa y por el Conde de Toreno. El Marqués de Falces dijo que en política no hay poesía, y aconsejó la circunspección al consignar en las leyes declaraciones que pueden volverse contra los que las prohijan. Respecto de la *Milicia urbana*, manifestó que aunque la consideraba *institución interesantísima*, no la creía fundamental, pues podría llegar un día en que la solidez de nuestras leyes, la observancia de ellas y otras circunstancias hiciesen innecesario ese aumento de fuerza permanente.

El caso previsto por el Marqués de Falces se ha realizado, y la *Milicia nacional ó urbana* se considera ya perjudicial para el desarrollo de la libertad, por muy avanzado que sea el espíritu que la informe. Y vaya en cuenta que los aristócratas eran partidarios del sistema; el Marqués de Espinardo (2) declaró que él asistía diariamente á la academia establecida para la instrucción de los sargentos de la *Milicia*. Hubo, en general, unanimidad de pareceres al discutirse la petición de que hemos hecho mérito, pues el último artículo obtuvo 103 votos de 104 Procuradores que se hallaban en el salón.

*
* *

La Comisión correspondiente dió cuenta (3) de haber examinado los documentos comprobantes de la aptitud legal de D. Antonio Alcalá Galiano, electo Procurador por la provincia de Cádiz, y manifestó que dicho señor había presentado la escritura de compra de una casa sita en la ciudad mencionada, la cual casa, si bien era cierto que rentaba los 12.000 reales que la ley exigía para desempeñar el cargo, no lo era menos que fué comprada por el interesado seis días después de su elección. Esta circunstancia obligaba á la Comisión á emitir

(1) 1.º Septiembre y días siguientes.

(2) 10 Septiembre.

(3) 7 Octubre 1834.

dictamen negativo y proponer que no debía admitirse como Procurador al electo D. Antonio Alcalá Galiano. Le defendió valientemente su amigo D. Joaquín María López, y desechándose el dictamen de la Comisión, quedó admitido en el Estamento el autor de los *Recuerdos de un anciano*.

La Comisión *de poderes*, así se la denominaba, era muy meticulosa, pues el mismo criterio de restricción observó (1) con D. Agustín Argüelles, en un caso que merece consignarse, en honra de aquel patricio. Argüelles no tenía los 12.000 reales de renta que la ley exigía para ser Procurador, como hemos dicho, y á fin de resolver el conflicto, los electores de su provincia hicieron una escritura de concesión de la renta indicada á favor del futuro tutor de Isabel II. El hecho es curiosísimo. Abogaron por Argüelles con decidido empeño López y Alcalá Galiano, y quedó admitido como Procurador.

*
* *

El 8 de Octubre de 1834, después de discutido ampliamente, quedó aprobado por unanimidad el siguiente proyecto de ley:

Artículo 1.º Se declara quedar excluído el Infante D. Carlos y toda su línea del derecho de suceder á la corona de España.

Art. 2.º Se declara asimismo que el Infante D. Carlos María Isidro de Borbón y toda su línea quedan privados de la facultad de volver á los dominios de España.

*
* *

Estas Cortes trabajaban, pero con poco fruto, porque el antiguo sistema de dirigir peticiones al trono no ofrecía un resultado práctico: después de haber perdido mucho tiempo en

(1) 15 Octubre.

discutirlas, como decía el Conde de las Navas, se les ponía el decreto de *visto bueno y al archivo*.

El 9 de Octubre se aprobó una petición para que los soldados, cabos, sargentos, oficiales y jefes del Ejército y de la Marina, tuviesen opción á una parte, más ó menos fija, de los empleos civiles de la Administración de rentas y demás servicios del Estado. *La ley de sargentos* que dictó D. Antonio Cánovas del Castillo, y que tomamos como una novedad, tenía un precedente en las Cortes de 1834.

*
* *

En sesión de 13 de Octubre de 1834 se pidió la extinción de las Hermandades Santa, Real y Vieja de Ciudad Real, Talavera y Toledo, que se formaron en el siglo xiv para perseguir las gavillas de malhechores que infestaban los montes de estas comarcas, cuyos pueblos venían pagando cuantiosas sumas sin beneficio alguno, pues ya no existían de continuo malhechores en los montes de Toledo, y *cuando aparecían alguna vez, los dependientes de la Hermandad ni siquiera los buscaban*.

El Procurador Ochoa recordó á este propósito el antiguo dicho de

«Tres *Santas* y un *Honrado*
tienen al reino agobiado.»

La Santa Inquisición, la Santa Bula, la Santa Hermandad y el Honrado Consejo de la Mesta.

*
* *

El Estamento pidió á S. M. (1) la publicación del *Diario de las Sesiones*, combatida por Martínez de la Rosa, atendiendo á su mucho coste y á que á nadie le interesaba.

(1) 21 Octubre 1834.

«Esto viene á ser, dijo, así como el almanaque del año pasado.»

Disintiendo del parecer de Martínez de la Rosa, nos alegramos de que se llevara á efecto la publicación del *Diario de las Sesiones de Cortes*, pues, gracias á este trabajo, podemos hoy tomar apuntes y conocer lo que ocurrió en aquellas Asambleas para completar el estudio de la historia de España.

EL INCIDENTE DEL EMBAJADOR DE FRANCIA.—EL ATENTADO
DE 7 DE OCTUBRE DE 1841.

Los periódicos del 7 de Enero de 1842 dieron la noticia de que el día anterior, el Embajador de Francia en Madrid, señor Conde de Salvandy, había salido para su país, con motivo de cierta grave cuestión de etiqueta.

La revolución había quitado, indirectamente, la Regencia del reino á María Cristina, madre de Isabel II, entregándosela al General Espartero; Cristina, no queriendo ceder ante las exigencias de la revolución, abandonó á España, refugiándose en Francia, y el Rey de aquel país, Luis Felipe de Orleáns, simpatizando con la causa que representaba la viuda de Fernando VII, prodigó á ésta todo género de atenciones, no solamente como particular, sino en el terreno político, según se verá por la crónica presente.

La noticia de que hemos hablado al comienzo de este capítulo excitó la curiosidad del espíritu público, y el General Serrano, en sesión de 7 de Enero del año indicado de 1843, pidió al Ministro de Estado, D. Antonio González, explicaciones sobre el asunto, en tanto cuanto no pudiera comprometerse el honor nacional.

González las dió cumplidas. Dijo que el Conde de Salvandy, nombrado Embajador del Rey de los franceses cerca de la corte de España, había tenido la pretensión de presentar sus credenciales, no al Regente del reino, D. Baldomero Espartero,

sino á la Reina niña en persona. El Gobierno, en la firme convicción de que Doña Isabel II, por su menor edad, no podía ejercer acto alguno de autoridad, y fundándose en la Constitución, no accedió á los deseos del Embajador, y éste abandonó la capital, dando á entender con acto tan trascendental, que Luis Felipe no reconocía la Regencia del General Espartero.

D. Joaquín María López, aunque no era ministerial, defendió al Gobierno, y censuró la política internacional de Luis Felipe, manifestando que estaba haciendo la guerra á España con astucia y de una manera encubierta.

Los Embajadores del Rey de Francia, desde la muerte de Fernando VII, los señores Condes de Reyneval, M. Latour-Maubourg, M. Fezenzac, Conde de Rumigny y M. Mathieu de la Redorthe, como igualmente los de las demás potencias, todos habían presentado sus credenciales ante la Gobernadora ó Regente del Reino; el acto realizado, ó pretendido realizar por el Conde de Salvandy, representante de Francia, rebajaba el prestigio del General Espartero, y el Gobierno tuvo la entereza de no consentirlo.

Argüelles, tutor de la Reina, manifestó que hubiera autorizado la entrada en Palacio del Conde de Salvandy como particular, como viajero ilustre; pero que «mientras el Regente del Reino, única persona autorizada para ello, no hubiese reconocido á ese Embajador de Francia, y por los conductos legales no se le hubiera dicho que debía presentarse, el tutor hubiera dado orden rotunda de que no fuese admitido».

La Cámara aprobó la conducta del Gobierno.

*
* *

La revolución había despojado á María Cristina de la Regencia del Reino; pero los partidarios de la viuda de Fernando VII intentaron realizar una contrarrevolución, sublevando algunas poblaciones de la Península, y entrando en el Palacio Real de Madrid, protegidos por el regimiento que le guarda-

ba, el 7 de Octubre de 1841, á fin de apoderarse de la persona de la Reina niña. La heroica defensa que los Alabarderos hicieron en la escalera del edificio, produjo el fracaso de la conspiración.

Al discutirse en 22 de Enero de 1842 el proyecto de contestación al discurso de la Corona, D. Joaquín María López motejó al Gobierno de poco previsor «por haber fiado la guardia de Palacio á una fuerza de que parece se desconfiaba, con el doble motivo de tenerla recientemente resentida con la separación de muchos oficiales de aquel cuerpo privilegiado, y por no haber cerrado todas las salidas de Palacio para impedir que se marcharan los rebeldes».

«El mismo día 7, á las cuatro de la tarde, los Diputados que se hallaban en Madrid se reunieron como simples patriotas, pues en cuanto al carácter público, estaban suspendidas sus funciones, y nombraron una Comisión que se acercase al Gobierno á manifestarle el grave riesgo que corría y la necesidad de pronto remedio. Tocóme desempeñar este encargo con otros compañeros, y el Sr. Ministro de Estado nos respondió que no tuviésemos cuidado alguno, que él había penetrado hasta en el corazón de la contrarrevolución, y que la había hundido para siempre; concluyendo con decirnos que nos fuésemos á dormir, quieta y tranquilamente, y sin el menor recelo. Esto era á las cuatro de la tarde; á los tres cuartos para las ocho, se oía ya el fuego en Palacio. Si hubiéramos seguido el consejo del Ministro, probablemente hubiéramos ido á despertar al otro mundo.»

«Las conspiraciones—decía D. Evaristo San Miguel—son pájaros que se ven y no se alcanzan; son sombras que se ven y no se palpan; son seres que existen y no se sabe dónde; son objetos que á todos asustan, que á todos arredran; pero que cuando se les busca, no se les encuentra. Esta figura retórica, empleada por San Miguel, era ingeniosa, pero no eximía al Gobierno de su falta de habilidad.

Y por si las declaraciones de López no habían bastado para

llevar al ánimo de todos la convicción de la apatía del Ministerio, González Brabo relató en los siguientes términos lo que tuvo ocasión de presenciar en la noche del atentado:

«Ha habido un momento, en el cual estaba ya roto el fuego en Palacio, y, sin embargo, el Gobierno no sabía nada, y en ese momento yo mismo he dado la noticia á una persona que se sentaba en estos bancos y que ejercía la autoridad política, y casi no me creía: se me decía que no, y se hizo salir un oficial del Gobierno político á verlo, porque parecía imposible que tal sucediese, hasta tal extremo había llegado la confianza, ó más bien ceguedad, del Gobierno.

»En seguida tuve el gusto de llevar el parte al Ministerio de la Gobernación; allí encontré al Subsecretario, que tampoco me creía, y se me decía: *Hay motín y revolución, pero no se sabe lo que es*. Y me suplicó en seguida fuese á decírselo al Ministro de la Guerra, porque tampoco sabía una palabra de lo que sucedía.

»Yo fui junto con otro individuo, entonces Subsecretario de Gracia y Justicia, y conversando sobre la ignorancia que tenía el Gobierno de aquellos sucesos que se estaban verificando, llegamos al Ministerio de la Guerra, donde tampoco sabían nada. ¡Señores, y esto sucedía á veinte pasos de donde se estaban disparando los tiros!

»¿Y dónde estaba á la sazón el Ministerio? ¿Qué se hacía? Estaba disperso: por un lado estaba el Secretario (1) de Estado, ya casi preso en poder de los rebeldes, y si se salvó fué poco menos que por milagro; por otro, el Ministro de la Guerra estaba que no sabía lo que le pasaba, y por otros, los demás. Y entretanto, ¿qué se hacía en Madrid? También lo diré, porque estoy resuelto á decirlo todo. Un individuo del Congreso, que mandaba entonces un batallón de la Milicia, estaba acudiendo al riesgo por sí y ante sí, y tal vez sin tener autorización para ello, dispuso se tocase á *generalá*, aconsejando

(1) Ministro.

antes al Capitán general (1) que la mandase tocar, diciéndole el Capitán general que no era conveniente tocarla *porque se daría un escándalo*. Si se dispuso que marchasen tropas á cercar las salidas de los rebeldes, ¿quién lo dispuso? Lo dispuso esa misma persona, porque allí no había nadie que trajera las órdenes del Gobierno. Oigo que el Sr. Ministro de la Guerra (2) pide la palabra; y como yo tuve el gusto de acompañar á S. S. hasta la Puerta del Sol, dirá lo mismo que yo. Preguntó S. S. allí al Capitán general lo que pasaba, y el Capitán general contestó á S. S. haciéndole la misma pregunta.»
(*Risas.*)

Queda, pues, en claro que al Gobierno le sorprendió el atentado de 7 de Octubre, y que se venció, gracias al valeroso comportamiento de los 18 alabarderos que defendieron la escalera del regio alcázar.

Argüelles, sin embargo, pronunció un hermoso discurso exculpando á los Ministros de los cargos que les imputaban, y contó un caso curioso que venía á demostrar la candidez de Espartero. Parece que un concuñado suyo, General distinguido, que noches antes había estado conversando confidencialmente con él en compañía de las dos señoras, esposa y cuñada del Regente, era el que había dirigido la insurrección dentro del Palacio Real.

La Cámara debió de oír con expectación estas declaraciones.

Argüelles leyó una carta del General Pezuela, publicada en el *Correo Portugués* de 13 de Enero de aquel año, en la que decía, entre otras cosas, defendiendo á los que tomaron parte en el atentado:

«Yo declaro que el puesto ocupado por los alabarderos en el Palacio Real de Madrid no fué atacado sino un instante con el designio de sorprenderlo; que después que ellos se encerraron

(1) Conde de Torre Pando.

(2) Don Evaristo San Miguel.

en las habitaciones interiores con S. M. y A., el Sr. General Conde de Cancelada, D. Manuel de la Concha, que nos mandaba, dispuso que no se les hostilizara; que ni un tiro se les disparó desde entonces, y ellos no más estuvieron en la fácil posición de hacer un fuego no contestado, y debieron á las queridas y sagradas personas á cuya compañía se refugiaron la más completa y absoluta inmunidad de las suyas. Así, pues, cuanto se ha inventado sobre el heroísmo de los alabarderos; cuanto se ha hecho después para premiarlos y ensalzar su pretendido esfuerzo, convirtiendo gratuitamente en héroes á aquellos cuitados, no ha tenido más objeto que calumniarnos y vilipendiarnos á nosotros.» Todo esto lo escribía Pezuela para disculpar á sus amigos, pero es indudable que el ataque de la escalera no fué como él nos lo cuenta, según la comunicación dirigida por la Condesa de Espoz y Mina, aya de la Reina, al propio D. Agustín Argüelles (1), y la descripción que del caso pone en sus *Memorias* el General Córdoba, uno de los factores principales del atentado.

ESPRONCEDA POLÍTICO.—LA CAÍDA DE MENDIZÁBAL.—LA PLATA FRANCESA.—LAS LÁGRIMAS DE UN MINISTRO.

En el siglo XIX, algunos de los hombres de letras que se metieron á políticos, no conquistaron en el nuevo campo los laureles que esperaban, y que el público les había otorgado en su antigua profesión, pues no basta ser escritor para poder tomar con fruto parte activa en la política. Don José de Espronceda, cuyas dotes de poeta, y de poeta genial con estilo propio, nadie ponía en tela de juicio, *cogió* y se metió á político, ocasionándole esta determinación, indudablemente, una de las mayores decepciones de su vida, pues bien comprendería el poco efecto que su primer discurso produjo en la Cámara de Diputados.

(1) Véase nuestro libro *Isabel II íntima*, cap. VIII.

Discutiase un proyecto de ley sobre movilización de 50.000 milicianos nacionales. Después del atentado del 7 de Octubre, en que los partidarios de Cristina intentaron, como se ha dicho, restablecer á ésta en la Regencia, quitándosela al General Espartero, el Gobierno estaba dominado por un pánico terrible, no sólo en lo que se refería al orden público dentro de la Península, sino al espíritu de animosidad que contra la persona del Regente prevalecía en el ánimo del Rey de Francia, cuyas buenas disposiciones en favor de la causa de Cristina bien se habían dejado traslucir mediante el incidente, ya descrito, del Embajador de Luis Felipe de Orleans. En previsión, pues, de disturbios ó de otra guerra civil, el Gobierno intentó curarse en salud, y pidió, por lo tanto, autorización para movilizar, en caso de necesidad, 50.000 milicianos nacionales. La medida podría ser más ó menos acertada; pero tenía disculpa ó explicación, dadas las circunstancias políticas en que se encontraba el país. Combatieron el proyecto algunos Diputados, y entre ellos creyó Espronceda que esta era la ocasión oportuna para hablar por primera vez en el Congreso (1). Así lo hizo, aunque con poca fortuna; su imaginación de poeta no se avenía bien con la índole de aquella discusión, y pronunció un discurso que, por su fondo y por su forma, ni concretaba nada en sustancia, ni encajaba en el ambiente general que se respira en las polémicas parlamentarias. He aquí uno de sus párrafos más salientes:

«Yo por mí creo que estamos muy lejos de ese estado crítico en que se necesite llamar al arma á toda la nación; y pienso que no sólo estamos afortunadamente lejos de él, sino lo que necesita la nación es reposo, tranquilidad, un Gobierno, un pensamiento que, dirigiendo el movimiento general del pueblo, abra las fuentes estancadas á la riqueza pública y derrame esos veneros, esos manantiales de riqueza y abundancia que en esta nación virgen, más que en otras, abundan, y que

(1) 11 Marzo 1842.

habrán de fecundar nuestros terrenos y hacer que llegue España á ser la envidia de las demás naciones, como lo ha sido en otro tiempo. ¿Y se logrará esto concediendo al Congreso la movilización de 50.000 nacionales? No; lo que se necesita es que el Gobierno, en lugar de dar gritos de guerra á cada paso, presente un pensamiento que abarque las necesidades públicas mejor ó peor, pues yo bien comprendo las dificultades que puede tener un Gobierno para presentar en estas circunstancias un sistema general de Administración; pero no comprendo cómo se vienen á retazos las cuestiones más importantes al Congreso, como tablas náufragas que arroja el mar á la playa, para formar de ellas el ridículo vestido de arlequín, malamente llamado Administración pública.»

El discurso pasó sin que hiciese fijar la atención de los Diputados y sin que mereciese los honores de la réplica; sólo el Conde de las Navas, que era amable, benévolo y condescendiente con sus compañeros, le dedicó una referencia, aprovechando la última frase del párrafo que hemos citado. Como el lector conocerá seguramente las obras de Espronceda, habrá podido formar concepto del carácter y condiciones morales de este escritor, figurándose el esfuerzo de voluntad que tendría que realizar para intervenir en el estudio del proyecto sobre desestanco del azufre, primer asunto en que tuvo que intervenir como individuo de la comisión correspondiente.

En descargo de Espronceda debemos declarar que estaba delicado de salud, pues venía padeciendo una afección á la garganta, efecto de un enfriamiento cogido en el Haya durante el mes de Diciembre anterior. La enfermedad se agravó con rapidez, y falleció el 23 de Mayo siguiente, dos meses y doce días después de haber pronunciado su primer discurso en el Congreso. El autor de *El diablo mundo* merece que consignemos esta circunstancia atenuante.

*
* *

El 17 de Marzo de 1842, á las doce y media de la mañana, un Sr. Secretario dió lectura al siguiente oficio, dirigido al señor Presidente del Congreso de los Diputados:

«Excmo. Sr.: Hoy, á las once de la mañana, he recibido una fuerte contusión en la cabeza al bajar del coche; y habiéndome mandado sangrar el facultativo, antes de retirarme á mi casa he venido á presentarme á V. E. para suplicarle tenga la bondad de suspender la discusión del art. 6.º del Proyecto de ley sobre organización de la Caja de Amortización, sobre el cual tuve el honor de hacer algunas observaciones en la sesión de ayer, quedando con la palabra para continuar en la de hoy. Ruego á V. E. tenga á bien acceder á lo que solicito, ó de dar cuenta al Congreso para que, en vista del accidente que me priva de asistir á la sesión de hoy, se sirva acordar la suspensión de este asunto hasta mañana.»

Hécha la pregunta por el Sr. Presidente de si se suspendía ó no la discusión, el Conde de las Navas dijo:

«El Sr. Mendizábal ha tenido esta mañana un incidente desgraciado: al bajar de su carruaje ha dado un fuerte golpe, y yo, por casualidad, he tenido la suerte de poderle asistir; golpe que le imposibilita de asistir hoy á la sesión. Estaba ayer S. S. en el uso de la palabra; se consumieron las horas de reglamento, y el Sr. Presidente le preguntó si tenía mucho que decir; dijo que sí, que tenía que desenvolver en esta cuestión puntos de mucha monta.

»Por consiguiente, yo creo que el Congreso está en el caso de acceder á la súplica del Sr. Mendizábal, porque en una discusión como esta no se debe hacer que el resultado se resienta de los efectos de una casualidad, cuando pudiera suceder que las razones de S. S. hagan á la Comisión modificar un dictamen ó al Congreso rechazarle.»

El Sr. Pita Pizarro, en nombre de la Comisión, manifestó que aunque resultaba un mal precedente, no se oponía á que se suspendiese la discusión por un par de días, aunque confiaba poco en los argumentos que adujera Mendizábal, pues en el

discurso del día anterior no había dicho *nada nuevo, sino generalidades*. Hecha la pregunta, la Cámara contestó por votación negativamente, y sus compañeros le hicieron ese desaire á Mendizábal.

*
* *

El Diputado Sáenz hizo al Ministro de Hacienda (1) una excitación á fin de que se regularizase el valor de la moneda francesa, que corría abundantemente en aquella época por los mercados españoles. Dijo que la moneda francesa se introdujo en la Península cuando la guerra de la Independencia; que en 1813 se formó una tarifa por la cual se asignaba á las piezas de 5 francos el valor de 18 reales y 12 maravedises (2), y que en 1823 se amplió el valor de estas piezas á 19 reales.

Según el orador citado, este cambio de valor resultó perjudicial para los españoles, pues con 18 reales y 12 maravedises se adquirirían 19 introduciendo piezas de 5 francos. Los pesos fuertes habían desaparecido, y en nuestro mercado no circulaba otra plata que la de la nación vecina.

Surrá y Rull, Ministro de Hacienda, manifestó que el Gobierno se preocupaba de esta irregularidad, y que se había nombrado una Comisión que estudiase el asunto. Veintiocho años después, en 1870, seguía el mercado español inundado de plata francesa, y el autor de estas crónicas cobraba el importe de su trabajo en *napoleones* de cinco francos, que valían 19 reales. ¿Habría la Comisión estudiado el asunto?

*
* *

No hemos podido averiguar si fué á sabiendas ó por torpeza el haber puesto el Regente del Reino, D. Baldomero Espartero, su firma en un contrato celebrado entre el Gobierno y va-

(1) 17 Marzo 1842.

(2) 34 de éstos hacían un real.

rios banqueros (1) para llevar á cabo la capitalización de los intereses de la Deuda extranjera en la plaza de Londres; pero el hecho se realizó, y varios Diputados, con el General Serrano á la cabeza, interpelaron al Ministerio sobre el asunto, dando á entender que aquella firma, estampada en el documento citado en 18 de Octubre de 1841, y posteriormente en sus adiciones de 22 de Diciembre, no podía ser efecto de una equivocación, sino de una exigencia de los contratistas como requisito para que el Regente se hiciera solidario del compromiso.

El Ministro de Hacienda, Surrá y Rull, se declaró responsable de ello (2), confesando que había sido una equivocación suya, y al manifestarlo ante el Congreso se emocionó de tal modo, que brotaron las lágrimas de sus ojos.

Para acallar el clamoreo de las oposiciones, se dictó aquel mismo día una real orden confirmando lo de la equivocación, y dejando sin efecto la firma del documento á que nos hemos referido.

No se consiguió el objeto, porque Romeral, González Brabo y otros presentaron una proposición concebida en los siguientes términos:

«En los documentos en que sólo deben estamparse las firmas de los Ministros responsables no debe aparecer, según las buenas prácticas constitucionales, la del Regente del Reino, que ejerce la autoridad Real. El Congreso ha visto con disgusto que la contrata celebrada con un particular en 18 de Octubre, y sus adiciones de 23 de Diciembre de 1841, está autorizada con la firma del Regente del Reino, haciendo descender á éste desde le elevación en que le coloca la Constitución á un terreno poco digno y conveniente. En vista de todo, los que tenemos el honor de suscribir esta proposición pedimos al Congreso se sirva declarar que:

»El Congreso ha visto con el mayor sentimiento que el Mi-

(1) Uno de ellos D. José Salamanca.

(2) 22 Abril 1842.

nisterio, desconociendo las máximas y principios constitucionales, haya dado lugar á que la respetable firma del Regente del Reino aparezca en la contrata de 18 de Octubre y sus adiciones de 23 de Diciembre de 1841, como si fuese responsable, y ocupando un lugar el menos á propósito y correspondiente.»

González Brabo se aprovechó de la ocasión, y se desató en censuras contra el Gobierno, dejando á salvo la caballeridad y buena fe del Ministro de Hacienda. La proposición no fué tomada en consideración; pero al pobre Surrá y Rull le dieron un disgusto de padre y muy señor mío.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

UN VIAJE ARTISTICO POR ITALIA

EN 1819 Y 1820

Realizó este viaje D. Joaquín Villalba, ilustre aragonés, catedrático de Cirugía médica en la Universidad de Zaragoza; primer ayudante de cirujano mayor de Ejército y, finalmente, catedrático de Fisiología. Dejó brillantes muestras de su talento y erudición en dos obras: *Epidemiología española*, impresa en 1802, «una de las que más honran nuestra literatura médica» (1), é *Historia de la Medicina española*, inédita, y de tan luminosa doctrina, que no ha bastado el silencio de los autores de dos obras bien conocidas de igual título, para que deje de percibirse la mucha luz que sobre ellas ha proyectado.

Librepensador y republicano, en época en que este ideal político y aquella condición encarnaban en contados y muy singulares españoles, tramó conjura con algunos correligionarios para suprimir por la violencia la Monarquía y hacer del insignificante Cerrillo de San Blas un célebre Ayacucho, con la proclamación allí de la República.

A su forzosa emigración debería indudablemente muchas penalidades, pero también verdaderas satisfacciones y ventajas. La residencia en París, Londres y Edimburgo, con los viajes á Italia, modificaron profundamente sus ideas. Así,

(1) Chinchilla.—Historia de la Medicina... Artículo... *Villalba*.

pues, en su carta á Puigblanc, de 9 de Enero de 1824, le decía: «El mundo político no es elemento de usted ni mío... Las doctrinas políticas son tan intolerantes como las religiosas, y van animadas de igual espíritu: *Qui non est mecum contra me est.*»

Sus antiguas simpatías políticas se transformaron bastante, haciéndole escribir de un liberal como Mendizábal: «Todos estamos como el enfermo calenturiento, dando vuelcos por encontrar una postura más tolerable, y ni por esas. Sólo Mendizábal, sin suficiencia, sin saber, sin recursos mentales de ninguna especie, sin carácter, se mantiene firme como una roca, debiéndolo á su impertérrita impudencia. Llámale perro, judío, ladrón, cuanto dieterio hay posible; pues todo es música que suena agradable á sus oídos:

ὅς δ'οὕτ' ερυθρίαν οἶδεν οὐδέ δεδιέναι
τὰ πρῶσα πασις τῆς ἀναιδείας ἔχει (1).»

Y no trata mejor á sus correligionarios extranjeros. Hablando de la Biblioteca Chiaramonti, en Roma, dice: «El monetario era completísimo hasta que le saquearon los republicanos, quienes redujeron la libertad á las manos. Brutos de boca; Catilinas en obras (2)».

Desengañado ya de la política, pudo consagrarse á sus pasiones favoritas, la ciencia, la literatura y el arte, como después veremos, y declararse entusiasta de Inglaterra y de Italia, «sus dos naciones, dice, *Divisum imperium*; una, en las bellas artes; otra, en las útiles; son admirables, gloriosas, únicas en el mundo (3).

Bajo este aspecto de admirador y aun crítico de bellas artes, Villalba no era aún conocido, y ello va á ser objeto de presente artículo. Para él me suministró materia un autógra-

(1) Carta á Puigblanc, Cádiz: 18 de Julio 1837.

(2) Fol. 136 del *viaje*.

(3) *Ibid*, f.º 47 v.º

fo, años hace adquirido por la Biblioteca Nacional, y en que relata su viaje por Italia en compañía de D. Francisco de Benitúa é Iriarte (1).

Algunos párrafos de las diez cartas citadas en la Nota, y que se publicarán íntegras en la *Revista de Archivos*, pueden servir de explicación de las aficiones y competencia artística de aquel hombre preferentemente de ciencia, á vueltas de algunas noticias literarias y apreciaciones políticas que estimo bastante curiosas para que el lector perdone la digresión.

En 1824 asistía en París á una cátedra de Química para refrescar la que en Madrid había estudiado con Proust durante tres cursos, y «porque es, dice, la ciencia de las ciencias, »pues procede experimentalmente, aunque cada paso de adelante en ella aleja más el término. Sus progresos, utilísimos »sin duda, hasta ahora consisten principalmente en desvanecer »fantásticas teorías y desgastar las malezas que nos cierra »el paso:

*E quando il vergognoso errore,
Sincomincia a scoprir allor si muore.»*

«Me gustan, como á usted, escribe á Puigblanc (2), las ciencias naturales; pero, como usted, prefiero la literatura, quizá »porque ha sido mi primera afición. De aquéllas sólo he tomado un saborcillo; de ésta he bebido más y con doble recreo... »Pienso buscar introducción para estas bibliotecas, y registrarlas... La lectura es un minero que tengo inagotable. Este »gusto, ni los tiranos ni la suerte inicua podrán quitármele... »Tengo libros y tiempo, de modo que nunca le faltará al alma

(1) Así este nombre, como el de Villalba, sólo aparecen en dos sobres de cartas, cuyos reversos utilizaba para escribir parte de su viaje. El cortejo de la letra del manuscrito con las cartas originales que desde Inglaterra, Escocia, Madrid y Cádiz escribió á Puigblanc, desde 1823 á 1837, incluidas en la correspondencia de éste con Llorente, Monlau, Flores Estrada y otros, me dió la seguridad de que Villalba era el autor de la narración, y ésta autógrafa.

(2) Edimburgo, 9 de Enero de 1824.

»pasto. De las otras ilusiones del mundo, la edad me va cu-
 »rando. No sé si continuará tanta dicha. Desde luego puedo
 »decir á usted que cuento esta época como la más dichosa de
 »mi vida. Al buen día, meterle en casa. Así hago yo:

τὸ σήμερον μέλει μοι
 τὸ δ'ἄνριον τις ὄιδεν

»Este consejo y otros muy discretos del buen viejo de Teos
 »me he propuesto seguir, porque, en mi sentir, no hay filoso-
 »fía más cierta que la epicúrea. Usted propende á la estoica.
 »Buen provecho le haga.»

Política, filosofía y literatura son los temas de aquella co-
 rrespondencia. Tratándose de la última, no podía faltar la figu-
 ra de Gallardo, y no falta. Objeto de admiración para Villalba
 por sus dotes de erudito, á cambio del odio del admirado, un
 día le cuenta Puigblanc que se ha negado á pagar una deuda
 á Bernales, alegando la diversidad de opiniones políticas ó li-
 terarias entre deudor y acreedor. Y en otra carta le escribe
 que, aventajando en desahogo á Rousseau, con admirable san-
 gre fría, ha echado á puerta ajena, para que se los críe el su-
 dor del prójimo, los hijos habidos en la Smith (la casta Abi-
 gail, dicen). Entonces Villalba contesta que siempre tuvo á
 Gallardo por atrabiliario y algo chiflado; pero nunca creyó
 tener que dudar de su honradez, y que su conducta con la pro-
 le era inicua. «Así dicen que hace el cuco, escribe; otro toque
 »que no ilumina mucho, que digamos, su retrato moral. ¡Vaya,
 »que el mocito es caña!»

En el otoño de 1827, Villalba alquila una casita en *Moss
 Cottage, near Alpington* (Cross, Exeter, camino de Plymouth),
 y escribe á su amigo, encantado del idilio que realiza viviendo
 en medio de los campos siempre verdes, con un silencio ideal
 sólo interrumpido por el canto de los pájaros; una verdadera
 Arcadia;... con vacas que le suministran (aquí el epicureo) la
 leche y la famosa crema de Devon. Para esta leche encarga á

Puigblanc que le traiga de Londres cinco libras del mejor *Julian's Ocio Spanish Chocolat*. Completa su felicidad el alejamiento de los hombres, el trato con los clásicos griegos y latinos, y la vecindad, añade, de «una capitana Pearse, andaluza, »de quien habrá usted oído hablar mucho antaño. Hogaño es »amiga mía; buena mujer, servicial y de agradable trato; graciosa parla, medio andaluz, medio inglés; no muy bella».

Pero basta de citas de sus cartas, antes que este artículo, ya *de segundas luces*, se haga de *terceras*, y vengamos al viaje. El manuscrito, como incompleto, no nos entera de las causas, preparativos, compañeros, etc., y nos echa sin preámbulo, *in medias res*, en plena Italia.

Desordenadas las fechas y las hojas, no es fácil observar orden cronológico ni topográfico, y así saltaremos de Roma á Nápoles ó á Florencia ó á Parma.

ROMA

Aquí visitaron los viajeros iglesias, hospitales, quintas, y muy detenidamente, los estudios de los pintores. De Alvarez (á las Quatro Fontane) escribe lo siguiente: «Es el mejor es- »cultor español. Natural de Priego, casado con una flamenca, »de la que tiene cinco hijos. Con inclinación á la escultura, y »queriendo sus padres que siguiera carrera eclesiástica, se es- »capó á Granada, donde aprendió algo de dibujo. En Madrid, »calcirroto y miserable, su aplicación le valió protectores, y la »Academia de San Fernando le pensionó en París y Roma. »Aquí estuvo preso en Sant Angelo, por no jurar á José, y en »su prisión ejecutó el bosquejo del famoso grupo que en un »principio refirió á un hecho que suponía ocurrido en Zarago- »za; idea patriótica y nacional; pero que luego, á persuasión »de amigos franceses, supuso ser Antíloco y Néstor, pasaje »que no se encuentra en Homero. Goza pensión de 40.000 rea- »les, y se le espera por puntos de vuelta de Madrid, de donde

»trae orden y letra abierta para acabar en mármol el grupo,
 »de lo que nos alegramos cuantos aún no hemos perdido el
 »amor de la gloria nacional en tanto abatimiento.»

En el taller vieron la estatua colosal en yeso del primer Duque de Berwick, estatua que el Duque de Alba iba á disponer que se vaciase en bronce, y proyecto que no debió llevarse á ejecución, pues ni del paradero del yeso existe noticia: la Marquesa de Ariza, madre del Duque, «sentada; bella y noble estatua en posición tan natural como decorosa (1). El busto, »bien trabajado»: el del Infante D. Francisco de Paula, sin concluir: una Venus desnuda, á quien un amorcillo saca una espina del pie: jovencito dormido de bruces: Diana, lindísima figurita: Apolo con la lira. Acerca de éste dice Villalba: «Un »clérigo ignorante, que colocaba á Canova y á Thorwaldsen »por bajo de Alvarez, dijo que la hacía para el Príncipe Regente, en competencia de la de Canova. Gran ventaja lleva la »de éste. A Alvarez supongo, por honor suyo, que le hace decir una porción de vaciedades, pero de gran bulto, entre otras, »que cuando Canova, viniendo á ver el grupo, elogió las purísimas líneas de la espalda del joven, Alvarez le dijo: *No sería usted artista si no conociese el mérito de este grupo.*»

En casa del escultor vieron su retrato, bosquejado por Ribera, el maestro del Infante, con ojos, dice, que arrojan chispas de ingenio. Ausente la esposa de Alvarez, sólo vieron á dos de los hijos; al mayor, de catorce años, «cuyos ojos seguramente prometen continuar la fama de los Alvarez, y el otro, de quien no podía decirse otro tanto».

Cerca de Santa María *in Trastevere* tenía su estudio Mr. Wicar, con quien aprendían dibujo dos jóvenes, Enguñanos y Alcalde. Al primero, hijo del conocido grabador, le sostenía su madre en Roma para aprender pintura, «pero creo, »escribe Villalba, que otras cosas aprende mejor. No le vimos,

(1) Actualmente, en el primer descansillo de la escalera del Palacio de Liria.

»porque hacía tres días que no asistía. Dicen que es joven
 »muy vivo, y no es lo mejor para aprender que pique en dema-
 »siada viveza. Después de nuestra salida en 1830 (?) sorpren-
 »dió y mató á una anciana, ama de llaves del Sr. Wicar, una
 »tarde de día festivo, para robar al maestro. Escapó á Barce-
 »lona; pero en la travesía á las Baleares se hizo justicia arro-
 »jándose al mar» (1).

Alcalde, valenciano, pensionado por el Duque de Alba para estudiar el grabado, mostraba gran aplicación, y ella le valía la promesa del futuro favor del Mecenas.

«El cual, amante de las bellas artes, dice el autor, pensiona
 »á otro joven valenciano, Cuevas, aun de más disposición, que
 »estudia con un pintor francés, Ingres, con quien por una ba-
 »chillería estuvo malquistado, mostrando poca gratitud, pues
 »le debe la pensión que goza.»

De otros dos jóvenes, discípulos de López («un mal pintor de cámara», dice Villalba), pensionados por el Gobierno con 6.000 reales, Gimeno y Borghini, el primero, lindo, currutaco, y que «sólo despegaba los labios sobre mozas, *malum signum* para artistas», no mostraba mayor disposición en su exterior. «Salesa, otro joven, pensionado con 12 duros. Su modelo es Wicar!!! Y pone tres exclamaciones.

Pavón, guapo joven, hijo de español, grabador.

D. Antonio Solá (Plaza de España, núm. 3), «joven de treinta y seis años, catalán, hábil en su arte; frío y lento en la conversación; entonado en sus modales. No puede disimu-

(1) En un proceso de Inquisición de 1818, un año antes del viaje de Villaiba, el fiscal acusaba á Antonio N. (café del Príncipe, llamado del Catalán) y á D. Juan Enguídanos, al primero por expender y al segundo por usar varios afrodisíacos é instrumentos de obscenidad, y tener el Silvano y otros libros prohibidos. El Enguídanos, decía, tendrá diez y ocho años, pintor; vive frente de la puerta de la iglesia de la Merced, cuarto 3.º Estatura regular, color blanco, ojos negros. El padre no podía traerle á confesar á San Pedro, y la madre trabajaba por llevarle á San Justo.

»lar el amor propio y soberano concepto que de sí tiene. Pensionado por la Academia de Barcelona, no quiere volver á España, donde nadie le ocuparía. Y lleva mucha razón», añade Villalba.

Les enseñó su Meleagro, encargo del Duque de Alba; grupo de Venus y Cupido; bajorrelieves en yeso, y uno en mármol para el sepulcro del Marqués Buttori de Ferrara, y destinado á la Cartuja de esta ciudad. En público concurso con italianos fué elegido por aquel Grande el proyecto de nuestro compatriota, monumento destinado á conmemorar la reconciliación del padre del Marqués con éste por mediación de la nuera. Describe Villalba el proyecto, y califica los retratos de muy expresivos y de excelentes los trazos.

Le habló Solá de ciertas esculturas de primer orden, reputadas y olvidadas siglos hacía en España, y que, por indicación suya, había esperanzas de descubrir. «Sospecho, dice, de qué clase y de dónde serán.» También le habló del celo útil é ilustrado de Madrazo, pintor español, muchos años vecino de Roma, «á quien hemos debido en Madrid que no vendieran nuestros ilustres académicos unos cuadros preciosos de los *Quattrocentisti*, Ghio, Ghirlandajo, Lucas de Holanda, etc., que habían calificado de despreciables».

El último español que cita, un joven catalán, Cabañas, pensionado por Barcelona, le merece el concepto de adocenado en la facha; de corto talento; medianía, en suma, «aunque presunción, dice, no le falta, que es nuestro flaco».

De extranjeros, en el estudio de Canova, lo primero que vieron fué un bajorrelieve, encargo de la Marquesa de Santa Cruz. Pero conviene citar sus palabras: «Mandóle hacer para el sepulcro de su hija la Condesa de Haro. Muerta la madre, y distraído su esposo con segundas nupcias y el juego de París, el trabajo no se concluye, aunque está pagado el tercio de los 12.000 escudos. Es obra de Leandro Billowski, discípulo de Canova... Está representada la Condesa muerta en lecho: un joven al otro lado, que la llora (supongo que, ó será

»el Conde que hizo la elegía ó herejía poética, cuando estuvo
 »inconsolable por quince días); la madre al pie, cubierto el
 »rostro con ambas manos, y un niño delante y otro detrás,
 »que también lloran, y serán los dos hermanos.»

Otras obras que vieron en el estudio:

Soberbio grupo de Hércules y el Centauro, para el Emperador de Austria (aunque destinado antes al arco de triunfo de Milán); Historia de Sócrates (bajorrelieve); Hércules furioso; modelo del monumento á *mi* (sic) Príncipe de Orange, con el ansar, símbolo de la Piedad; Muerte de Priamo; Caridad; Dédalo ciñendo las alas á Icaro; Leticia, sentada; Napoleón, colossal, á la heroica, con cetro y mundo, coronado de victoria (hoy en Londres). Sobre esta estatua refiere Villalba que, habiendo preguntado lord Bristol á Canova si Inglaterra estaba en el mundo, y habiendo contestado que sí, replicó el lord: «Pues quite usted un pedacito al mundo, porque aún no la ha vencido.»

Finalmente, la Hebe de Londres; Venus y Marte; Princesa Esterhazy, sentada, escribiendo; dos bailarinas; Ninfa despierta; las Gracias; Héctor; Venus de Florencia; cabeza de Vestal, y María Luisa, sentada. (Luego llevada á Parma.)

Encontró Villalba á Canova en su cuarto de trabajo. «No es muy alto, dice; ya viejo, arrugada la cara, porque tiene sesenta y dos años; por lo que he visto en Venecia, su fisonomía parece veneciana. La edad, sin duda, ha amortiguado el fuego del ingenio que se vería en su rostro, como se advierte en el busto hecho en menos años. Es sencillo, pero corto de razones.» Les enseñó sus dos últimas obras: la Magdalena exánime y Endimión dormido; ambas para Inglaterra.

En un gabinetito, todas sus obras en perfectos grabados; la planta del templo griego que construía en su pueblo natal, y grabado del cuadro que había pintado para el mismo.

En el estudio de Thorwaldsen vió: Mercurio, sentado (su primer obra); Jasón; Hebe; Adonis; Venus; el Amor; las Tres Gracias, «inferiores, dice, en formas á las de Canova»; la Auro-

ra y la noche; niña del Duque de Bedford, desnuda; la Condesa Osterman, sentada, y friso del Triunfo de Alejandro, obra destinada al Rey de Dinamarca, y que inmortalizará al autor.

De Camuccini (vicolo di Gesù María) dice que era pintor de poco mérito; pero que siendo arrogante mozo, había levantado su fama en alas de los amores de grandes damas, como la Marquesa de Santa Cruz y, últimamente, la Princesa de Lichtenstein. Pintaba á la sazón: Horacio Cocles, para la Quinta del Príncipe de la Paz, y retratos de la Princesa Sowalof, de su hija la Princesa de Lichtenstein y de las Princesas Kamitz, madre é hija.

Como adición á la visita al Estudio de Camuccini, se ocupa Villalba en las tentativas que desde 1725 venían haciéndose para desprender los frescos de las paredes, y cita un excelente artículo del Conde Cicognara, inserto en el núm. 4 (Septiembre, 1824), en que probaba la falacia de todo lo hasta entonces inventado al efecto. No tendrían interés estas citas hoy, á no ser por las curiosas noticias que suministran acerca de los frescos estropeados en tales ensayos por Puccini y Bazzet en Florencia, durante el reinado de María Luisa en la Etruria, y por Ant. Boccolari. En 1808, Giacomo Succi, pintor de Imola, arrancó 29 pinturas, y Mengs le señaló una pensión, con la cláusula de no hacer uso de su secreto. Otro charlatán, el químico José Zeni, causó gran estrago en varios frescos con su secreto para preservarlos del influjo del aire y de la luz, y en recompensa la Corporación de Padua le dió una medalla de plata con las armas de la ciudad en un dado; en el anverso: «*Antonius Venturini Patavii Rector, 1818*», y en el reverso: «*Josepho Zeni Patavino, Quimiæ Cultori Picturas uso illinitas muro eripiendi arte peritissimo*» (1).

(1) Barufaldi, en sus *Vidas de pintores de Ferrara*, manuscrito que Pío VII llevó al Vaticano, refiere en la del pintor Antonio Conti, que en 1725 se ensayó en aquel fatal arte, y que en 1728 y siguientes arrancó muchas y buenas pinturas. (N. del A.)

Sobre todo excitaron la admiración de Villalba los frescos de aquel grupo de jóvenes alemanes, acogidos por el cónsul prusiano Bertaldi en su casa, y auxiliados por él con recursos de todo género, y que, volviendo á la pureza de contornos del 1400, y empapados en el gusto rafaelesco, trataron de reformar el malo dominante. Conoció á Owerbeck (vía di San Vitale), joven, católico, casado con tudesca. «Va, dice, enteramente vestido á lo Rafael, con los pelos lacios compartidos y cortos; un pantalón largo y estrecho, y una especie de ferretuelo ó levita ceñida con una cinta de terciopelo negro. Es modestísimo y tímido con demasía; el rubor acompaña cada palabra que habla.» De los cinco compañeros, Cornelius había sido llamado á Baviera por el Príncipe heredero, y Fayt residía en Prusia, por lo que Owerbeck, Schadow y Cattel tenían que luchar solos contra la turba de sus enemigos, si bien tenían el resuelto apoyo de Canova, admirador de los frescos.

He aquí una muestra de su crítica del arte italiano y francés de su época:

Del caballero Pedro Benvenuti, Director de la *Accademia de las Artes*, dice estar reputado por uno de los mejores pintores de su tiempo. «Lo cual, añade, no quiere decir sino que el arte está arruinado. Con cierta corrección en el dibujo, su colorido es malo, aunque no tanto como el de Camuccini. Sus demás dotes, las dominantes del día que propagan los franceses, pasmarotas y gestos teatrales que se llaman expresión de afectos, viveza de fantasía y fuego de composición. Sorprende pintando, rodeado de muñecas, un gran cuadro para la catedral de Rávena: la muerte de San Juan Crisólogo que se desploma sobre un sillón. Allí las alharacas; allí el girar de brazos de los circunstantes; dos ángeles revolotean para recoger el espíritu. Vaya, es cosa muy mala: grande, sí, de tamaño. Baco y Ariadna, otro cuadro encargado por el Gobierno de Turín y adquirido por un inglés... ¡No la ha escapado mala Su Excelencia! El Baco es nuevo enteramente; no se parece á ninguno de la antigüedad, y no por mejor, sino al revés.»

Acompañados de Giuntotardi y del joven pintor maltés Ysler, recorrieron otros varios estudios de pintores como Bassi, joven paisajista de mérito, que pintaba para el Duque de Alba y para Mr. Publon la Gruta de Posilippo; Bogué, paisajista francés que había pintado para Bonaparte y para lord Bristol, y que acababa de enviar al Duque de Alba dos cuadros grandes, la Primavera y el Otoño. Para el mismo Duque habían trabajado ó estaban pintando el prusiano Cattel, paisaje; Landi, Partida de María Stuardo de París, de regreso á Escocia (1); Versntappen, que trabajaba con la mano izquierda y pintaba para el mismo Duque varios paisajes, entre ellos uno bellissimo, del lago Albano, visto desde la orilla superior; y Vogt, de Amsterdán, que había pintado para aquel Grande dos países, y para Publon uno bellissimo: Campo con dos ó tres árboles y vacada. Finalmente, Ceccarini, Feerling y Paccetti que les enseñó un cuadro de Clorinda y Tancredo, bautizado, sin motivo, con el nombre de Diego Velázquez.

Entre las iglesias de Roma, cuyas riquezas artísticas va describiendo minuciosamente, la de San Pedro, como es natural, merece su mayor admiración, expresada en estos términos: «Si esta iglesia está fundada en el sitio donde Nerón encruelció con los cristianos; si conserva los cuerpos de San Pedro y San Pablo, importará á quien tenga la fortuna de creer en la Iglesia apostólica; pero todos convendrán en que no se ha levantado en honor de la divinidad templo más estupendo.»

Desembarazaban la iglesia de *Santiago de los españoles* para abandonarla, cuando Villalba la visitó. Elogia como de las mejores obras de Bernini, la cabeza ó busto de un bienhechor del Hospital, allí sepultado, Montoya y Sevillano, de ilustre alcurnia, hijo por madre de una Armijo. «Las hermosas pinturas de Dominiquino y Albano, en una capilla, y los cuadros de Aníbal Caracci, escribe, se pueden dar por perdi-

(1) Hoy en la Galería del Palacio de Liria.

»dos; aunque éstos quizá podrán restaurarse. Se las dejó comer del polvo, porque, según decía el sacristán español con quien hablé, *como son viejas, no se hace caso de ellas*. Es innegable que nuestra barbarie aparece en todo. En otro tiempo amábamos las bellas artes; ahora las despreciamos. A buen seguro que ningún italiano de igual esfera que este hombre, que parecía honrado, hubiera dicho semejante salvajería. Pero ¿qué extraño que él lo diga, cuando Monseñor Martínez, Auditor de la Rota, y el Excmo. Sr. Vargas (1), embajador, si no lo dicen, lo hacen en abandonar tales pinturas?»

De la iglesia de *San Lucas* refiere que un excelente copista, Grammatica, había perdido el primer puesto que ocupaba en la Academia, por haber tratado de vender á una señora un original de Rafael, dejando en su lugar una copia: en *Trinità de Monti*, lamenta no haber encontrado en las capillas los frescos pintados por nuestro Pablo de Céspedes, el *Cedaspe* de los romanos; en una capillita en *San Onofrio*, le enseña el buen monje custodio una *Adoración de los Pastores*, del Bassano, lo mejor que había visto de este artista; en *San Pablo*, censura el grupo del Santo con luz teatral por el nicho, porque *no puede ver que se hagan juegos de teatro en la iglesia*; le enternece profundamente en *San Luis de los Franceses* el epitafio puesto por Chateaubriand en el sepulcro de la desgraciada Paulina de Montmorín, casada con un Beaumont, y muerta á los treinta y cinco años, en 1803, después de ver morir á toda su familia, víctima de los furioses revolucionarios; en *San Lorenzo in Lucina*, buscando la tumba del Pussino, da con la de Orrantia (*que no es un hallazgo, dice*), Consejero de Indias y limeño, á quien enterró y puso laudatorio epitafio su amigo y compañero de viaje, un caballero de la Casa de los Marqueses de Salinas; por último, en *Santa María Maggiore*,

(1) De éste dice León y Pizarro en sus *Memorias*. (T.º 2.º p.ª 101). «Vargas, Ministro en Roma, favorecido del Príncipe de la Paz. De talento, convertido por pésimos estudios en travesura escribanil. Tenaz en su opinión, y más para su dinero.»

registra los cuatro bajorrelieves y la estatua de bronce de Felipe IV, bienhechor de la Basílica, para cuya construcción contribuía anualmente con 4.000 escudos.

Después de esta excursión por las iglesias, vuelve á la de San Pedro, y escribe: «Al fin de la primer pendiente (subida á la Cúpula) se leen los nombres de los soberanos que han subido. No está la que recuerde á Carlos IV y María Luisa, que también subieron hasta cerca de la bola; ella en silla de manos. El ínclito Príncipe de la Paz suele concurrir á menudo con la familia. Este bárbaro está bien visto de los romanos, porque tiene dinero. Recordaré aquí una anécdota que acaba de acreditarle de impudente, tanto como necio. Ha dado en comprar cuadros, y tiene una rica galería. A un grabador, el Sr. Testa, yerno de Giuntotardi, maestro de Iriarte, le enseñó su retrato á caballo, grabado en España, diciéndole: «Mire usted lo que me han enviado, que estaba bien ajeno qué subsistiese, porque como en España me odian tanto, creía que los hubieran destruído todos, como hicieron con mis muebles.»

«Por el mismo hemos sabido que ha casado una de sus hijas de la Tudó, ó sobrina (es la hermana de la Tudó) (*sic*), para cuyas bodas compró el palacio que habita esta familia, ó se le dió en dón ó dote, con un Marqués Tepanozzi (Conde Esteranozzi) (*sic*); creo que ilustró con su mano á la bastarda, á fin de dorar la enmohecida nobleza con el metal robado por el padre á los españoles.»

En armonía con sus ideas en materia religiosa, juzga la pompa de la corte pontificia, como va á verse: «Decir la sensación que en mí causó el espectáculo de una corte eclesiástica, no es posible. Pío VII, envuelto en una capa, rojo bajo, recamada de oro, con solideo y mitra blanca, es servido de rodillas como un Dios. Cardenales y Prelados le sostienen para el menor paso, siempre con ceremonias respetuosas, porque está alelado, *rimbambinito*, y muy cascado de salud. Sus soldados, ¡qué aire marcial! ¡qué traje tan militar! Antes no era así; esto es, después de la restauración, y ¡cuán impropio

»en el humilde sucesor de los Apóstoles, en la cabeza de una
»religión toda mansedumbre! De los 10.000 soldados que man-
»tiene, dice un romano de buen juicio: Si para dentro, no los
»necesita; si para fuera, no le bastan; pero acostumbrado á no
»usar de su razón, dice que son *secretos de Estado*. El secreto
»es ya á voces, para quien quiere escucharle.»

A continuación pasa el escalpelo por algunos de los Cardenales que asistían al Papa en la misa de difuntos: el Cardenal Gonzalvi, vivísimo, afable y llano, y el famoso Cardenal Rufo, moreno y de faz adusta, correspondiente á los hechos. De Doria, Cardenalito bobísimo, imberbe, jovenzuelo de treinta y cuatro años (*sic*), y de otro que no nombra, arrogante mozo, no puedo transcribir las palabras que les aplica.

Por último, el Secretario general de los Mínimos, español, de rostro animado, pero con aspecto de la ínfima plebe; cosa natural, porque aún en España se llama á esta Orden el *populacho de Dios*.

En los bancos de los Embajadores (que son 14) sólo vió al Ministro de Hannover y de Cerdeña. «El Ministro español, Vargas, no está considerado. Me dijo un *capanera*, no lerdo, que hacía vida de monje, sin tratar con nadie, maltratando á bastonazos á los artesanos que con él tenían que ver, y enteramente oscurecido y mal visto por su genio violento y mezquino. El Ministro español, hasta ahora había hecho el primer papel, y sus festines y banquetes eran lo más lucido de Roma, porque en esta corte, si los Embajadores no dan fiestas, ¿qué otra cosa tienen que hacer?»

El *Dies iræ*, cantado por voces dulces de jóvenes, le pareció ajustar mal el texto con el suave trino de los cantantes y tonos blandos de la música. «Aquí, dice, hasta el furor es melodioso, aunque á veces, no por eso menos sangriento.»

Las fiestas de Todos Santos y día de Difuntos, con todas las tiendas cerradas; el campaneó de la noche, durante ocho días; el concurso de devotos y devotas á tres iglesias señaladas, «donde van más por devoción á las caras bonitas de las vi-

vas que por las de los muertos»; las *sombras espirituales* (como las llama), que representaban en *La Morte* (Vía Giulia) á Daniel en la cueva de los leones, con un ángel que iba trayendo de los cabellos á otro profeta con canastilla en brazos, teatriillo de gusto con entrada gratis; y, por último, los encamisados de cofradía ó ensabanados de todos colores que encuentra á cada paso y que le hacen exclamar: *¡Ecce rerum dominos gentemque togatam!*, todo ello le parece justificar plenamente el dicho de su patrona, que llamaba á aquella triste festividad un *Carnavaletto*.

No se limitaba la curiosidad de Villalba á visitar estudios de pintores, Academias é iglesias, aunque á ello le impulsaba, principalmente, su afición á cuadros y estatuas. Hospitales, hospicios, colegios, bibliotecas, laboratorios, casas de locos, tienen en sus apuntes minucioso examen y atinadas observaciones, en que, dicho se está, casi siempre y á pesar de su propósito de imparcialidad, se advierte la tendencia á encontrar mal todo aquello en que tenían intervención entidades religiosas.

No dejó tampoco por escudriñar ninguna de las *villas* ó quintas que por sus célebres títulos prometían fructuosa cosecha artística. La deliciosa situación en el monte Celio de la *villa Mattei*, perteneciente al Príncipe de la Paz, y las hermosas vistas le hacen sentir que sea de quien tan poco lo merece.

Entre lo que allí vió, señala un grupo en mármol: «medallón de relieve con la cara abrutada de Godoy, y sostenido por sus dos hijos desnudos, feísimo el mayor; el segundo, bonito. En la columna en que se apoyan, la leyenda: *Amor filial*. Si el grupo, como aseguran, es de Canova, dice, dormitó al cincelarle; bien que como el personaje es tan prosaico, no es de admirar que la imaginación desmayase. Por la jardinera supimos que tiene estos dos hijos, de diez y ocho y de diez años, y una hija núbil, y que la mujer del Marqués romano no es, como dicen, hija suya. Importa poco que sea así ó asá. El progenitor, ciertamente, no los ilustra.»

Continúa enumerando: «una Venus sentada, buena estatua, aunque dudo sea de Canova, como dicen, y dos estatuítas de Diana y Apolo, de mano de artista español. Cuatro retratos soberbios, *roba di Spagna*, decía la buena mujer, por lo que sospecho si serán de Velázquez, porque el Príncipe tenía uñas largas que alcanzaban á los retratos de los palacios para hacer presa; son: Guerrero armado; Señora que lleva de la mano un muchacho con espada, ambos de negro y con valona, ambos bellísimos; un letrado y un prelado; todos de más de medio cuerpo. Retratos de su coima coronada, de todas edades; una Epifanía, mal atribuída al Españoleto, acaso de Murillo, por lo poco que de él he visto después.»

Finalmente, en las cercanías de Roma menciona el templo de Vesta, donde el dueño del terreno había levantado una buena posada, y en ella se comía en el buen tiempo, gozando de hermosas perspectivas. En el patio estaba comprendido el templo, por el que lord Bristol, que no estaba en sus cabales, le ofreció 3.000 escudos; luego se arrepintió y hasta olvidó pagar 40 escudos de su gasto de varios días, acabando por depositar 1.800 escudos para adquirir la ruina, trato que impidió el Papa, con muchísima razón.

NAPOLÉS

En treinta y dos horas, y mediante 24 duros por asiento, el coche correo los trasladó de Roma á Nápoles. Acomodóse Villalba en casa de una Madama Fourcade, Ponte di Tappia, número 50, cerca de la calle de Toledo, *piano nobile*, tercero ó cuarto, y donde por 12 duros al mes disfrutaba de tres habitaciones y de una escalera, una verdadera letrina. A comer concurrían á la *Corona di ferro*, donde el amo, dice, el día que no pierde al juego, guisa como para los Dioses; no así cuando el naípe viene atravesado. Por cinco francos, un cubierto de los platos más caros, con botella de *lacrima cristi* (4 carlines);

cuando en París, en el *Cadran bleu*, una comida inferior costaba el doble. El día de su santo comió Villalba con D. Peppino Sarria, la S.^a Can.^a é Iriarte, el cual convidó al segundo día de Carnaval á los mismos y á Schürer.

Al hablar de los helados, los mejores de Italia (aunque, dice, no nos vencen en este género de glotonería), cuenta que en la mejor botillería de la calle de Toledo, junto al Mercado, el dueño era *Barón*, y la *Baronesa* cobraba en el mostrador, que llenaba con su amplísimo coramvobis.

Vió el Carnaval, cuya descripción omito por tan conocida, en el balcón de la *Villa di Napoli*, desde donde ingleses á inglesas hacían guerra cruel de confites. La nobleza (entre ella los hijos de la Partano y el Duque de Alba) hizo cabalgata de mamelucos, muy bien vestida; otro día, de un sultán con sus concubinas y pompa asiática; otro, de caballeros antiguos, que fué la peor. La pista que hicieron ante el Rey, en la plaza de Palacio, fué cosa ridícula.

Recorrió los teatros: de San Carlos (9 reales platea); Florentinos (8 reales); San Carlino (2 reales), etc. En uno oyó cantar á la célebre Isabel Colbran, que aún conservaba la gallardía de su cuerpo, la expresión en sus negres ojos y el agradable metal de voz, modelado todavía con más arte por el diario ejercicio. «Es muy favorita, dice, del inteligente público napolitano, y no menos del empresario Barbaglia, que es el amante pagano, lo cual no impide la admisión de otros gentiles que pueden dejar á la puerta buenas alcabalas, porque la señora mía, como es natural, vende caras sus agujetas. Tiene el vicio de ser jugadora, lo que la promete triste y mísera vejez. Su hermana, la Gaspara, me han dicho estar en Nápoles con un músico, su marido, procedentes de Madrid para visitar á la hermana. Al padre, otro jugador, que comía por un pie á la hija para sus vicios, creo que le han enviado á Boloña con una pensión. Músicos y danzantes son así.»

«Bailarines, algunos buenos; Vestris y algún otro, con Dupont. De las bailarinas me agradó la Ronzi, nacida en Barce-

»lona. La gracia la acompaña en todos sus movimientos de
»pies, de brazos, de cuerpo, á que se junta ser muy bien forma-
»da. Es discípula de Duport, y si fuese á París, que es la Ate-
»nas del baile, sería de las primeras así que perfeccione su
»habilidad.»

Llamaron su atención en la Biblioteca *Branciana*, 31 tomos de varias ediciones de obras de Lope de Vega, y lamenta no haber tenido tiempo de registrarlos.

En la *Academia Real de los Estudios*, palacio edificado de orden de un Duque de Osuna, en 1587, por el arquitecto Fontana, «que no apuró el ingenio para idear su planta» y que consagró á los estudios, desde 1610, el «gran Conde de Lemos, »el insigne protector de Cervantes, Lope, Argensolas, etc., el »Mecenas ilustre de letras y literatos», se detuvo Villalba con gusto en la sala de los papiros allí reunidos á la sazón en número de 1.700. De ellos iban abiertos 350 con una maquinilla que los iba adhiriendo con betún á tripa sutil, procedimiento que detalla, al paso que enumera varios de los tratados descifrados é impresos, haciendo notar la inutilidad de todas las experiencias del célebre químico Sir Humphry Davis para descubrir un agente que se adhiriese sin romper el papiro.

Entre las iglesias que visitó se cuentan: *San Fernando*, edificada para jesuitas por una Condesa de Lemos, Virreina; *Santa Clara*, toda pintada al fresco por Giotto; pero *blanqueada bestialmente para dar luz al templo, por Barrionuevo, un bárbaro Regente español que no conocía el mérito de las pinturas;* *San Genaro*, famosa por la liquefacción de la sangre del Santo, milagro que Villalba califica de *farsa;* *Santa María Nuova*, con sus dos sepulcros del ingeniero Pedro Navarro y de Lautrec, erigidos por un Duque de Sesa, nieto del Gran Capitán, y cuyos epitafios latinos transcribe, no sin dar de paso un alfilerazo á los Grandes de su época por poco imitadores del de Sesa; finalmente, *Santiago de los Españoles*, donde el polvo y los trastos viejos cubrían el mausoleo del fundador, Virrey D. Pedro de Toledo, porque «el actual Gobierno, dice, está

»haciendo paz y guerra de esta posesión española que respetó
 »Murat, sin prestar oídos á las reclamaciones de D. Pedro Gó-
 »mez Labrador. Tal es el desprecio en que por todas partes ha
 »caído nuestra corte».

De los hospitales, hospicios, manicomios, etc., hace minu-
 ciosa descripción, sin olvidar ningún detalle del régimen inte-
 rior, registrando estadísticas y haciendo las consideraciones
 que su inspección ocular le suministra.

Hace calurosa defensa de los napolitanos y de la buena índole del pueblo, y aunque reconoce la natural inclinación de los naturales á la pereza, molicie, sensualidad y juego, grandemente favorecidas por el Gobierno que no corrige y el clima que ayuda, proclama la honradez, cortesía y moderación de los sufridos *lazzaroni*, tratados como animales, á palos y con mofa, aunque contentos en cierto modo en medio de sus harapos y suciedad con el *dolce far niente*, el clima benigno, y su frugal comida de maccaroni, pescado y hasta helados. De la profunda corrupción de costumbres, tan propalada, no vió más ni menos síntomas que en otras capitales no tan acriminadas.

En el puerto se pudrían los restos de la escuadrilla que iba formando Murat, «á quien siempre se le encuentra, escribe, en
 »cuanto pueda ser útil al bien público. ¡Quién dijera que hom-
 »bre tan malo fuera tan buen rey! (Téngase en cuenta que
 »Villalba no era afrancesado; todo al contrario.) Están muy
 »disgustados con el Gobierno legítimo, y todos á una voz lloran
 »á Morate (así le llaman), á quien no quisieron sostener y de
 »cuya caída se alegraron. Los ingleses, por consiguiente, tam-
 »poco son favoritos; bien que en esto la Italia está unánime.
 »Ha sido habilidad del Gobierno inglés haberse conciliado el
 »odio universal; pero tales cosas ha hecho. El caso es que lo
 »paga la nación, que es tan apreciable por todos conceptos,
 »menos uno que, aunque natural, es insufrible: la altanería
 »británica».

Excursiones por las cercanías de Nápoles: *Paseo Real de Chiaja*. Al citar el Toro farnesio, Villalba dice que Carlos III

pudo y debió trasladar la Galería Farnesio á España, ya que ésta, á costa de millones, le dió el trono de Nápoles y le permitió adornarle con quintas y palacios, siquiera en débil reconocimiento; pero que prefirió dejarla á su segundogénito en aquel reino.

Con Cali, un pintor, maestro de Iriarte, visitaron en Herculano la hermosa y elegante quinta de D. Cristián Egliu, comerciante suízo, protestante, donde encontraban asilo y protección los artistas. En Portici censura Villalba la ocurrencia de Carlos III de levantar sobre las ruinas de Herculano el Palacio Real, haciendo así imposible nuevas excavaciones. Notó en su jardín un *casino* donde el Rey comía solo, sin ayuda de criados, por arte de una máquina que servía la comida, y el cenador donde Murat comió por última vez al partir para la guerra. En el palacio, adornado por él y su familia con buen gusto, sencillez y elegancia, admiró en la magnífica alcoba de la hermana de Napoleón el retrato de su hijo, único que había dejado el Rey en los salones. «El costado legítimo de la madre le protege ahora, dice, de lo espúreo del paterno.» Además, doce vistas de Venecia, atribuídas á Canaletto, *que si no eran copias, valían un dineral*; la Entrada del Gran Capitán en la Alhambra, por el Conde de Forbin; retratos de Napoleón y Murat, por Gerard; «el rostro de Murat, muy innoble, retratando la ferocidad ingénita que reprimió en su gobierno de» Nápoles, donde dejó buena memoria y deseo por su clemencia y acertada administración. No así el ínclito Pepe que «nos tocaba, si las naciones no pudiesen más que los déspotas». Otros retratos, bien ejecutados y de cuerpo entero, de José Napoleón, de su mujer con dos niñas; de Madama Leticia, sentada, y de los dos hijos é hijas de Joaquín.

En Capua visitaron al caballero Napoli, propietario de la aldea de Santa María, casado con una señora española, sobrina del Cónsul en Nápoles, Aguilar, *destituido á la sazón en virtud del decreto de amnistia de nuestro benigno Monarca*. Elogia la hermosa índole del caballero y sus opiniones liberales, y la

bondad y agudo entendimiento de la señora, á quien acompañaban dos preciosas niñas de seis y de tres años.

Al referir la penosa ascensión al Vesubio, y entre la multitud de *pensamientos* de viajeros, escritos en el Album de la Ermita, *muestra, dice, de cuánto tonto viaja por el mundo, y de cuán sin aprensión obran los tontos*, leyeron con gusto una Nota en francés, firmada por Carlos Gimbernát (1), de Barcelona, acerca de sus observaciones sobre el agua vesubiana, estimulando á los sabios á comprobarlas y á continuarlas. «A la sazón, escribe Villalba, está en la Legación bávara, y visita á menudo el Vesubio con su amigo el Duque de la Torre, muy aficionado á las ciencias naturales. Al extremo del llano estuvimos junto á la fuente hallada por Gimbernát, donde puso tubos largos de cristal, que las piedras del volcán han roto. Sale hirviendo, pero es potable luego que se enfría en los tubos.»

Tan buenos recuerdos conservó de Nápoles y con tanto pesar la dejó, que á su estancia en esta ciudad consagra bastantes páginas de su *Viaje*. Todas las noches asistía á la casa del ya citado Cónsul Aguilar, de cuya señora, D.^a Manolita Gómez de Ayala, natural de Osuna (hermana de un calavera, D. Pío, Secretario de Embajada ó Encargado de Negocios en Nápoles, ahora en Florencia, y de la mujer de Mozo, Oidor de Granada), hace grandísimos elogios. Allí se reunían: D. José Sarria, de Carcelén (Murcia), finísimo y amable en extremo, aunque de cortos alcances y poca instrucción; empleado con 15 duros en la casa de Alcañices, y mártir de su principal, que le trataba como á un negro; «D. D.ⁿ de L.^a S.^a (sic), *republicano, dice, en teoría, pero el mayor déspota, digo yo, en práctica;*» talento regular, mediana instrucción, terquedad suma, brusquedad chocante (sigue una detallada enumeración de sus cualidades, que omito, porque, no habiendo descifrado sus iniciales, no sé si el sujeto merece más detalles, aunque Villalba

(1) Véase este apellido en *Chinchilla, Hist. de la Medic.*

indica que había obtenido cargos importantes); D. J.º D.º C.º (sic) es quisquilloso, dice, cual me le figuraba en la vida pública. (Suprimo más detalles, por igual razón que en el anterior.) «D. José Antonio Hidalgo, secretario del duque de Berwick y Alba; mucho talento natural, que favorecido con otra educación, le constituirían uno de los mejores ingenios; aun así, sus luces le sacan en cuestiones delicadas más airoso que á otros con doble saber. Su sarcasmo, lleno de sal, no tiene más defecto que dar á veces en verde y otras en desvergonzado.» Roico, capitán de fragata, napolitano, pero de la armada española: de las veinticuatro horas, duerme catorce; casado con una gallega, buena bestia; tres niños preciosos, pero inaguantables por mal educados; dos hijas, la casada con su tío, fastidiosa; la solterita, sonrosada y guapa; Varela y su mujer D.ª Teresina, dos infelices criaturas que vegetan: ella, alelada de accidentes; él también, aunque sin ellos. Capitán de fragata que llevó al Duque de Orleans á Cádiz, *por lo que le condecora la Constantiniana*. García, un andaluz empleado en casa de un Grande; era de los que son *fruges consumere nati*, y nada más; el Secretario Her.ª (Herrera?), figurín ó picoterillo, como le llamaban las mujeres; pedantuelo ó erudito á la violeta en la conversación; títere en la persona, y ambas desdican del empleo que ocupa; discutidor; cuestionaron sobre la *combinazione* que sostenía ser también en español *casualidad*. Del Nero, marino muy bárbaro, y además, dicen, atravesado; mala y ordinaria facha, aunque ésta suele engañar; finalmente, el hijo del Conde de Polentinos, al parecer, buen joven, y hablaban bien de su carácter.

De los italianos, escribe, siempre me acordaré de la amable y excelente familia Schürer: el padre, sueco, pero desde muy joven en Italia, es Oficial de la cifra en la Secretaría de Estado; hombre formal, instruído, amable. Perseguido en la primera restauración, se refugió en París, donde vivía enseñando idiomas. De sus dos hijas, perfectamente educadas, Cristina tenía amores con D. Giacomino Guzmán, celoso hasta

de su sombra y empleado en la Secretaría de Hacienda con 30 duros; Adelaida, de quince años, criatura angelical, afectuosa, viva é instruída. Con el hijo mayor, D. Pepino, de diez y ocho años, estreché Villalba amistad por sus singulares dotes de instrucción, afabilidad y simpatía. Otros dos muchachos, en colegios, eran los mejores de figura y de igual buen fondo. Es, pues, añade, familia feliz y estimable, á la que deseo toda prosperidad.

Otros italianos de su círculo: un abogado joven (*paglietas* los apodan), D. Giorgio de la Pulla, talento regular, vastísima lectura, excelentes ideas y buen genio; D. Gennarino, joven empleado en la Secretaría de Guerra; fino, callado y con gran inclinación á la galleguita; un *Duchino*, y su primo el *Baroncino*, dos tontos, y viejo impertinente uno; otro Barón y su hijo é hija, jóvenes tan feos como simples; el mayor y su hermano el teniente coronel, y otro coronel, napolitanos, muy corridos, como militares, pero sin la petulancia y vanidad de los nuestros, dice Villalba: Madama Vadore, veneciana, dama que fué de Madama Leticia, de quien hablaba siempre con cariño y gratitud; mujer de corte, fecunda en anécdotas; fina, instruída, de distinguida familia; pero con la ridiculez de la continua mención de personajes, parientes ó amigos, no pudiendo sufrir que no se supiera que es bien nacida y literata; otra literata muy dengosa, D.^a María de Gracia (D.^a María *Vidriera* la apoda Villalba); lengua de hacha en excelente italiano; literatura casera; con la gracia de no poder subir sin el apoyo de un brazo varonil las escaleras que luego bajaba como un gamo. La medicina para estas embusteras, dice, es una vara; ó, para no ser brutal, la indiferencia y olvido. Ellas curan por sí solas, y muy pronto. He pasado, concluye diciendo, ratos muy entretenidos. La noche del tercer día de Carnaval hubo en casa de Schürer una funcioncita, que cuento como uno de los ratos más entretenidos de mi vida. Nada de bullicio; pero la satisfacción interior, la cordialidad de las gentes que concurrían la hicieron tan agradable, que

sin sentir llegamos desde las seis á la una de la noche. Me parecía haber vuelto á los primeros años de mi juventud, cuando un baile eran mis supremas delicias, y para que fuese ilusión completa, bailé y valsé como un muchacho de diez y ocho años. *Dulce decipere in loco.* «Hubo copas de Málaga, licores, »bollos y bizcochos. El Miércoles de Ceniza rompimos dos »*pignatas* en casa de D.^a Manolita, y también nos divertimos; »una era de chasco, la otra de dulces, y como la rompió Ade- »laida, me tocó buena parte.»

«Al día siguiente me despedí, con mucho sentimiento, de »tan amable sociedad.»

FLORENCIA

Veinte días residió el autor en esta hermosa ciudad, donde se podría pasar, escribe, una vida muy agradable y por poco dinero, si bien la curiosidad é higiene pública tenían mucho que envidiar á otras ciudades del Norte de Italia. Los florentinos le parecieron de hermosa presencia, amables y vestidos con sencillez y elegancia. En cuanto á costumbres, ni más ni menos corrompidos que en otras ciudades italianas. Afición al juego, especialmente á la lotería; juego constante en cafés y estancias; amor al campo.

Por casualidad supo, hallándose en el teatro de *La Pergola*, oyendo la ópera *Gabriela de Vergy*, que asistían el Gran Duque y la Archiduquesa Beatriz de Este, porque ni nadie se quitaba el sombrero, ni menos los aplaudía, aunque la *Gaceta* dijo al día siguiente que habían sido ovacionados. Por la tarde, en paseo, los vió con más pompa que el Virrey de Milán, en coche de ocho caballos, con otro igual de respeto, y tres caballerizos al vidrio y delante. Lujoso encontró también el tren del Príncipe Borghese: carroza de seis caballos, dos postillones y dos lacayos montados. «Está, dice, á disposición de una señora florentina, viuda con dos hijos, uno del marido y

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONE

otro del amante. Dicen ser la Duquesa Lante. Ello es escandaloso, y á ninguno que no fuese Príncipe se le toleraría este alarde. El Príncipe se separó de su mujer, hermana de Bonaparte, sin que toda la culpa fuese suya, pues la señora mía abusaba del poder del hermano oprimiendo al esposo, que se dió prisa á sacudir el yugo en cuanto pudo, estableciéndose en Toscana, donde compró cuantiosos bienes.

Muy inferior á nuestro Moratín juzgó al abogado Nota, autor de dos comedias, *La moglie superba* y *L'atrabiliario*, que vió representar en el teatro próximo al Palacio Pitti. Los actores, decentes y finos, alguno muy bueno; pero el teatro desierto las dos noches, prueba de poca afición á la comedia. Se empezaba á las nueve, y la entrada costaba un paolo.

Cita detenidamente, al visitar la iglesia de Santa Croce, los sepulcros de Miguel Angel y de Alfieri, y copia la inscripción del último:

VICTORIO ALFERIO ASTENSI

ALOISIA PRINCIPIBUS STOLBERGHS, ALBANIE COMITISSA

M. P. C. ANNO 1805

Al echar de menos en Santa María Novella el *Cenáculo* pintado por Angelo Allori, estalla su inquina contra los frailes, y escribe: «Sin duda los frailes le han pasado la brocha, porque mientras ellos tengan el cenáculo y el maná de bulto, se afanan poco por conservarlos en figura, por mérito que tenga. Estaba el mantel puesto, esperando pronto el maná; así que pude exclamar como en el Lutrin:

En voyant la nappe mise,

J'admire un si bel ordre et reconnais l'Eglise.

Al enseñarles las medallas de su Galería el Sr. Bellanti, les habló del médico del Duque de Alba (no le nombra), de quien ya tuvieron noticia en Milán. En el *Palazzo vecchio* vieron un *Pastor español* con zampona, cuadro de Murillo, rarísimo en Italia. Para el *Palacio Pitti* acababa de adquirir el Gran Du-

que, en subido precio, una Sacra Familia, del mismo autor, á quien el Custodio llamaba el *Rafael de España*. Ante la Venus de Canova, colocada en un gabinetito, Villalba quedó extasiado, y después de decir que no extrañaba los ejemplos de hombres enamorados de estatuas, añade: «Tampoco me cuesta trabajo comprender el entusiasmo por las bellas artes, ni la »delicia que se tiene en mirar sus primores. De todo esto había »probado algo antes de venir á Italia; pero muy débil en comparación de lo que aquí he disfrutado. Si se quiere amar con »idolatría las artes, vengan á conocer sus portentos á esta nación, más grande á mis ojos que otra alguna, pues que, vejada »y desmembrada ó envilecida, da el sér ó fomenta ingenios que »la ilustran en todos siglos, que arrebatan la admiración de »los más fríos y rudos entendimientos.»

Se congratula Villalba hablando de la *Galería Real de Florencia*, de la previsión del Gobierno, que puso á salvo de la rapacidad francesa en Sicilia aquellos tesoros artísticos, y de saber que las siete estatuas de primer orden, muchos bustos y ochenta cuadros escogidos, volviesen de Sicilia, en Febrero de 1803, en la fragata española *La Venganza*, capitán D. José Calderón. En la *Sala de Niobe* menciona especialmente el soberbio cuadro de Felipe IV á caballo, de Rubéns; según algunos, de Velázquez; en la *Sala de Retratos*, el de Velázquez, de Francisco Preciado, sevillano, Director de la Academia Española en Roma á fines del siglo XVIII, y el de D.^a Mariana Valstein, Marquesa de Santa Cruz, en miniatura.

En la catedral de Siena llamaron la atención del viajero las preciosas miniaturas de los libros de coro, ejecutados en el siglo XV por el monje casinense D. Benito de Matera, muchos de los cuales envió á España el Cardenal de Burgos.

Se explica las estafas y picardías del pueblo italiano al ver en *Pontecentino* á un aduanero, padre de tres hijos, con la paga de tres *paoli* diarios. *Aguapendente* le merece este juicio: «Ciudad episcopal y miserable, habitantes escuálidos y vagabundeando; clérigos y oficialitos con el aire francés, es decir,

»petulante y jaquetón, hacían buen maridaje con aquella miseria, porque acompañan á ésta, de común, la una y las dos plagas de la milicia y la Iglesia.» Para que el recuerdo de esta ciudad le fuese más amargo, tomaron en un café *un chocolate ó pócima venenosa de canela y azúcar con unos polvitos de cacao, y por esta ponzoña pagaron dos paoli.*

Mejor idea concibió de *Bolsena*, al menos por la celebridad de su moscatel, causa de la muerte de un prelado alemán, sepultado en la iglesia de San Flavio, con el epitafio que refiere que se embriagó con el vinillo *e poi crepò*; todo según la fe de un *Itinerario francés*. Algo le aguló el vino á nuestro autor la estadística que le dió el barbero, por la que supo que en una ciudad de 3.000 almas había catedral, dos colegiatas, trece conventos de frailes, otros tantos de monjas, al pie de trescientos eclesiásticos, sin contar las monjas. «El caso es, añade, que los mismos que producen el mal, son dignos de lástima: vimos clérigos y frailes, retrato vivo del hambre, cubiertos de roña y calcirotos.»

Estos disgustillos del alma fueron ampliamente compensados por el buen trato que obtuvo *la otra* en la capital. Por cuatro francos y medio diarios le daban en casa comida *excesiva*, dice: sopa, ¡ocho platos!, cuatro postres, incluyendo extranjería, tren de criado y silla propia; por un *paolo* más, sorbete, mayor que los de Milán. «En la *Estancia etrusca*, el café más caro, por 16 sueldos franceses, dos jícaras de chocolate con cuatro panecillos con manteca.» A elegir, aparte, vino de Montepulciano, 4 paoli; Alleatico, 2½; Chianti, 2; Vermut, 2; Vin Santo, 3. Pedí éste y Verdea, y no tenían; de modo que salgo de Florencia sin probar el famosísimo Verdea, añade con pena. Con esta baratura corría parejas la de los alquileres de casas. Por 35 escudos al año tenía el Sr. Piattoli, maestro de Iriarte, un cuerpo de casa en buen sitio, con cinco ó seis habitaciones. Dejemos las reflexiones al florentino que por rara casualidad lea estas antiguas bienandanzas.

PARMA

Le gustó poco: nota de pobreza en todo: de ningún sexo dote la belleza; así que, añade, ó Correggio tomó de fuera sus hermosas Madonnas y sus lindísimos *putti*, ó la casta ha empeorado. Sobre ser feas, las mujeres se envolvían en un capisayo de cotonía, á manera de frailes (¡adecuada semejanza para captarse las simpatías del viajero!); calábanse la capucha, y si la dejaban caer, era para enseñar una redecilla negra, en que recogían los cabellos á manera antigua de España. Las mujeres más finas usaban mantilla y basquiña para la iglesia; con más frecuencia, sombrero á la francesa.

No son para transcritas aquí las reflexiones que le sugiere la *Casa de recogidas* y los Duques de Módena. Menos tropiezos y más curiosidad ofrece la visita á la célebre tipografía de *Bodoni*, en el recinto del Palacio. Su viuda, señora muy amable, les enseñó las mejores ediciones salidas de aquellas prensas y algunas hojas del *Homero* en pergamino, tirada de dos ejemplares, uno en la Biblioteca de París y otro en la de Munich. Costó 200.000 francos. También vieron los regalos que su marido recibió de algunos Soberanos, á quien había regalado su *Manual tipográfico*: grande anillo, del Emperador de Rusia, con una turquesa engarzada en diamantes, del valor de 600 zequines. Imprimió las cartas de elogio que los Príncipes le escribieron, entre ellas dos Breves pontificios, uno de Pío VI, en que se menciona honrosamente al caballero Azara, amigo de Bodoni y de todos los sobresalientes en artes, y que presentó á nombre de éste al Pontífice una edición. De todas las lenguas imprimió obras; pero en español, sólo la comedia de Moratín *El Café*, «que, aunque excelente, no es la mejor.»

La viuda trataba, pero sin fruto, de vender los caracteres de su imprenta á varios Soberanos.

No pudieron en esta ciudad entregar al Consejero de Es-

tado, Ferrari, la carta que le llevaban de su cuñado Corradi, porque alegó pretexto para no verlos, de lo que se alegraron infinito.

BOLONIA

Lamenta Villalba no haber podido tomar nota de lo precioso que admiraron en esta ciudad, que recorrieron á escape «porque el teatro estaba cerrado y las mujeres eran feas». Recuerda, sin embargo, que al entrar en la Academia de Bellas Artes se apeó de un coche lady Morgan, á quien daba el brazo un profesor, y el marido, sir Charles, á una señora principal de la ciudad. Su persona correspondía á la fama: era baja, derrengada de un lado, inclinada adelante, fea de rostro. Por añadidura, Iriarte, que la examinó más detenidamente, dijo que tenía un caer de ojos maligno. «Si su esposo, dice Villalba, se casó con ella por el talento, lo acertó; porque, efectivamente, lo ha mostrado grande en su obra sobre la Francia, á pesar de lo que Quevedo decía de las discretas, que para eso se acostaba con un libro; si lo hizo por la belleza, prueba gusto estropeado, como la persona de su lady.»

MÓDENA

Entre las cosas que aquí anotó el viajero, fué una el enorme contingente de la Inclusa, donde en los cuarenta años desde su fundación se habían registrado 70.600 entradas de criaturas, á 2.000 por año, disparatada proporción, aun caso de no ser aquélla la única Casa de Expósitos del Ducado, y que abonaba la calificación de insensata que le mereció la medida de cerrar ciertas válvulas lamentables, pero necesarias.

También censura la disposición del último Duque, que vendió como un traficante, desdiciendo de su grandeza de Príncipe, al Elector Augusto, Rey de Sajonia, ciento de los mejores cuadros de su galería, entre ellos la célebre *Noche del Correggio*, por 50.000 libras esterlinas. «Pórtanse como buhoneros,

añade, y quieren ser tratados como Príncipes, que es disparate.»

Finalmente, del Colegio de Nobles habla en los siguientes términos: «En poder de clérigos, y sucio, porque hombres y clérigos, y del Mediodía, son tres razones fuertísimas para tener mucha inmundicia. Para la emulación se eligen dos Príncipes, cuyos retratos cuelgan en la Sala. Como sabemos los que hemos sido cocineros antes que frailes lo que pasa en la cocina, creo que éste sea un fraude piadoso para lisonjear á las familias poderosas y empeñarlas en la protección del Colegio. Los dos Príncipes que vimos eran dos Condesitos, y apuesto las orejas á que nunca recaerá el Principado en los hidalgos de media gotera.»

Y aquí pongo punto á estos extractos, que ojalá parezcan tan curiosos como son prolijos. Ciertamente que un viaje artístico por Italia, después de tantos y tan notables como se han escrito, necesita para ofrecer interés, ó que el viajero sea persona de relevante personalidad, ó que sus puntos de vista sean muy nuevos. La primera condición no le falta del todo al presente, porque su autor, Villalba, sospecho que daría materia para interesante biografía, de poder contar con los papeles que me dice el omnisciente Sr. Menéndez y Pelayo conserva en su poder el Sr. Comenge, médico de Barcelona. En cuanto á la novedad, ya se la da la misma remota fecha, pues vuelve á ofrecer cierto interés la Italia de hace noventa años. Además, en las 546 páginas que se han conservado de estos borradores, escritos en apretadas líneas de minutísima letra, hay mención, elogios, censuras, juicios críticos y descripciones detalladas de tanto cuadro, de tanta estatua, de tantos edificios y objetos artísticos, tanta estadística de establecimientos de beneficencia y de enseñanza, que acaso las vicisitudes de los tiempos en los muchos años transcurridos hagan de aquellos apuntes un curioso inventario, donde pueda hallarse noticia de joyas artísticas ó perdidas ó cambiadas de lugar, y de costumbres y prácticas ya desaparecidas.

A. PAZ Y MELIA

NUESTRA LEGISLACIÓN MEDIOEVAL

UN CÓDIGO APÓCRIFO: EL FUERO VIEJO DE CASTILLA

«La Historia de España está por hacer», decía en 1788 el insigne Jovellanos en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia. Y en verdad que en la centuria corrida desde entonces, un severo análisis nos llevaría á idéntica y dolorosa conclusión. Nuestra vida pretérita continúa siéndonos desconocida en muchas de sus partes, en los más interesantes de sus aspectos, en aquellos que acusan la trama sólida del vivir de las sociedades, en lo que los alemanes llaman *Culturgeschichte* y nosotros «Historia interna».

Pero si sensible es el desconocimiento, culpable es el error; que aquel nace de la falta de datos, y éste del ligero ó torcido examen de las fuentes. Acaso el mayor mal de nuestros estudios históricos está, no en lo que ignoramos, sino en lo que falsamente sabemos. Plagada se halla nuestra Historia de errores esenciales, que menester es disipar con bien dirigidas investigaciones y escrupulosas críticas.

De todo el vasto contenido de la «Historia de la civilización», es el estudio de la labor jurídica realizada por un pueblo el que más interés ofrece, porque el desenvolvimiento que dé una colectividad á su ideal del Derecho, revela plenamente todo su vivir, ya que, si no es verdad, como quería Lermínier, que el Derecho sea la vida, en las fórmulas legislativas se mo-

dela la casi totalidad de las necesidades y la totalidad de los medios de satisfacerlas.

Del abandono de nuestra Historia jurídica ya se lamentó uno de nuestros más infatigables eruditos, el P. Burriel, en su *Informe de la imperial ciudad de Toledo*. Tampoco desde que lanzara sus censuras hemos avanzado cosa que valga la pena. Tenemos en ella lagunas enormes y errores de importancia, rectificamos algunos, como el del Fuero de Sobrarbe, el del Spéculo, etc. Hay, pues, que emprender una obra de depuración. Tal es el propósito del presente trabajo, extracto del que pronto daremos á la estampa con toda amplitud.

El llamado *Fuero Viejo de Castilla* ó *Fuero de los Fijosdalgo*, no fué conocido hasta que Uztarroz y Dormer, en sus *Progresos de la historia en Aragón* (impresa en 1680), publicaron un fragmento del Prólogo, atribuyéndolo á Alfonso VIII, y aun mejor, hasta que Asso y de Manuel lo dieron íntegro en 1771. Mas antes de esto ya había sido objeto de un notable estudio del citado Burriel en sus *Cartas eruditas y críticas*. Sin conocer más que el fragmento por aquéllos publicado, trató, con sumo acierto en algunos puntos, de reconstituir su historia, sosteniendo que el primer momento de la vida del Fuero Viejo fueron las leyes dadas por el Conde de Castilla Don Sancho, y negando, apoyado en las propias palabras del prologuista, que Alfonso VIII sea su reformador más importante, pues opina que quien primero lo reformó fué Don Pedro I, completándolo y distribuyéndolo en leyes, libros y títulos. A este monarca se debe también la Carta-prólogo en que se reseñan las vicisitudes sufridas por el Fuero.

Coincidiendo con algunos de estos juicios, separándose de otros, compusieron su *Discurso preliminar* (1) los jurisconsul-

(1) «El Fuero Viejo de Castilla, sacado y comprobado con el exemplar de la misma obra que existe en la Real Biblioteca de esta Corte, y con otros m. ss. Publicanlo con notas históricas y legales los doctores D. Ignacio J. de Asso y D. Miguel de Manuel. Madrid, MDCCLXXI. Un vol. en folio de 143 páginas y LVI de Disc. preliminar.

tos aragoneses. Para ellos también es Don Sancho el autor de las primeras leyes del Fuero Viejo, que, nacido de necesidades militares y destinado en especial á la nobleza, pronto se generalizó á toda Castilla. Fernando I, el monarca que une por primera vez los cetros leonés y castellano, lo confirmó en el memorable Concilio de Coyanza (1054), y los Alfonsos VI y VII lo extendieron, dándolo á varios lugares (Toledo, Madrid, Talavera, etc.), debiéndose al último—y en esto se apartan de Burriel—el primer aumento y reforma con la promulgación del Ordenamiento de Nájera. Más honda es aún la diferencia que de aquél los separa al llegar á Alfonso VIII, pues si el sabio jesuíta niega radicalmente que el vencedor de las Navas llegase á reformar el Código castellano, Asso y de Manuel aceptan tal hecho, fundándose, asimismo, en las palabras del Prólogo. Comisionados los nobles para compilar sus fueros y leyes, y realizada prestamente la obra, los azares del guerrear continuo con los musulmanes la privaron de la oportuna sanción regia.

Al dar Alfonso X en 1255 el Fuero Real, derogó el Viejo; mas la nobleza hubo de protestar con manifiesta rebeldía, y el débil soberano restituyó la vigencia del Fuero de Castilla, vigencia que no se mermó con la publicación de las Partidas, ni luego con la del Ordenamiento de Alcalá, según se desprende, á juicio de ellos, de la ley I del tít. XXVIII de este último. Llegan así al reinado de Pedro I, y en él tornan á unirse al parecer de Burriel. Fué el discutido monarca albacea testamentario de los proyectos legislativos de su padre. De igual suerte que concluyó el Becerro de las Behetrías, comenzado por Alfonso XI, dió forma al proyecto de ordenar y modificar el Fuero de los Fijosdalgo, siendo esta nueva compilación la que ellos publicaron.

Aún hemos de ver, antes de entrar en el análisis crítico de todos los materiales, otras dos opiniones, siquiera sea brevemente: las de los Sres. Martínez Marina y Pidal.

Rechaza el primero, en su *Ensayo histórico crítico sobre la*

legislación de León y Castilla, la idea de que Don Sancho diera leyes á los castellanos, pues no hay autor, hasta la época de Carlos I, que las mencione. Quizá la circunstancia de haber sido Don Sancho el Mayor de Navarra, soberano, también, de Castilla, y el haber dado leyes comunes á ambos reinos, sea la causa de atribuir una legislación al otro Don Sancho. Hasta las Cortes de Nájera, el régimen jurídico castellano fué consuetudinario, y con tal carácter lo confirmó Fernando I en Coyanza. Curiosa es la interpretación que da á la supuesta obra de tiempo de Alfonso VIII, pues afirma que así como el Emperador dió el Ordenamiento de Nájera para los nobles, el vencido de Alarcos quiso hacer un Código *general* que *ordenó* (así dice Marina) á los nobles, pero que *fué hecho* por los Concejos. Marina no presenta prueba alguna de tan extraño aserto. Hiciera quien lo hiciera, el propio Marina dice que quedó sin sancionar. Y admite, por fin, que el Código debido á Don Pedro, en realidad no es una reforma, sino un nuevo cuerpo legal.

El Sr. Pidal, en sus *Adiciones al Fuero Viejo* (Códigos españoles de *La Publicidad*, 1847), tiene por «exacta y minuciosa» la narración del Prólogo, y opina que la naturaleza nobiliaria de este cuerpo legal se desprende del contenido de todas sus leyes. Don Sancho dió privilegios á los nobles, Alfonso VII hizo el Ordenamiento de Nájera y Alfonso VIII una compilación general que, á pesar de no haber sido sancionada, acaso por peligrosa, sirvió de guía en los juicios. Pedro I hizo la reforma que hoy conocemos.

He ahí, en el examen de tan dispares y contrarias opiniones, el punto inicial del proceso que vamos á seguir. Tenemos, pues, un dato primero de incuestionable valor: las vacilaciones, inseguridades y contradicciones en que incurren tan ilustres maestros, cuyas teorías marchan, á más, por antitéticos caminos.

Es más: los mismos publicadores, poco seguros de su obra, previendo los puntos vulnerables más salientes que ofrece, se

anticipan á rechazar los ataques, y si admitida puede ser, aunque con reparos, la explicación que dan al hecho de que no acompañara á la promulgación algún Decreto real que mandase guardar sus leyes, no puede serlo la que intentan del silencio de cronistas é historiadores. Porque no es cierto que «los historiadores de Don Pedro, aun después de haber registrado y poseído este precioso m. s. del Fuero Viejo de Castilla, con estudio y de propósito no quisieran hacer memoria de él», obedeciendo á su deseo de «ocultarnos todo lo bueno para hacer más reparable y visible hacia lo malo lo más indiferente de sus acciones», por «seguir con la pluma aquel partido de las armas que tuvo contra sí este rey». Y no es cierto, porque en la crónica de López de Ayala (á quien directamente aluden) se hallan consignados hechos de esos que creen los jurisconsultos aragoneses sistemáticamente olvidados.

Todo esto suscitó ya dudas y sospechas en el ánimo de doctísimos tratadistas, los Sres. González Llanos y Romero. Aquél, en su estudio sobre *El Espéculo* (1), alude dos veces al Fuero Viejo, y lo califica de «novela» y «Códice apócrifo»; el segundo dice que «es sólo una compilación hecha por un particular y por autoridad privada (2)».

Motivos hay, á nuestro ver, para tan severos juicios. Es el primero el que nos ofrece la propia publicación hecha por Asso y de Manuel. Enumeran las fuentes, los m. ss. de que se sirvieron, y ninguno de ellos se halla revestido de las indispensables condiciones de autenticidad. Llaman *originales* á dos de los seis Códices que compulsaron; mas á pesar de darles tal calificativo, al reseñarlos, ni nos dicen que tengan las formalidades externas que á obras de su índole acompañaba siempre, ni siquiera pueden determinar concretamente la época á que pertenecen, limitándose á decir que su letra es *antiquísima*. ¿Por

(1) Revista *Madrid*.—Tomos 6, 7 y 8, año 1845.

(2) «Estado de las personas en los reinos de León y de Castilla.»—Revista de *Ambos Mundos*, 1855.

qué esta vaguedad? ¿Por qué no indicar con la exactitud que es posible el siglo de las escrituras? ¿Merecen llamarse *originales* esos documentos? Y como los cuatro restantes (uno de los cuales puede verse hoy en la Biblioteca Nacional, signatura 431) son llamados por ellos mismos *copias*, es evidente que la investigación histórica puede poner ese pecado original en la obra dada á la estampa por aquellos escritores.

La Carta-prólogo que al frente del Código figura, nos va á suministrar copiosas é incontrastables pruebas de nuestra tesis. Ya puso de relieve algunas el mencionado Sr. Romero, y nosotros habremos de limitarnos en este esquema á señalar las de más nota.

Parece lógico que el Monarca, al promulgar el Fuero y al hacer la narración de sus vicisitudes, pusiera empeño en no incurrir en errores. Sin duda, ó Don Pedro anduvo muy escaso de datos, ó confió el trabajo á persona poco escrupulosa que, sin embargo, logró fácilmente la sanción regia para su caprichosa y desdichada labor, pues de ser auténtica tendríamos que Pedro I hace hijo (ó hija, según otros m. ss.) de Alfonso VIII á un D. Alfonso de Molina, y es lo cierto que el Monarca de las Navas no tuvo tal descendiente. ¿Tan confusas andaban las genealogías reales?

No es menos extraño que en la enumeración de las personas que concurrieron al acto en que Alfonso VIII confirmó Fueros y privilegios (en Burgos, el año 1212), figuren desempeñando cargos de tanta categoría como Merino mayor de Castilla y Mayordomo mayor de la Reina dos sujetos (D. Pedro Ferrández y D. Gonçal Ferrández) que ni Salazar cita en sus *Dignidades seculares de Castilla*, ni consta por testimonio alguno que ocuparan tan altas jerarquías.

Más dejando á un lado estos errores (y algunos otros, como la equivocación de la fecha de la batalla del Salado, etc.), de mayor trascendencia, de un valor probatorio incalculable en nuestra tesis, son las que aparecen referentes al régimen legislativo entonces vigente. Asegúrase rotundamente en el Prólogo

go, que Alfonso X dió el Fuero Real en 1255: «*dió el fuero del libro á los Conceios de Castilla... en la era mil e doscientos e noventa e tres años...*» Esto no es exacto. En esa fecha fué concedido á Aguilar de Campóo y á los nueve pueblos de su alfoz, á Peñafior, Simancas, etc.; pero antes, como se ve claramente en el otorgamiento á Aguilar, lo había dado á Cervatos, y posteriormente, en 1256, á Burgos, Santo Domingo de la Calzada y Grañón, en 22 de Marzo de 1262, á Madrid, en 1261 á Escalona, etc., etc. Y en casi todas estas concesiones se leen frases que revelan que hasta entonces se regían consuetudinariamente («*non oviera fuero fasta en el nuestro tiempo e juzgábase por usos desaguizados*»), buena prueba contra la pretendida legislación castellana de Don Sancho y de Alfonso VIII.

Errado, pues, anduvo el prologuista en cuanto á la promulgación del Fuero Real. Pero si esto no es disculpable, menos lo es aún que equivocara otro extremo relativo al mismo Código é íntimamente unido al de los Fijosdalgo. Afirma que á solicitud de los nobles, el sabio monarca hubo de derogar aquel «*el San Martín de Noviembre en la era de 1310 años*», esto es, en 1272, recobrando el segundo su vigencia. Trátase, por tanto, de un momento de importancia en la vida del Fuero Viejo; el prologuista, pues, debió ser escrupuloso en su aserto, y, no obstante, no lo fué. Sospechoso es ya que al referirse al Fuero Viejo, pretendiendo hacer á Alfonso VIII su autor, no se atreva á decirlo así, limitándose á decir que los nobles pidieron al rey «*que diese á Castiella los fueros que ovieron en tiempo del Rey Don Alfonso.*» Pero lo que es de todo punto inadmisibile, es que Alfonso X derogara en aquella fecha el Fuero Real, pues él mismo sancionó el Ordenamiento de las Cortes de Zamora de 1274 en que figuran disposiciones que aluden, para interpretarlas ó modificarlas, á las del mencionado Código. Y en 1278 y 1279 dictó, asimismo, Alfonso X varias leyes con idéntica finalidad. ¿Para qué aclarar, interpretar, complementar ó modificar los preceptos de un Código ya derogado? Es evidente, como se ve, de toda evidencia, que el

Fuero Real no fué abolido en 1272, y que mal pudo, por tanto, recobrar su vigor el Viejo. El autor de la Carta-prólogo, en esto, como en todo lo anterior, procedió con sobrada ligereza ó con harta mala fe.

Suficiente nos parece lo expuesto para dejar esta parte de nuestro trabajo. Un detenido análisis presentaría aún más errores y contradicciones; un esbozo como el que aquí hacemos, no lo permite.

Pero si es cierta, se nos dirá, la falsedad del Código publicado por los citados jurisconsultos, no quiere esto decir que el Fuero Viejo no haya existido. En efecto, así podría ser. Mas el examen de los testimonios que se aducen para probar este segundo punto, y el estudio de las circunstancias en que se dice que fué hecho el Fuero Viejo, nos llevan á una conclusión negativa.

Para hacer á Don Sancho de Castilla autor de las primeras leyes de este Código, aducen Burriel y Asso varios textos. Los capítulos VIII y XIII del Concilio de Coyanza son de los más importantes. Pero analizados, parécennos débiles fundamentos para aquella hipótesis. «... *quale fuit in diebus avi nostri Sanctii...*», dice el primero; «... *qualem fecerunt Sanctio Duci*», se lee en el segundo. Si hubiera habido ley ó fuero, ¿por qué empleó el Concilio tan vaga referencia? ¿No parece aludir más bien á prácticas consuetudinarias? De un *Forum Borgense* y de un *Foro de Comite Dompno Sancio* hablan documentos de Alfonso VI y de Alfonso VIII, con que aquellos escritores pretenden cimentar su opinión. Prescindiendo de que no nombra á Don Sancho, el primer texto prueba tan sólo la existencia de un Fuero propio de Burgos que se concedió á algunos otros lugares, y no de un Fuero general; y del segundo, sólo se desprende, como dice Marina, que Don Sancho «oponiéndose á los abusos y desórdenes introducidos en Castilla, á que llamaban *malos fueros*, administraba justicia y daba á cada uno su derecho, según prescribían las leyes góticas; y que para obligar á los castellanos á tomar las armas les con-

cedió exenciones y franquezas, conocidas generalmente con el nombre de *buenos fueros*. De aquí la frase «el de los buenos fueros», usada por el Tudense, D. Rodrigo de Rada y otros cronistas para calificar al Conde Don Sancho. El mismo Berganza, «apasionadísimo de los Condes de Castilla y celoso defensor de su soberanía», da en sus *Antigüedades de España* esta misma interpretación, asegurando que España, desde Don Pelayo hasta Alfonso X, «no reconoció otras leyes generales que las que decretaron los reyes godos».

¿Pudo ser Don Sancho autor de una legislación común ó general? No. Su reinado (de 995 á 1022) coincide con aquel azaroso y crítico momento de la reconquista hispana en que Almanzor hacía sus triunfales correrías. La agitación de la lucha, el fragor del combate, la sorpresa de los ataques, el quebranto de las derrotas, la necesidad de la defensa y el cuidado de los más perentorios menesteres, de una parte, y de otra, lo incipiente de la idea de Estado con todas sus naturales expresiones (la más difícil la legislativa), y lo rudimentario de la concepción unitaria de la vida social, no prestaban aquellas condiciones ni formaban aquel ambiente precisos, indispensables para la existencia de una legislación común ó general. Acaso tuvo muy presente todo esto el autor de la Carta-prólogo, y no dejó que su fantasía, rica y atrevida, remontara, al hacer la geneología del Código, su abolengo hasta tan apartada época.

Las palabras del tantas veces mencionado prologuista son el único fundamento de la reforma de Alfonso VIII. Ni un solo texto pueden ofrecernos Marina y Asso y de Manuel. Y ya hemos visto la confianza que debe dársele. Pero es que, además, creemos que el Prólogo no dice lo que aquéllos pretenden, sino todo lo contrario. Burriel lo prueba inconcusamente. «*E después—se lee en la carta—por muchas priesas que ovo el Rey Don Alfonso fincó el pleito en este estado, e judgaron por este fuero, segund que es escrito en este libro e por estas façañas...*» Quedó, por consiguiente, sin sanción la obra rea-

lizada con rapidez, que verdaderamente sorprende (desde 28 de Diciembre de 1212 á 6 de Octubre de 1214, en que murió el monarca, como máximo), dada la frondosidad exuberante de aquella legislación. Luego si así *fincó*, mal pudo ser el fuero y las fazañas por que juzgaran desde entonces. Y nótese, por añadidura, que se alude no á un Código, sino á una legislación varia y compleja, *este fuero y estas fazañas*. ¿Cuáles eran estas disposiciones legales que quedaban en vigor? He ahí lo que no es posible fijar con exactitud.

Y si miramos á la situación de Castilla en el momento en que se supone hecho el Fuero Viejo, aún será más firme la convicción de que no pudo hacerse. Cincuenta y ocho años contaba el monarca y cincuenta y cuatro su reinado, que todo él estuvo bien trabado de empresas bélicas y guerreros hechos; resonaba aún el estruendo épico del choque de las Navas, á cuyo regreso halló Alfonso VIII varias de sus plazas en poder del leonés, con el cual, después de tenaz lucha, ajusta generosa paz, y en 1213 emprende dos nuevas campañas contra los sarracenos. Y como último y definitivo matiz de todo ese cuadro, el hambre que en 1213 se extendió fiera por Castilla, según nos pintan gráficamente los Anales Toledanos. Calcúlese, pues, el tiempo y el reposo de que gozarían monarca, nobles y pueblo para disponer Códigos y ordenar y corregir legislaciones. *Ovieran* muchas más *priesas* de las que el prologuista vió pasadas varias centurias.

¿Fué, por fin, Pedro I el autor del Código tal como hoy lo conocemos? Indudablemente, no. Nadie nos da noticia de ello, sin que esto, como ya hemos dicho, pueda explicarse por la animosidad de sus detractores, porque frente á ellos hubo otro partido favorable al hijo legítimo de Alfonso XI, que hubiera tenido buen cuidado de registrar, ensalzar y consignar, para que las edades futuras lo conocieran, hecho tan notorio.

También es el año 1356 en que se supone hecha la reforma, uno de los más agitados del reinar de Pedro I (sucesos de Toro, guerra con Aragón, etc.). Pero es que hay un dato de mayor

valor todavía. En 1351 se reunieron Cortes en Valladolid, y de ellas salió un Ordenamiento dedicado á la nobleza, «largo capítulo de mercedes», como dice el Sr. Colmeiro, en que se confirma todo su régimen legal, sin que se aluda al Fuero de Alfonso VIII, mencionándose, en cambio, el Ordenamiento de Nájera, verdadera legislación nobiliaria entonces en vigor. ¿Cómo, pues, transcurridos tan sólo cinco años, iba á resucitar Pedro I, para cambiarle el carácter, haciéndolo aristocrático, el Código general de aquel otro soberano? ¿Es presumible, ni racional tal cosa?

Terminemos. Sinceramente pensamos que el llamado Fuero Viejo de Castilla es apócrifo, debido á un escritor del siglo XVI ó XVII. ¿Qué finalidad persiguió con la falsificación? ¿Entroncar con legítima progenie derechos y privilegios, de otra suerte desprovistos de eficacia legal y de validez jurídica? ¿Satisfacer ambiciones de poderosas familias? ¿Acaso tan sólo una vanidad profesional, revistiendo, como el juriscomento Montalvo, de ropaje legislativo un trabajo particular? Son estas conjeturas verosímiles, que en su abono cuentan con lo ocurrido en otras falsificaciones medioevales, pero imposibles, hoy por hoy, de demostrar.

JUAN RUIZ DE OBREGÓN Y RETORTILLO,

Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho.

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

XVII

Miss Bart, al salir tarde de su camarote, al día siguiente por la mañana, se encontró sola en el puente de la *Sabrina*.

Los divanes, hospitalariamente dispuestos bajo el amplio toldo, no mostraban ningún signo de ocupación reciente; se enteró por un *steward* que Mrs. Dorset no había salido aún y que los señores habían ido á tierra, cada cual por un lado, en cuanto se desayunaron. Lily se apoyó en la borda, para abandonarse á la contemplación del espectáculo que se desplegaba ante ella. Desde un cielo immaculado, el sol bañaba el mar y la costa con sus más puros rayos. Las olas refulgentes dibujaban una franja de espuma nítida á lo largo de la orilla; sobre las alturas desiguales de la ribera aparecían los hoteles y las villas entre el verde grisáceo de las olivas y eucaliptos, y allá en el fondo, las montañas desnudas, finamente dibujadas, vibraban á la luz.

¡Qué bello era todo y cuánto amaba ella la belleza! Siempre había sentido Lily que aquella sensibilidad compensaba su cierta atonía de sentimiento, y durante los tres últimos meses habíase entregado á la primera apasionadamente. La invitación de los Dorset para que los acompañase á Europa había

llegado como para librarla milagrosamente de dificultades abrumadoras; y gracias á la facultad que poseía de renovarse en nuevos escenarios, y de olvidar los casos de conciencia tan fácilmente como los medios en donde el problema se había planteado, el simple cambio de lugar le parecía no solamente un aplazamiento, sino una solución de sus preocupaciones. Las complicaciones morales no existían para ella sino en el lugar mismo en donde se produjeran; Lily no tenía la intención de descuidarlas ó ignorarlas, pero tales complicaciones perdían su realidad en cuanto cambiaba el fondo. No hubiera podido permanecer en Nueva York sin devolver á Trenor el dinero que le debía, para lo que hubiera llegado hasta pensar en su boda con Rosedale; pero el hecho accidental de haber puesto el Atlántico entre ella y sus obligaciones había bastado para hacerlas disminuir hasta perderse de vista.

Los dos meses pasados á bordo de la *Sabrina* estaban maravillosamente calculados para ayudar á esta ilusión de distancia. Lily se había sumido en nuevos espectáculos, que despertaron en ella sus antiguas esperanzas y ambiciones. El mismo crucero la había encantado como una aventura novelesca. Hallábase vagamente conmovida por los nombres y los lugares entre los que se movía, y había oído á Ned Silverton leer á Teócrito á la luz de la luna mientras que el yate costeaba los promontorios sicilianos, con un estremecimiento nervioso que afirmó su fe en su superioridad intelectual. Pero las semanas pasadas en Cannes y en Niza le habían complacido más. La satisfacción de ser bien acogida en la alta sociedad, y de hacer sentir su ascendiente, el haber sido citada una vez más como «la bella Miss Bart» en el interesante periódico consagrado á registrar los menores gestos de la sociedad cosmopolita, todo esto contribuía á rechazar al último término de su memoria las prosaicas y viles dificultades de que se había evadido.

Estaba invitada á almorzar aquella mañana por la duquesa de Beltshire, y á las doce pidió la canoa para dirigirse á tierra. Antes envió á su doncella á informarse de si Mrs. Dorset

estaba visible; pero la contestaron que estaba cansada, y trataba de dormir. Lily creyó adivinar la razón de esto: Mrs. Dorset no había sido invitada, á pesar de los esfuerzos que hizo la misma Lily. Pero su gracia era innaccesible á las sugerencias. No era culpa de Lily, si las actitudes complicadas de su amiga no concordaban con el genio de la duquesa. Esta, que era parca en explicaciones, se había contentado con decir:

—Es un poco fastidiosa, ¿sabe usted? El único que me agrada de sus amigos es ese M. Bry; es muy divertido...

Lily no tenía para qué insistir, y además no la disgustaba verse distinguida á costa de su amiga. Lo cierto es que Berta estaba muy fastidiosa desde que se había consagrado á la poesía y á Ned Silverton...

* * *

Después de almorzar, Lily siguió á sus compañeras á las salas del casino. No tenía intención de jugar; apenas tenía dinero; pero la divertía sentarse en un diván, bajo la dudosa protección de la espalda de la duquesa, que se inclinaba sobre sus puestas en una mesa próxima.

Las salas rebosaban gente, en donde se confundían las individualidades; pero Lily no tardó en ver á Mrs. Bry, que se abría resueltamente paso, como decidida á ganar un determinado puesto; Mrs. Fisher iba en pos de ella, como á remolque; pero al pasar cerca de Lily, largó su amarra y abordó á la joven.

—¿Perderla?—Contestó á la pregunta de Lily; y con una mirada indiferente hacia la figura de Mrs. Bry, que se alejaba, añadió:—Es posible... después de todo, no tiene importancia; ya la he perdido... Sí, hemos tenido una escena terrible, esta mañana; me echa la culpa de que la duquesa no acudiese á la comida... Y lo peor fué el aviso, un simple aviso por teléfono, que llegó tan tarde, que hubo que pagar la comida, y Becassin no se quedó corto en la nota... (Mrs. Fisher se sonrió al recordar la cosa.) A Luisa la pone furiosa el pagar por lo que no

PERTENECIE A LA
BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

se obtiene... No puedo hacerla comprender que es el primer paso hacia el goce de obtener aquello por lo que no se paga... Y como yo era lo primero que había á mano para romper, me hubiera hecho trizas la pobre mujer.

Lily murmuró algunas palabras de lástima. Los movimientos de simpatía le eran naturales, y por instinto ofreció su ayuda á Mrs. Fisher.

—Si puedo yo hacer algo... si se trata solamente de «atrapar» á la duquesa... La he oído decir que encontraba divertido á M. Bry...

Pero Mrs. Fisher la interrumpió con un gesto decisivo:

—Querida, tengo mi orgullo; el orgullo de mi oficio. No he podido triunfar con la Duquesa, y no puedo adornarme con las plumas de usted, á los ojos de Luisa Bry. Además, he cortado el lazo; me marchó á París, esta noche, con los Sam Gormer. Están todavía en la fase elemental; un príncipe italiano es para ellos mucho más que un príncipe, y están siempre dispuestos á tomar por tal á cualquiera. Evitarles este error es mi presente misión. (Se echó á reír de nuevo.) Pero, antes de marchar, quiero dictar mis últimas voluntades y hacer mi testamento; deseo legar á usted los Bry.

—¿A mí?—exclamó Miss Bart, regocijada también.—Es usted muy buena al acordarse de mí, querida; pero verdaderamente...

—¿Quiere usted decir que se encuentra ya provista?... (Mrs. Fisher le lanzó una mirada acerada.) Pero ¿lo está usted realmente, Lily, hasta el punto de rechazar mi oferta?

Miss Bart se puso encarnada.

—Lo que he querido decir, es que los Bry no dejarán que se disponga de esta manera de ellos.

—Lo que usted quiere decir—replicó Mrs. Fisher,—es que abandona usted despiadadamente á los Bry... y sabe usted que ellos lo saben.

—¡Carry!

—¡Oh! En ciertos puntos, Luisa tiene la epidermis muy sen-

sible. Si siquiera se las hubiera usted arreglado para hacer que les invitasen una vez á bordo de la *Sabrina*... sobre todo un día de altezas reales... Pero todavía no es tarde, ni para usted ni para ellos.

Lily sonrió.

—Quédese, y yo me encargo de lograr que la duquesa coma con ellos.

—No me quedaré: las Gormer han pagado mi salón cama—contestó Mrs. Fisher con sencillez;—pero de todos modos, haga usted que la duquesa coma con ellos.

La sonrisa de Lily se cambió de nuevo en una risita: la insistencia de su amiga empezaba á parecerle incorrecta.

—Lamento haber descuidado á los Bry... empezó.

—¿Qué importan los Bry?... En quien pienso yo es en usted—dijo bruscamente Mrs. Fisher.

Se acercó á Lily, y añadió en voz baja:

—Ya sabe usted que anoche fuimos todos á Niza. Fué una idea de Luisa...

—Sí, les vi á ustedes, al volver, en la estación.

—Pues bien; el hombre que iba en el departamento con usted y Jorge Dorset, ese horrible Dabham que escribe la *Crónica Mundana de la Riviera*, comió con nosotros en Niza. Y cuenta, á quien quiera oírle, que Dorset y usted volvieron solos, pasada media noche.

—¿Solos?... ¿Pues no estaba él con nosotros?...

Lily se echó á reír, pero dejó de reírse y se puso seria ante la mirada acusadora de Mrs. Fisher.

—En efecto; volvimos solos... pero ¿qué tiene eso de particular?... ¿Y de quién fué la culpa? La duquesa pasaba la noche en Cimiez con la princesa real. Berta se aburría en la fiesta, y se marchó pronto, citándonos para la estación. Nosotros llegamos á la hora, pero ella no volvió á parecer.

—¿Cómo que no volvió á parecer?... Pues ¿cómo vino entonces?

—Supongo que en el tren siguiente: había dos trenes su-

plementarios con motivo de la fiesta... De todos modos, sé que está sana y salva á bordo del yate, aunque todavía no la haya visto. En fin, yo no tengo la culpa de todo esto, como puede usted comprender.

—Sin embargo...—empezó á decir Mrs. Fisher; pero se interrumpió al ver que volvía Luisa, y se despidió de Lily diciendo:—No olvide usted que se la lego; en estos momentos está completamente dispuesta á acogerla.

La impresión producida en Lily por la despedida de Mrs. Fisher la siguió fuera del casino. Antes de salir dió los primeros pasos para congraciarse con Mrs. Bry. Unas frases amables, un vago murmullo sobre la necesidad de verse más á menudo, una alusión á un porvenir próximo, en el que se encontraba la duquesa tanto como la *Sabrina*, todo esto era bien sencillo, por poco tacto que se tuviera... Lily se preguntaba, y no por primera vez, por qué no usaba con más constancia de su habilidad para estas cosas. A veces lo olvidaba, quizá por orgullo. Pero hoy había sentido vagamente una razón para prescindir de su orgullo; se había humillado hasta el punto de sugerir á lord Hubert Dacey, con quien se cruzó en la escalera del casino, que decidiese la duquesa á comer con los Bry, si ella, por su parte, se comprometía á hacerlos invitar en la *Sabrina*. Lord Hubert prometió su concurso con la solicitud con la que ella podía siempre contar. En suma, el camino parecía allanarse, y, sin embargo, persistía en Lily una ligera inquietud. ¿Era—se preguntó—la casualidad del encuentro con Selden? No: el tiempo y ciertos cambios parecían haberle relegado por completo á la distancia conveniente. La súbita y exquisita reacción que siguió á las angustias de la joven, tuvo por efecto el rechazar muy lejos el más reciente pasado. El mismo Selden, que formaba parte de ese pasado, tomaba un aire de irrealidad... No, este fragmento del pasado no había emergido sino por un instante en la movediza superficie de los acontecimientos;—y ahora que se había sumergido de nuevo, la incertidumbre, la aprensión, persistían...

Hiciéronse de repente más agudas, á la vista de Jorge Dorset, que bajaba la escalinata del hotel de París y se dirigía hacia Lily á través de la plaza. Ella había pensado ir al muelle en coche y volver al yate, pero en seguida tuvo la intuición de que iba á ocurrir otra cosa.

—¿Adonde va usted? ¿quiere que andemos un poco?—dijo Dorset, haciendo la segunda pregunta antes de que Lily hubiera contestado á la primera.

Y sin esperar la réplica de ninguna, la condujo en silencio hacia el aislamiento relativo de unos jardines próximos.

Ella observó en él todos los signos de una extrema tensión nerviosa. De pronto, parándose, preguntó Dorset:

—¿Ha visto usted á Berta?

—No. Cuando desembarqué no se había levantado aún.

Él acogió estas palabras con una risa semejante al ruido de un resorte que se desprende en un reloj estropeado:

—¿No se había levantado aún?... ¿Se había acostado?... ¿Sabe usted á que hora volvió á bordo? ¡Esta mañana, á las siete!

—¿A las siete? (Lily se estremeció.) ¿Qué ocurrió?... ¿algún accidente de ferrocarril?

Él se echó de nuevo á reír:

—Perdieron el tren... todos los trenes... Tuvieron que volver en coche... Pues bien, tardaron mucho en encontrarlo... ya ve usted, á aquellas horas de la noche... (El tono de esta explicación le daba casi el aire de abogar por la causa de su mujer)... Y, cuando concluyeron por encontrar un coche, resultó que era un mal vehículo de un solo caballo... ¡y el caballo era cojo!

—¡Que contrariedad!—exclamó ella, con tanta más seriedad, cuanto que no quería ver.

Y, tras una pausa, añadió:

—Lamento mucho todos esos contratiempos... Tal vez hubiéramos debido esperar...

—¿Esperar el coche de un caballo?... Le hubiera costado trabajo traernos á los cuatro, ¿no cree usted?

Ella contestó de la única manera posible, con una risa destinada á ahogar las cosas en la interpretación humorística elegida por Dorset.

—Confieso que hubiera sido difícil... Pero hubiese sido delicioso ver amanecer.

—Sí, en efecto, el amanecer fué delicioso.

—¡Ah!... ¿Lo vió usted?

—Sí, vi amanecer desde el puente. Los esperé.

—Claro... supongo que estaría usted inquieto... ¿Por qué no me llamó usted para que compartiera su velada?

Él no contestó, y se tiró del bigote con su mano enflaquecida.

—No creo que la hubiera á usted complacido el desenlace—dijo de pronto con acento sombrío.

Lily quedó desconcertada por el brusco cambio de acento, y, en un relámpago, vió el peligro del momento, y cuán necesario le era disimular su emoción.

—«El desenlace»... Me parece una palabra demasiado enfática para un incidente tan pequeño. Lo peor, en último término, es el cansancio de Berta, pero con buen sueño se pondrá.

Lily se mantenía cuidadosamente en este tono ligero, pero vió en los ojos de Dorset que todo era inútil.

—¡No, no!... ¡no es eso!—exclamó él con el sollozo de un niño lastimado.

Y mientras que ella trataba de conciliar en un murmullo equívoco de piedad su simpatía y su resolución de ignorar las cosas, él se dejó caer en un banco, junto al que pasaban, y exhaló todo el infertunio de su alma.

Fué una hora terrible—una hora que la dejó temblorosa y ardiente, como si sus párpados hubieran sido enrojecidos por una luz demasiado viva. No fué porque no viniese ella reconociendo ha tiempo los síntomas precursores de semejante erupción; sino más bien porque, aquí y allí, durante los tres últimos meses, la superficie de la vida de ellos había dejado ver

resquebrajaduras y vapores tan siniestros, que siempre estaba ella alerta y con el temor de una catástrofe. Y la idea de que ella estaba englobada en la catástrofe, en vez de ser sencillamente un testigo, afirmábase por la manera que Dorset, entre sus denuncias furiosas y sus salvajes reacciones de desprecio hacia sí mismo, tenía de hacerla sentir lo que la necesitaba, el lugar que en la vida de él había llegado á ocupar ella. Excepto el de Lily, ¿qué oído se hubiera abierto á las quejas de Dorset? ¿Qué mano, sino la de Lily, podía llevarle al buen sentido y al respeto de sí mismo? Todo el tiempo que duró su lucha con él, tuvo ella conciencia de algo un poco maternal en los esfuerzos que hacía para guiarle, para reanimarle. Pero si él se agarraba á ella, no era para ser reanimado; era para sentir á alguien que luchara con él en el abismo; quería que ella sufriese con él, no que le ayudase á sufrir menos.

Felizmente para ambos, las fuerzas físicas de Dorset no pudieron sostener mucho tiempo su frenesí. Pronto se encontró abrumado, casi sin aliento, en un estado de apatía tan profunda y tan prolongada, que Lily llegó á temer que los transeúntes sospecharan un ataque y se parasen para ofrecer su ayuda. Pero Monte-Carlo es el lugar del mundo en que están más flojos los lazos humanos y en que menos llaman la atención las escenas más raras. Lily rompió al fin el silencio y se levantó del banco; con la vuelta de su lucidez, se dió cuenta de toda la extensión del peligro, y vió que el punto peligroso no estaba ya al lado de Dorset.

—Si no quiere usted volver, preciso es que yo vuelva... ¡No me obligue á dejarlo!—dijo con voz insinuante.

Dorset oponía una resistencia muda. Lily añadió:

—¿Qué va usted á hacer?... No se va usted á quedar sentado ahí toda la noche.

—Puedo ir al hotel. Puedo telegrafiar á mi abogado.

Se puso en pie, movido por una idea nueva.

—¡Ah! Selden está en Niza: Llamaré á Selden.

Lily contestó alarmada:

—¡No, no!

—¿Por qué no? Es abogado; hará lo mismo que otro en el caso presente.

—Lo malo de otro, querrá usted decir... Yo creí que confiaba usted en mí para que le ayudase.

—Ya lo hace usted al ser tan buena, tan paciente conmigo... Si no hubiera sido por usted, hace mucho tiempo que hubiera concluído con todo esto. Pero ahora si he concluído... usted no querrá verme en ridículo...

Lily le miró con bondad.

—Precisamente por eso...

Reflexionó un instante, y después, casi con sorpresa suya, exclamó, en un relámpago de inspiración:

—Pues bien, sea; vaya usted á ver á Selden... Tiene usted tiempo antes de la comida.

—¿De la comida?...

—Sí, la comida á bordo, no olvide usted... la retrasaremos hasta las nueve, si usted quiere.

Eran las cuatro dadas; un coche condujo á Lily al muelle, y, mientras esperaba la canoa que viniera á buscarla, empezó á preguntarse qué era lo que podía haber pasado en el yate. ¿Dónde estaba Silverton? Dorset no había dicho nada. ¿Había vuelto el joven á la *Sabrina*, ó tal vez Berta,—esta terrible alternativa hirió de pronto á Lily—abandonada á sí misma, se había ido á buscarle á tierra?...

El corazón de Lily se paralizó ante esta hipótesis. Todo su interés, hasta entonces, estaba de parte de Silverton, no solamente porque, en los asuntos de este género, la mujer se pone instintivamente de parte del hombre, sino porque el caso de él la afectaba de un modo particular. ¡Estaba tan sinceramente enamorado el pobre muchacho, y su sinceridad era de una calidad tan distinta de la de Berta, aunque ésta también estuviese enamorada á su manera! La diferencia estaba en que Berta no se inquietaba jamás sino por sí misma, mientras que él se inquietaba por ella. Pero en la crisis actual todo el peso de la

desgracia parecía caer sobre Berta, puesto que él, por lo menos, podía sufrir por ella, mientras que ella no tenía por quien sufrir, sino por sí misma. En todo caso, desde un punto de vista menos ideal, todas las desventajas de la situación eran para la mujer: así en este momento todas las simpatías de Lily eran para Berta. No quería á Berta, pero no podía dejar de reconocer que la estaba algo obligada. Así es que experimentaba la necesidad de trabajar sin otras miras que en interés de su amiga.

Ciertamente en interés de Berta había enviado á Dorset á consultar á Selden. Una vez admitido lo grotesco de la situación, había comprendido que Dorset no podía hacer nada mejor. ¿Quién sino Selden podría combinar milagrosamente la habilidad necesaria para salvar á Berta con la obligación de lograrlo?

Hasta ahora, pues, Lily sentía que había obrado bien; y esta convicción la fortificó para la tarea que la quedaba por realizar. Ella y Berta no habían tenido nunca confianzas; pero, en semejante crisis, las barreras de la reserva desaparecerían necesariamente: las rudas alusiones de Dorset á la escena de la mañana daban á Lily el sentimiento de que tales barreras habían desaparecido ya, y que toda tentativa para volverlas á poner sería superior á las fuerzas de Berta. Se figuraba á la pobre criatura temblando y esperando con ansiedad el momento en que pudiera refugiarse en el primer abrigo que se la ofreciera. Durante el corto trayecto en canoa, Lily se alarmó más que nunca ante las posibles consecuencias de su prolongada ausencia. Pero en cuanto ponía el pie en la escala del buque, pudo ver que no todos sus temores estaban fundados: en efecto, bajo el lujoso toldo de popa, la infortunada Berta, en plena posesión de su sobria y habitual elegancia, estaba sentada sirviendo té á la duquesa de Beltshire y á lord Hubert.

Este espectáculo produjo á Lily tal sorpresa, que Berta por lo menos hubo de notarla, y aquélla quedó más desconcertada

todavía por la indiferencia de la mirada que la dirigió su amiga. Pero pronto comprendió que Mrs. Dorset estaba obligada á mostrar aplomo ante los extraños, y que, para atenuar el efecto de su propia sorpresa, necesitaba dar en el acto una explicación natural. Gracias á su largo hábito de las transiciones rápidas, dijo con naturalidad á la duquesa:

—¡Ah! Creía que había vuelto usted con la princesa.

Y esta frase bastó para la persona á quien se dirigía, aun cuando no tal vez para lord Hubert.

Por lo menos dió motivo á la duquesa para explicar alegremente que iba, en efecto, en seguida á ver á la princesa; pero que antes había venido á bordo un momento para cambiar dos palabras con Mrs. Dorset, á propósito de la comida de mañana—aquella comida con los Bry, que la insistencia de lord Hubert había concluído por organizar.

Y la duquesa bromeó un poco sobre el asunto, observando Lily el valor con que Mrs. Dorset tomaba parte en la conversación. Al marcharse, lord Hubert, ya en la escala, dijo como un hombre que toma nota de los invitados:

—Por supuesto que contamos también con Dorset...

—Sí, sí, cuenten con él—contestó su mujer alegremente.

Manteniase firme hasta el fin; pero, al volverse después de haber despedido á sus huéspedes desde la borda, Lily se dijo que la careta de su amiga iba á desaparecer y á mostrarse el espanto de su alma:

Mrs. Dorset se volvió lentamente: tal vez necesitaba tiempo para fortalecer sus músculos. En todo caso, era perfectamente dueña de ellos cuando, dejándose caer en su butaca, junto á la mesa de té, dijo á Miss Bart, con un ligero matiz de ironía:

—Ya es hora de que la diera los buenos días.

Era algo enervante la sangre fría de Mrs. Dorset, y Lily tuvo que esforzarse para contestar en tono ligero:

—Traté de verla esta mañana, pero aún no se había levantado usted.

—No; me acosté tarde. Después de no haberles encontrado en la estación, pensé que nuestro deber era esperar á ustedes hasta el último tren.

Hablaba con mucha dulzura, pero con un ligero matiz de censura.

—¿Que no nos encontraron?... ¿Que nos esperaron en la estación?... (Lily estaba demasiado atónita para medir el alcance de las palabras de Berta ó cuidar de las suyas.) Pues yo creía que no habían llegado ustedes á la estación sino después de salir el último tren.

Mrs. Dorset, que la examinaba entre sus párpados entornados, contestó en seguida con esta pregunta:

—¿Quién la ha dicho eso?

—Jorge... Acabo de verle en los jardines.

—¡Ah! ¿Es esa la versión de Jorge?... ¡Pobre Jorge!... no estaba en condiciones de recordar lo que le dije... Ha tenido uno de sus peores accesos esta mañana, y le he mandado á casa del médico. ¿Sabe usted si le ha encontrado?

Lily, perdida en sus conjeturas, no contestó, y Mrs. Dorset siguió diciendo:

—Le esperará... Estaba muy preocupado... Le sientan muy mal las contrariedades, y siempre que le ocurre algo que le trastorna, tiene un acceso.

Lily exclamó, casi sin saber lo que decía:

—¡Cómo!

—Sí... el haberse visto solo con usted esta noche... Ya sabe usted, querida, en un lugar de escándalos como éste, es de una responsabilidad...

Ante este ataque tan inesperado y de tan inconcebible audacia, exclamó Lily:

—Sobre todo siendo una responsabilidad que usted le impuso...

Mrs. Dorset replicó con calma:

—¿Por no tener la maravillosa vista de descubrirles entre la muchedumbre que se precipitaba al tren?... ¿O tal vez por

no tener bastante imaginación para pensar que se marcharían ustedes... los dos solos... sin esperarnos tranquilamente en la estación?

Lily se puso roja: se le hacía evidente que Berta perseguía un fin, ateniéndose á un plan que se hubiera trazado. Pero ¿por qué perder el tiempo en esfuerzos infantiles ante la amenaza de un tal peligro? La puerilidad de la tentativa desarmó la imaginación de Lily: ¿no probaba aquello lo espantada que estaba su pobre amiga?

—Debíamos haber permanecido juntos en Niza—replicó.

—¿Juntos?... ¡Pues si fué usted la primera en largarse con la duquesa y sus amigos!... Mi querida Lily, no es usted una niña á la que se deba tener de la mano.

—No... ni reprender tampoco.

—¿Reprenderla?... ¡Dios me libre!... Trataba solamente de hacerla una observación amistosa... Pero generalmente sucede lo contrario, ¿no es verdad? Soy yo quien debe recibir consejos y no darlos: positivamente, he vivido de consejos todos estos últimos meses.

—¿Consejos?... ¿Que yo le he dado consejos?

—¡Oh! Negativos todos: lo que no hay que ser, lo que no hay que hacer, lo que no hay que ver... Me parece que los he aprendido á maravilla. Solamente, querida, que no había comprendido que entrase en mis deberes negativos el no advertir á usted cuándo lleva demasiado lejos su imprudencia.

Un estremecimiento de miedo recorrió á Miss Bart, una sensación de traición, que fué como el resplandor de un cuchillo en la oscuridad. Pero la compasión triunfó rápidamente de su recelo instintivo. ¿Qué era aquella oleada de insensata amargura, sino el esfuerzo de la criatura acosada para enturbiar las aguas por las que huye! Lily estuvo á punto de exclamar: «¡Pobre alma! No busques rodeos... Ven derecha á mí, y encontraremos una salida...»

Pero las palabras expiraron en sus labios ante la impenetrable insolencia de la sonrisa que le oponía Berta. Lily se

calló, y soportó tranquilamente el choque; después se levantó y, sin decir palabra, bajó á su camarote.

XVIII

El telegrama de Miss Bart llegó á Selden á la puerta del hotel, y, habiéndolo leído, volvió á subir para esperar á Dorset. El mensaje dejaba lugar á las conjeturas; pero todo lo que Selden había oído y visto últimamente llenaba con facilidad los vacíos. En suma, estaba sorprendido: reconocía en el caso todos los elementos de una explosión, pero su experiencia personal le había enseñado que á menudo semejantes combustiones resultan inofensivas. Sin embargo, el carácter espasmódico de Dorset y el desprecio de su mujer por las apariencias daban á la situación una gravedad particular. De todos modos, él procuraría buscar el medio de evitar un escándalo, y su deseo de evitarlo se aumentaba con el temor de que Miss Bart se mezclase en él. No había nada preciso en este sentimiento; deseaba sencillamente evitar á la joven la contrariedad de verse asociada, por indirectamente que fuese, al lavado en público de la ropa sucia de los Dorset.

Hasta qué punto sería penosa y desagradable esta operación, era cosa que veía más claramente aún, después de dos horas de conversación con el pobre Dorset. Pero á un hombre del humor de Dorset no se le podía convencer fácilmente, y Selden vió que, por el momento, todo lo que podía hacer era apaciguarle, contemporar, ofrecer su simpatía y aconsejar prudencia. Dejó marchar á Dorset después de haberle inculcado la idea de que, hasta su próxima entrevista, debía mantenerse estrictamente en una actitud que no le comprometiese á nada. Selden sabía, sin embargo, que no lograría mantener en equilibrio por mucho tiempo semejantes violencias, y prometió á Dorset verse con él al día siguiente en Monte-Carlo. Mientras tanto contaba mucho con la reacción de debilidad y

desaliento que, en semejantes naturalezas, sigue á todo gasto extraordinario de fuerzas morales; y su respuesta telegráfica á Miss Bart se redujo á estas palabras: «Obre como si no hubiera ocurrido nada.»

Dorset, como si hubiera obedecido al ruego de Lily, volvió á tiempo de comer en el yate. Esta comida fué el momento más difícil de la jornada. Dorset estaba sumido en uno de esos silencios insondables que sucedían habitualmente á lo que su mujer llamaba los «accesos». Pero su mujer, á su vez, mostraba una actitud como de ofendida, cosa que tenía asombrada á Lily. La joven se retiró temprano, y dejó solo al matrimonio, y, para aumentar lo raro del caso, transcurrió más de una hora antes de que Lily oyese en el corredor silencioso el paso de Berta que se dirigía á sus habitaciones.

Al día siguiente por la mañana, no había en apariencia nada de nuevo; nada revelaba lo que hubiera pasado entre los dos esposos. Un solo hecho proclamaba abiertamente el cambio que todos convenían en ignorar: era la ausencia de Ned Silverton. Pero había otro cambio que solamente Lily podía percibir: era que Dorset lo evitaba ahora, tan marcadamente como su mujer. Tal vez lamentaba las expansiones de la víspera; tal vez trataba, á su manera, con torpeza, de obedecer el consejo de Selden y conducirse como de ordinario.

En todo caso, el resultado fué que Lily se encontró abandonada á sus propios recursos. Mrs. Dorset permanecía invisible; Dorset había desembarcado temprano. La joven, que se sentía demasiado agitada para permanecer sola, bajó á tierra también. Al dirigirse al Casino, se unió á un grupo de conocimientos de Niza, con los que almorzó: volvía después á las salas de juego cuando se encontró con Selden que cruzaba la plaza. Se paró un momento con él para preguntarle por el asunto.

—Le he vuelto á ver hace un instante—contesto Selden.

—Pero ¿qué ha pasado?... ¿Qué pasará?

—Hasta ahora no ha pasado nada, y creo que nada pasará.

—¿Se ha arreglado todo?

—Deme usted tiempo. No estoy seguro, pero tengo buenas esperanzas.

Lily tuvo que contentarse con estas palabras, y se fué con el grupo que la esperaba.

A decir verdad, Selden se había mostrado tan tranquilizador como su conciencia le permitía; hasta exageró un poco á causa de la ansiedad que leía en los ojos de la joven. Y ahora, mientras que se dirigía á la estación, la ansiedad de Lily le perseguía como la justificación visible de la suya. No era, á decir verdad, que tuviese nada preciso: cuando declaró que creía que no pasaría nada, dijo literalmente la verdad. Pero lo que le atormentaba era que si bien la actitud de Dorset se había manifiestamente modificado, no veía con claridad á qué causa atribuir semejante modificación. Bastaba hablar cinco minutos con Dorset, para darse cuenta de que alguna influencia extraña había obrado sobre él, y que esa influencia había debilitado su voluntad, más bien que moderado su resentimiento; de suerte que, dominado por ella, moviase en un estado de apatía como un lunático peligroso bajo el afecto de una droga. Pero esto era todo lo que podía haber adivinado Selden.

Pensando en estas cosas, el joven se sentó en un banco de los jardines, y se puso á reflexionar sobre la ansiedad demostrada por Lily. Después de todo, era natural que se mostrase ansiosa: una muchacha que se encontraba colocada, en la intimidad de un crucero, entre dos esposos próximos á un desastre, no podía, además de lo que la preocupasen sus amigos, permanecer insensible á los desagradados de su propia situación. Lo peor era que, para interpretar el estado moral de Miss Bart, eran posibles numerosas y contradictorias versiones, y una de ellas, en el turbado espíritu de Selden, tomó la fea forma sugerida por Mrs. Fisher, la cual no había vacilado en insinuar que Dorset se casaría probablemente con Miss Bart, si «ocurriese algo»; y, aunque fuese conocida por la temeridad de sus conclusiones, Mrs. Fisher era bastante hábil para leer los signos

de donde las sacaba. Dorset había aparentemente demostrado un señalado interés por la joven, y su mujer, en la lucha que sostendría para rehabilitarse, podría sacar del hecho una cruel ventaja. El resultado de todas las reflexiones de Selden fué el de decidirse á procurar salvar á Lily de la catástrofe, ya que ella misma le había reclamado su ayuda.

Esta decisión le hizo volver al Casino para buscarla, pero no pudo lograrlo. En cambio, tuvo la sorpresa de ver á Ned Silverton, que daba vueltas por las salas; y su presencia aumentó los siniestros presentimientos de Selden. Bajo el peso de esta impresión volvió á la plaza, esperando que Miss Bart la cruzaría, pero esperó en vano. Iba ya á dejar aquellos lugares, cuando tropezó con Mrs. Bry y lord Hubert. Les interrogó, y supo por el último que Miss Bart acababa de volver á la *Sabrina*, acompañada por Dorset. Esta noticia le desconcertó tan visiblemente, que Mrs. Bry, después de una mirada de su compañero, le propuso que fuese á comer con todos ellos aquella noche.

—A casa de Becassin... una comida en honor de la duquesa—añadió.

*
*
*

El sentimiento que tenía Selden del privilegio que se le confería al admitirle en semejante sociedad, le llevó pronto á la puerta del restaurant; se detuvo para escrutar las filas de los comensales que venían por la terraza brillantemente iluminada. Por fin, aparecieron las personas á quienes esperaba, y pudo cambiar unas cuantas palabras con Lily.

—Me he quedado para ver á usted—la dijo,—para suplicarla que deje usted el yate.

—¿Dejar?—preguntó con sorpresa la joven.—¿Qué quiere usted decir?... ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Pero si ocurriese algo, ¿para qué ha de encontrarse usted mezclada en ello?

Lily calló un momento, y después replicó:

—No ocurrirá nada, estoy segura; pero mientras que quede una duda, ¿cómo puede usted pensar que deje á Berta?

Selden insistió:

—No olvide usted que debe usted pensar en sí misma.

Lily, mirándole y con voz triste, contestó:

—¡Si viera lo poco que me importa!...

—Pues bien, no ocurrirá nada—dijo él, como para tranquilizarse á sí mismo.

—Nada, absolutamente nada—replicó ella.

Y se unieron al grupo.

En el restaurant lleno, mientras que tomaban puesto en la mesa iluminada de Mrs. Bry, su confianza pareció fortalecerse con la familiaridad de los que les rodeaban. Dorset y su mujer estaban allí, presentando una vez más en el mundo sus rostros habituales. El simple hecho de mostrarse así juntos, parecía poner fuera de duda que su diferencia se había arreglado, aunque el cómo se prestase todavía á conjeturas. Pero, por el momento, Miss Bart descansaba confiada en tal resultado, y Selden trató de hacer lo mismo.

La comida era un triunfo, que se reflejaba en la visible satisfacción de Mrs. Bry, la cual sonreía á todos sus invitados, acentuándose su sonrisa, con expresión de gratitud, cuando se dirigía á Lily. Selden, que lo observó, se preguntaba qué parte había tenido Miss Bart en la organización de la fiesta. La comida se había prolongado, gracias á los excepcionales cigarrillos de M. Bry y á un extraordinario cortejo de licores. Por fin, comenzaron las despedidas. Los Stepney, cuyo automóvil estaba á la puerta, propusieron llevar á los Dorset y Miss Bart hasta el muelle. La oferta fué aceptada, y Mrs. Dorset se alejó, seguida de su marido. Miss Bart se había quedado atrás, despidiéndose de Lord Hurbet, y Stepney la dijo:

—¿Vamos, Lily?

En aquel momento, Mrs. Dorset se volvió y articuló secamente estas palabras:

—Miss Bart no vuelve al yate.

Los ojos de todos los presentes demostraron el mayor asombro; Mrs. Bry se puso como la grana; Mrs. Stepney se deslizó nerviosamente detrás de su marido; Selden palideció intensamente.

Dorset, tembloroso, balbució:

—¡Berta!... ¡Miss Bart!... Aquí hay un error...

—Miss Bart se queda aquí—replicó su mujer con voz cortante.—Y creo, Jorge, que no debemos hacer esperar á Mrs. Stepney.

Miss Bart, durante este rápido cambio de palabras, había permanecido admirablemente tranquila y erguida, ligeramente aislada del grupo que la rodeaba perplejo. Palideció bajo el choque del insulto, pero la descomposición de los rostros circundantes no se reflejaba en el suyo. Por la virtud de su sonrisa desdeñosa, parecía fuera del alcance de su adversario, y únicamente después de hacer sentir bien á Mrs. Dorset la distancia que las separaba, se volvió para tender la mano á Mrs. Bry.

—Estoy citada con la duquesa—dijo,—y me ha parecido más cómodo quedarme en tierra esta noche.

Sostuvo con firmeza la mirada incierta de Mrs. Bry, mientras que le daba esta explicación; pero, después, Selden la vió aventurar una ojeada á las caras de las otras mujeres. Ella leyó la incredulidad en sus miradas, así como en la muda bajeza de los hombres refugiados tras ellas, y, durante un segundo, Selden la sintió temblar al borde del abismo. Pero, al fin, recobró su sonrisa, y con acento firme dijo:

—Señor Selden, me ha prometido usted acompañarme á buscar un coche...

Afuera el cielo estaba tempestuoso y cubierto, y á poco de salir Lily y Selden cayeron algunas gotas. La ficción del coche había sido tácitamente abandonada; marcharon en silencio hasta un lugar más sombrío, y, deteniéndose junto á un banco, dijo Selden:

—Sientése usted un momento.

Sentóse ella sin contestar, pero el foco eléctrico que lucía próximo iluminaba la agitación y la angustia de su rostro. Selden se sentó á su lado, esperando que ella hablase, temiendo que todas las palabras que él pudiese elegir fuesen demasiado rudas, impedido también de expresarse libremente por la lamentable duda que poco á poco se había formado en él. ¿Cómo habría llegado ella á semejante situación? ¿Qué debilidad la había tan abominablemente puesto á merced de su enemiga?... ¿Y por qué Berta Dorset se había convertido en enemiga, en los momentos mismos en que tan evidentemente necesitaba de su sexo?... De repente cayó en la cuenta de que su silencio debía parecer tan acusador como el de los hombres á quienes había despreciado, pero antes de que pudiese encontrar las palabras oportunas, rompió ella el silencio, preguntando:

—¿Conoce usted un hotel tranquilo? Puedo enviar en busca de mi doncella mañana por la mañana.

—¿Un hotel aquí, al que pueda usted ir sola? Es imposible.

—¿Qué es lo posible entonces? Hace demasiada humedad para dormir en los jardines.

—Pero habrá alguna casa...

—¿A la que yo pudiera ir?... Claro que sí... una porción... pero á esta hora... Como usted ve, mi cambio de plan ha sido bastante brusco.

—¡Dios mío!... ¡si me hubiera usted escuchado!—exclamó él, que en su impotencia llegaba á una explosión de cólera.

Ella le contestó dulcemente burlona:

—¿Pues no lo he hecho?... Me aconsejó usted que dejara el yate; ya lo he dejado.

Vió entonces Selden, con cruel remordimiento, que no tenía ella intención ni de explicarse, ni de defenderse; que, por el miserable silencio de él, había perdido toda probabilidad de ayudarla y que la hora decisiva había pasado.

Lily se levantó; permaneció en pie ante él, en una especie de majestad velada, como una reina destronada que parte con tranquilidad para el destierro.

—¡Lily!—exclamó él en un tono de llamamiento desesperado.

Pero ella le repuso con dulzura:

—¡Oh! Ahora no.

Después, con toda la amenidad de su calma recobrada, añadió:

—Puesto que es preciso que encuentre un abrigo en alguna parte, y ya que es usted bastante amable para ayudarme...

Él reaccionó entonces.

—¿Hará usted lo que yo le diga? No hay más que una cosa que hacer: es preciso que vaya usted en seguida á casa de sus primos los Stepney.

—¡Oh!—murmuró ella con un movimiento de resistencia instintiva.

Pero él insistió:

—Venga... Es tarde, y es preciso que parezca que ha ido usted á casa de ellos directamente.

Ella hizo otro ademán de protesta.

—No puedo... no puedo... Eso no... No conoce usted á Gwen: no me pida eso.

—Es necesario... es preciso que me obedezca usted...

—¿Y si ella se niega?

Él no pudo más que replicar:

—Tenga confianza en mí.

Tomaron un coche, y no volvieron á hablar durante el trayecto. Al llegar al hotel en que paraba Stepney, Selden bajó solo y Lily se quedó esperando en el coche.

Poco después Selden aparecía de nuevo, en compañía de Stepney, el cual le dijo en el vestíbulo con un postrer sobresalto de repugnancia:

—Queda convenido, ¿eh? Ella se marchará mañana en el primer tren... y mi mujer está durmiendo, y no hay para qué molestarla.

XIX

Los cortinones del salón de Mrs. Peniston estaban echados contra el abrumador sol de Junio, y, en la media luz sofocante, las caras de los parientes reunidos tenían una sombra de tristeza muy correcta.

Allí estaban todos los Van Alstyne, los Stepney, los Melson, hasta uno ó dos Peniston vagamente deudos, que acusaban, con un luto menos severo, el hecho de un parentesco más lejano y esperanzas menos vivas.

Jack Stepney, en su calidad de sobrino más rico, demostraba su importancia, mientras que la actitud de fastidio de su mujer proclamaba el desdén de la heredera hacia la insignificancia de los intereses en juego. Gracia Stepney murmuraba sentimentalmente á Mrs. Melson:

—Me sería muy penoso ver en manos ajenas ese paisaje del Niágara.

En esto se abrió la puerta, y apareció Lily acompañada de Gerty Farish. Los rostros de las mujeres expresaron los más ambiguos sentimientos. Mrs. Stepney inclinó la cabeza negligentemente, y Gracia la indicó con gesto fúnebre un asiento á su lado. Pero Lily, atravesando serenamente la habitación, fué á sentarse en una butaca apartada.

Era la primera vez que la joven se encontraba en presencia de su familia desde su regreso de Europa, que databa de quince días; pero si percibió alguna incertidumbre en la acogida, no sirvió sino para añadir un matiz de ironía á la habitual serenidad de su actitud. La impresión que recibió, al enterarse en el muelle, por boca de Gerty Farish, de la muerte de su tía, fué atenuada en seguida por el irrepreensible pensamiento de que ahora, por lo menos, podría pagar sus deudas.

Empezó el acto legal: el notario comenzó la lectura del testamento.

Los criados figuraban en primer término; después algunas

instituciones benéficas; luego diversos Melson y Stepney más ó menos lejanos; ahora Lily oyó su nombre:

«A mi sobrina Lily Bart, diez mil dólares.»

Después el notario se perdió en una serie de períodos ininteligibles de los que la conclusión brotó con extraordinaria claridad.

«... Y el resto de mis bienes á mi querida prima Gracia Julia Stepney.»

Hubo un murmullo de sorpresa, á duras penas reprimido por la solemnidad del acto. Lily conservó su serenidad, sintiéndose por primera vez completamente sola. Nadie la miraba, nadie parecía advertir su presencia: ella sondaba todas las profundidades de la insignificancia; se levantó mientras que todas rodeaban á Gracia Stepney, y salió dignamente en compañía de Gerty.

*
*
*

Al llegar á la salita de Gerty, Lily se dejó caer en una silla, con una sonrisa irónica: chocábale la rara coincidencia que el legado de su tía representaba exactamente lo que debía á Trenor. La necesidad de pagarle era urgentísima para Lily desde su regreso á América, y este pensamiento lo expresó preguntándose en alta voz:

—¿Y cuándo se pagarán los legados?

Mrs. Farish, que estaba indignada, exclamó:

—¡Oh, Lily! Es injusto, es cruel... Gracia debe comprender que no tiene derecho á todo ese dinero.

—¿Por qué no?—contestó filosóficamente Miss Bart.

—Pero su tía de usted daba á entender á todo el mundo que sería usted...

Gerty se quedó cortada, y Miss Bart se volvió hacia ella, y dijo:

—Gerty, sea usted franca: ese testamento ha anulado á otro anterior, y ese testamento lo hizo no hace seis semanas; sabría mi ruptura con los Dorset.

—Claro es que todo el mundo supo que hubo algún disgusto entre ustedes...

—Supo que Berta me echó del yate.

—¡Lily!

—Eso fué lo que sucedió. Dijo que yo trataba de casarme con Jorge Dorset. Lo hizo para convencerle que estaba celosa.

—¿No es eso lo que contó á Gwen Stepney?

—No sé... yo no escucho semejantes horrores.

—Pero yo necesito escucharlos, es preciso que sepa adónde he llegado. Gerty, necesito saber exactamente lo que se dice de mí. ¿Van á cortar conmigo?

—¿Cómo pudo usted creer eso de sus amigos?

—Pero ¿qué amigos he de tener en semejantes momentos? Nada más que usted; y aun así, Dios sabe lo que pensará usted de mí.

—¡Siempre será usted la misma para mí!

—Por supuesto, que todo lo que hagan me hubiese tenido sin cuidado si hubiese tenido dinero.

—¡Oh!

—Sí, mi querida amiga; porque, en primer término, no se hubieran atrevido á ignorarme por completo; y aunque me hubiesen ignorado, la cosa no hubiera tenido importancia, puesto que yo habría sido independiente. Pero ahora...

—¿Cómo puede usted hablar así, Lily? Claro es que ese dinero hubiera debido ser de usted, pero la cuestión no cambiaba por eso. Lo esencial...

Gerty se detuvo, y después continuó con firmeza:

—Lo esencial es que se justifique usted, que cuente usted á sus amigos la verdad entera.

—¿La verdad entera? (Mrs. Bart se echó á reír.) ¿Qué es la verdad? En el caso presente, es mucho más fácil creer la versión de Berta Dorset que la mía, porque tiene una gran casa y un palco en la Ópera, y es cómodo estar en buenos términos con ella.

Miss Farish la miraba con ansiedad, y preguntó:

—Pero ¿cuál es en realidad la historia de usted, Lily?

—¿Mi historia?... Ni yo misma creo conocerla... Es que yo no he pensado nunca en preparar una explicación de antemano como Berta...

—Yo no la pido una versión preparada de antemano... yo la pido que me cuente usted exactamente lo que ha pasado, desde el principio.

—¿Desde el principio? El principio habría que irlo á buscar á mi cuna, á lo que creo... en la manera con que fuí educada, en las casas que me enseñaron á querer... ¡Tampoco, no! No quiero echar á nadie la culpa de mis faltas.

Calló Lily; pero, ante la persistencia de la mirada de Gerty, añadió con impaciencia:

—Me ha preguntado usted la verdad... Pues bien, la verdad es que cuando se habla de una joven, está perdida, y cuando más se explique su caso, peor cariz toma...

*
* *

En su cuarto del hotel, adonde fué al desembarcar, Lily examinó aquella noche la situación. Era la última semana de Junio, y ninguno de sus amigos estaba en la ciudad. Por la primera vez en su vida se encontraba absolutamente sola, aparte Gerty Farish. Ni aun en los momentos de su ruptura con los Dorset, sintió tan vivamente las consecuencias; porque la duquesa de Beltshire, advertida de la catástrofe por lord Hubert, la ofreció en seguida su protección, y, á su amparo, Lily realizó una marcha casi triunfal á Londres. Se hubiera estado gustosa más tiempo en una sociedad que no la pedía más sino que la divirtiese y la agradase; pero Selden, antes de separarse de ella, insistió sobre la necesidad urgente de que volviera pronto á casa de su tía; y lord Hubert abundó en el mismo sentido. Lily se decidió por fin, aunque con sentimiento, á volver á América; pero, en cuanto llegó, comprendió que había tarda-

do en hacerlo: los Dorset, los Stepney, los Bry, todos los actores y espectadores del desdichado drama, la habían precedido con sus versiones; y aunque hubiera tenido la menor probabilidad de hacerse oír, se lo hubiera vedado un sentimiento de desdén ó repugnancia. Sabía que ni con explicaciones ni contra acusaciones podía recobrar nunca su posición perdida; pero aun cuando hubiera tenido la menor confianza con su eficacia, hubiera sido contenida por el sentimiento que la impidió defenderse ante Gerty, sentimiento compuesto mitad de orgullo, mitad de humillación. Sabía que había sido implacablemente sacrificada á la resolución tomada por Berta de reconquistar á su marido, y aunque sus relaciones personales con Dorset no hubiesen traspasado los límites de la buena amistad, habíase dado perfectamente cuenta, desde el principio, que su papel, en aquel asunto, era como lo había brutalmente definido Carry Fisher: distraer de su mujer la atención de Dorset.

Veía también la serie de consecuencias que resultaban de su caso; y estas consecuencias se hacían más claras, á medida que se prolongaba su estancia en la ciudad. Permanecía en ella, de una parte, á causa de la confortante vecindad de Gerty Farish, y de otra, porque no sabía adónde ir. Comprendía bastante bien la naturaleza de la tarea que tenía ante ella; necesitaba dedicarse á reconquistar poco á poco la posición que había perdido; y el primer paso por ese penoso camino era averiguar lo más pronto posible con cuántos amigos podía contar. Sus esperanzas se concentraban, sobre todo, en Mrs. Trenor, que tenía tesoros de indulgencia ó de tolerancia para los que la divertían ó le eran útiles. Pero Judy, que debía sin embargo estar enterada de la vuelta de Lily, no le había ni siquiera enviado el pésame de reglamento por la muerte de Mrs. Peniston. Todo avance por parte de Lily podía ser peligroso; no le quedaba otra cosa que esperar la casualidad de un encuentro accidental.

A este efecto, se mostró asiduamente en los restaurants

que sus amigos frecuentaban; escoltada por Gerty, almorzaba lujosamente, como ella decía, sobre su herencia.

—Mi querida Gerty, no querrá usted que el mozo advierta que no tengo para vivir sino el legado de mi tía. Piense en la satisfacción de Gracia Stepney, si viniera aquí y nos encontrara almorzando un poco de carnero y té... ¿Qué entremeses tomaremos hoy?

Dejó caer la lista bruscamente, coloreándose sus mejillas, y Gerty, siguiendo su mirada, vió un grupo que avanzaba, procedente de una sala interior: en primer término, venían Mrs. Trenor y Carry Fisher. Era imposible que aquellas señoras y sus acompañantes—entre los que Lily distinguió en seguida á Trenor y Rosedale—salieran sin pasar junto á la mesa en que estaban las dos amigas. Miss Bart, como sostenida por el ritmo elástico de su gracia, dió al encuentro el giro natural que sabía dar á las situaciones más tirantes. No tuvo igual aplomo Mrs. Trenor, y su azoramiento se manifestó por una mezcla de efusiones exageradas y de imperceptibles reservas. Afirmó altamente el placer que experimentaba al ver á Miss Bart, pero en forma de generalización nebulosa, que no comprendía ninguna cuestión sobre su porvenir ni la expresión de un deseo muy definido de volverla á ver. Lily, versada en el lenguaje de estas omisiones, sabía que eran igualmente inteligibles para los otros miembros del grupo. El mismo Rosedale, excitado por el honor de encontrarse en semejante compañía, tomó en seguida el tono de la cordialidad de Mrs. Trenor, y lo reflejó en la manera de abordar á Miss Bart. En cuanto á Trenor, rojo y molesto, cortó en seco los saludos, con pretexto de ir á dar un recado al dueño del establecimiento, y el resto del grupo no tardó en marcharse.

Todo esto no duró más que un instante, pero bastó á Miss Bart para medir su destino. Si Mrs. Trenor tomaba la iniciativa, todo el mundo la seguiría; y Lily tuvo la sensación del naufrago que ha hecho vanas señales á un buque que se aleja.

Recordó, en un relámpago, á Mrs. Trenor quejándose de la

rapacidad de Carry Fisher; ¿no probaba esto que estaba extraordinariamente al tanto de los asuntos personales de su marido? Entre el amplio y tumultuoso desorden de la existencia de Bellemont, en donde nadie parecía tener tiempo de observar á su vecino, y en donde las tendencias individuales y los intereses personales pasaban inadvertidos en la corriente de las actividades colectivas, Lily se había creído al abrigo de una vigilancia molesta; pero si Judy sabía cuándo daba dinero su marido á Mrs. Fisher, ¿era verosímil que ignorase la misma operación hecha por Lily? Si se cuidaba poco de las afecciones que pudiera tener su marido, era en cambio muy celosa de su bolsillo; y Lily leyó en este hecho la explicación de su frialdad. El resultado inmediato de estas conclusiones fué la vehemente determinación de pagar su deuda á Trenor. Una vez libre de esta obligación, no le quedaría del legado de Mrs. Peniston sino unos mil dólares, y nada más para vivir que su pequeña renta, infinitamente menor que la de Gerty Farish; pero esta consideración cedió ante la reivindicación imperiosa de su orgullo herido. Ante todo necesitaba estar en paz con los Trenor; después, pensaría en el porvenir.

En su ignorancia de los trámites legales, supuso que el legado se lo pagarían á los pocos días de la lectura del testamento; esperó un poco, con ansiedad; después escribió para inquirir la causa del retraso. Hubo otro intervalo antes de que el notario de Mrs. Peniston, que era al mismo tiempo uno de los ejecutores testamentarios, le contestase que se habían suscitado ciertas cuestiones respecto á la interpretación del testamento; él y sus colegas no estarían en condiciones de pagar los legados antes de los doce meses que la ley les concedía por reglamento. Asustada é indignada, Lily resolvió intentar una gestión personal; pero volvió de su expedición con el sentimiento de la impotencia de la belleza y del encanto contra los procedimientos insensibles de la ley. Parecíale intolerable vivir un año todavía bajo el peso de su deuda; y, en este extremo, decidió dirigirse á Gracia Stepney. Comprendía lo amar-

go de esta gestión, pero lo otro era más amargo todavía, y una mañana se presentó en casa de Mrs. Peniston, en donde Gracia se había instalado provisionalmente.

Lo raro de entrar como suplicante en una casa en la que durante tanto tiempo mandó, avivó en Lily el deseo de abreviar la prueba; y, en cuanto se presentó Miss Stepney, la visitante fué derecha al objeto: ¿consentiría aquélla en adelantarla el importe del legado?

Gracia, en respuesta, se puso á gemir y á asombrarse de la petición; deploró que la ley fuese inexorable, y manifestó su sorpresa de que Lily no hubiese comprendido la exacta semejanza de sus situaciones. ¿Se figuraba que solamente se había diferido el pago de los legados? La misma Miss Stepney no había cobrado nada de su herencia, y pagaba un alquiler—sí, ¡un alquiler!—por el privilegio de habitar una casa que la pertenecía. Estaba segura de que todo eso no estaba conforme con los deseos de la pobre prima Julia—se lo había dicho bien claro á los ejecutores testamentarios, pero eran inaccesibles á la razón, y no quedaba otro recurso que esperar. Que Lily, como ella, tuviera paciencia; que recordaran ambas la admirable paciencia de que siempre dió pruebas la prima Julia.

Lily hizo un movimiento que no acusaba conformidad, y dijo:

—Pero de usted será todo, Gracia: le sería fácil pedir prestado diez veces más de lo que yo la pido.

—¿Prestado?... ¿Fácil para mí? (Gracia Stepney se irguió, llena de una sombría cólera.) ¿Cómo puede usted creer, ni por un instante, que yo iba á consentir en tomar dinero sobre la herencia de mi prima, cuando sé perfectamente el indecible horror que tenía por toda operación de ese género? Además, Lily, si se empeña usted en saber la verdad, la diré que la idea de que usted tenía deudas fué lo que produjo su enfermedad... Recordará usted que tuvo un ligero ataque antes de que usted se marchara... ¡Oh! Yo no sé los detalles, no quiero saberlos... pero corrían acerca de usted rumores que la hacían muy des-

graciada... Nadie que la viera podía dejar de observarlo... Tanto peor si la ofendo á usted al decir esto ahora... Si puedo hacer que comprenda usted la locura de su conducta, y lo que ella la desaprobaba, me parecerá que es el verdadero medio de consolarla un poco de su pérdida.

EDIT WHARTON

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: La fortuna de Medea.—BELLAS ARTES: La sátira de las costumbres de la iconografía medioeval.—CIENCIAS SOCIALES: La mortalidad, según la edad y la duración de la vida económica productiva.—COSTUMBRES: Las casas de juego en el siglo de Luis XIV.—CRÍTICA: La canción de Herrera «Por la victoria de Lepanto».—IMPRESIONES Y NOTAS: La risa en la mujer.—La alimentación humana.—Las indemnizaciones de los diputados.—Bossuetiana.—Los siete defectos de las novelas japonesas contemporáneas.—Pedagogía moderna.

LITERATURA

LA FORTUNA DE MEDEA.—Si la maga de Cólquida, dice Cesar Levi en *La Rivista d'Italia*, no fué demasiado afortunada en sus relaciones cónyugales con Jason, ha tenido en cambio, después de muerta, gran fortuna... en el teatro.

Recordemos ante todo la leyenda. Jason, á la cabeza de los aeronautas, marcha á la conquista del Vellochino de oro. Medea, enamorada de él, le promete, con tal de que se case con ella, hacerle salir vencedor de la ardua empresa, y así lo hace mediante sus artes mágicas, casándose con Jason, matando á su hermano Asirto y esparciendo sus miembros por el camino, para que su padre, que la sigue, se entretenga en recogerlos y no la pueda alcanzar en su fuga con Jason. Llegados á Corinto, Jason repudia á Medea y se casa con Glauca, hija del rey Creonte; Medea, expulsada de Corinto por el rey, obtiene la gracia de permanecer un día más, y lo aprovecha para enviar á Glauca un vestido y una corona de oro; Glauca se lo pone, y

muere consumida por un fuego interior; su padre la abraza, y, contagiado por el maleficio, muere con ella; no contenta todavía con esta venganza, Medea mata á los hijos que tuvo con Jason, y parte para Atenas en una carroza tirada por dragones alados, que la había regalado el Sol, y allí se casa con Egeo, hijo de Pandion.

Esta trama trágica es la explotada por los poetas. Eurípides la consagró una de sus mejores obras, maravillosa en la pintura de los afectos, y que sirvió de modelo á Séneca y á todas las tragedias inspiradas en aquel asunto en los siglos xiv y xv. En el concurso dramático en que tomó parte Eurípides, el primer premio fué concedido á Euforión y el segundo á Sófocles; Eurípides obtuvo el tercero con trabajo, con lo que quizá el pueblo de Atenas quiso demostrar que no eran de su agrado las reformas introducidas por el poeta. La obra maestra sobre Medea fué, en el teatro griego, la de Eurípides, que, encariñado con el asunto, no sólo lo trató en esa obra, sino en *Los Peliádeos* y en la tragedia *Egeo*, hoy perdida, que es como una continuación de *Medea*, en la que la protagonista persuade á Egeo, rey de Atenas, con quien se había casado, á propinar un veneno á Teseo, hijo de Egeo y de Etra, con el pretexto de que conspiraba contra ella; pero cuando Egeo está á punto de darle el veneno, se fija en las armas que le había dado Etra para poderlo reconocer, y convencido de la perfidia de Medea, la expulsa de la Atica.

Esquilo trató también de Medea en *Las nodrizas de Dionisio*, cuyo asunto principal no es, sin embargo, el mito de Medea, sino el de Dionisio. Mayor desarrollo dió Sófocles al mito en sus tragedias *Los Cólquidas* y *Los Scitas*. Arreglos de la *Medea* de Eurípides son los de Neufronio de Sicion, de cuya tragedia sólo quedan tres fragmentos; de Melancio, de quien Aristófanes parodió dos versos de su comedia *La Paz*, y de Damoloco, que escribió 14 tragedias, de las que sólo tres son conocidas. También tomaron este asunto para otras tragedias Diceógines, Eurípides el joven, Queremone, Antifonte, Carci-

no y Diógenes, el filósofo, sin contar las parodias que de estas tragedias, y especialmente de la de Eurípides, escribieron Stratides, Casitaro y Fililio, del teatro antiguo; Antifanes y Eubulo del teatro medio, y Difilo, del nuevo.

En el teatro latino no se cuentan menos de seis autores que hayan tomado á *Medea* por tema de sus obras. El más antiguo es Ennio (239 á 169 a. C.), que escribió una *Medea exul*, sacada de la de Eurípides, y, según algunos, otra tomada del *Egeo*. Sigue luego la *Medea* de Lucio Accio (70-89 a. C.), de la que Cicerón cita un fragmento bellísimo. Luego está la *Medea* de Ovidio, desgraciadamente perdida y muy alabada por Quintiliano, y se dice también que hasta Mecenas había compuesto una *Medea*. Después nos encontramos con la de Séneca, y, por último, las de Curiacio Materno y Anneo Lucano.

La más afortunada de las Medeas latinas fué la de Séneca, imitación de la griega, pero original en algunos episodios. Puede afirmarse que la mayor parte de las tragedias que sobre el mismo asunto nos ofrece el teatro moderno son libres imitaciones de Séneca. Sólo sus traducciones y adaptaciones son innumerables, siendo las más notables entre las italianas las de Hector Nini (Venecia, 1622), Jorge María Rappanini (Colonia, 1602), Benedicto Pasqualigo (Venecia, 1730) y Juan Chiarini (Florencia, 1849).

En la Edad Media merecen citarse una comedia latina del siglo XIII, *La suerte de Medea*; una fiesta de 1389, en que se figuró en Milán la historia de *Jason y Medea*; otra *Historia de Jason*, representada en Roma en 1473, y el poema del trovador Raul Lefèvre, que trató también del mismo asunto de *Medea*.

En el Renacimiento no fué menor la fortuna de *Medea*. Limitándose Levi á recordar las tragedias impresas durante el siglo XVI, cita la *Medea* del obispo Coriolano Martirano de Cosenza; la de Maffeo Galladey (Venecia 1558), imitada de Eurípides, pero con algunos personajes más; la de Ludovico Dolce, libre imitación de Séneca, de la que se hicieron muchas ediciones; la inglesa, de Studley; otra portuguesa, impresa en Coim-

bra en 1560; la francesa, de Juan Bastier, concluída en 1557 por Scévola de Sainte Marte; la de Chaudio Binet, representada en 1577; y la *Medea* de Pedro Corneille, la primera tragedia escrita por el gran dramaturgo francés. Imitación de la de Séneca, la es superior en la pintura del carácter de *Medea*, y ofrece la novedad del personaje de Polus, que viene á sustituir el coro de la tragedia griega.

La *Medea* de Corneille, representada trece veces por la compañía de Molière, fué olvidada por la del barón de Longepierre, escrita en estilo enfático y declamatorio, friamente acogida al principio, aunque representada por la célebre Champmeslé, y con gran éxito, treinta y cuatro años después, gracias á la Valincourt; de ella se hicieron varias parodias, como la *Medea y Jason*, de Dominique Riccoboni y Romagnosi; la de Dominique, titulada *La mala mujer*, y la de un tal Carolet. De la tragedia de Corneille, sacó además su hermano Tomás un libreto de ópera para Charpentier. Esta es la primera *Medea* lírica representada en la Opera el 4 de Diciembre de 1693, con mediano éxito.

En España, Francisco de Rojas, uno de los seis grandes poetas dramáticos del siglo xvii, había también escrito sobre el mismo argumento *Los encantos de Medea* (1645).

En Italia comienza el drama por la *Medea desterrada*, del boloñés Melchor Goppio, representada en la sala del autor. Una *Medea* en Atenas, drama para música, de Zanettini, con letra de Aureli, se separó de la *Medea* clásica, y fué representado en Venecia en 1675, y trece años después sirvió, con el título de *Teseo en Atenas*, para la inauguración del teatro ducal de Parma. En 1662 se celebró en la corte de Baviera una gran fiesta, en la que figuró, después de una obra musical, *Fedra coronada*, de un drama guerrero, *Antiopa justificada*, un drama de fuego, *Medea vengativa*.

En el siglo xviii abre la serie de las Medeas, *Medea y Jason*, del abate Pelegrín, con música de Salomón. ¿Quién había de creer que sobre el mito de *Medea* se pudiera componer un

baile-pantomima? Pues eso es lo que compuso Noverre, maestro de baile, con música de Bocquet, con tal éxito, que el baile *Medea* pasó de la corte de Wurtemberg á toda Europa, representándose en París en 1780. La *Medea* de Cherubini que hoy se representa en la Scala de Milán con libreto de Hoffmann, se estrenó en París el 13 de Marzo de 1797, siendo admirada por Beethoven. Esta *Medea* inició la gran reforma de la ópera. Cherubini no era simpático á Napoleón. Una vez que el gran general alababa ante él á Paisiello y á Zingarelli:—Pase por Paisiello—no pudo menos de exclamar Cherubini;—pero Zingarelli...—Tenéis mucho ingenio Cherubini, dijo el Emperador, pero vuestra música es demasiado rumorosa.—Comprendo, replicó Cherubini; á vos os gusta la música que no os impida pensar en los negocios de Estado.—Napoleón no perdonó nunca al artista aquella audaz respuesta.

También se tiene noticia de una *Medea* en tres actos, de un tal Clement de Dijon, de la que se sabe que se representó una sola vez en la Comedia Francesa en 1779. Del drama musical del abate Pelegrín sacó Juan Palazzi el libreto de su ópera *Medea y Jason*, con música de Francisco Brusa, siendo representada en Venecia en el carnaval de 1725; el mismo libreto le sirvió para otro drama musical, con el título del *Vellocino de oro*, y música de José Scolari, representada en 1749, también en Venecia.

En otro drama musical de Comante Eginetico Castore Arcade (Frugoni), *Medea* se reconcilia con Jason y canta con él un dueto de amor; se representó con el nombre de *Medo*, y música de Vinci, en el teatro ducal de Parma en 1728.

Todavía quedan en el siglo XVIII (y Levi, á pesar de lo completo de su trabajo, se deja bastante en el tintero) una *Medea* del conde Juan Artico de Porcia (Venecia, 1722); otra de Gaspar Gozzi (Venecia, 1746), imitación, según unos, de la de Séneca, y, según otros, de la de Longepierre; otra con música de Jorge Geilel, representada en Rudolstadt en 1752; otra de David Pérez, representada en Palermo en 1744; otra ópera lí-

rica del maestro Jorge Benda, representada en Gotha en 1778; otra «comedia lacrimosa» de Glover, 1761, y otra tragedia en dos partes, *Medea en Corinto* y *Medea en el Cáucaso*, 1791, del célebre poeta alemán Federico Maximiliano Klinger.

El siglo XIX abre la serie de las Medeas con una *Medea en Corinto*, tragedia de Domenico Morosini (Venecia, 1806), á la que sigue en 1810 la *Medea* de Juan Bautista Nicolini, no representada hasta 1821, pero que no tuvo éxito hasta 1858, gracias á Laura Bon, á quien Nicolini se la regaló, disponiendo que sólo ella pudiera representarla; esta actriz había ya recitado otra *Medea*, la del duque de Ventigniano, representada en Turín, 1824, con más éxito que la de Nicolini y que otra del conde Francisco Gambará.

Para la célebre Rachel escribió Ernesto Legouvé una tragedia que, tras varias vicisitudes, no fué representada sino tres años después, en 1855, por la Ristori, en la sala Ventadour de París; su éxito fué tal, sobre todo por el famoso ¡*Tú!* final, que fué traducida al inglés, al alemán, al holandés y paseada triunfalmente por Europa y América. Sólo en Turín se recitaba la *Medea* la misma noche en tres teatros, por la Ristori, la Marchionni y por la Caracciolo-Ajudi. Este éxito no retrajo á los autores de seguir tratando el mismo asunto: el libreto más afortunado fué el de Félix Romani, cuya *Medea en Corinto* sirvió para tres óperas de Mayr Selli y Mercadante, representadas respectivamente en Nápoles en 1813, en Milán en 1823 y en Nápoles en 1851. Menor éxito tuvieron la *Medea y Jason* de Carlos Coccia, Turin, 1815, y la *Medea* de Felipe Celli, Roma, 1838. Pero de todas, la más afortunada de aquel tiempo fué la *Medea* de Pacini, con letra de Castiglia, representada gran número de veces en todos los grandes teatros italianos.

Fuera de Italia no fué el argumento de *Medea* menos fecundo. En 1813 se representaba en París *Medea y Jason*, tragedia lírica de Granges de Fontanelle, con letra de Milcent, y en 1879 obtuvo el gran premio de composición en la Academia

de París otra *Medea*, con música de Jorge Hüe y letra de Grimault. De otra *Medea* de Enrique Kleist no se sabe sino que es indigna del célebre dramaturgo alemán y tan olvidable como la *Medea* de Soden. Mejor éxito tuvo la de Gotter, quizá debido á la protagonista Schröder; oyéndola se le ocurrió á Grillparzer escribir otra *Medea*. Estando una tarde de verano de 1818 en Baden hojeando en una hora de aburrimiento el *Lexikon mitologicum* de Federich, tropezó con el artículo *Medea*, y lo leyó con intensa atención; conocía ya la *Medea* de Eurípides, y se puso á leer la de Séneca; con todo ello concibió un plan grandioso de tragedia, una trilogia que había de titularse *El Vello cino de oro*, con sus tres partes: *El huésped*, *Los aeronautas* y *Medea*. Las dos primeras quedaron terminadas con gran celeridad en 1819; pero entonces Grillparzer tuvo el dolor de perder á su madre, é incapaz de todo trabajo intelectual, fué á Italia para distraerse, quedando interrumpida la obra; vuelto á Viena, mientras tocaba á cuatro manos con la hija de Carolina Pichler un trozo de música que había tocado con la madre durante la concepción de *Medea*, sintió de repente el deseo de terminar la tragedia, como lo quedó, en efecto, el 20 de Enero de 1820, representándose el 26 de Marzo de 1821. En esta obra, más quizá que en ninguna otra, se revela un gran talento trágico. El arranque feroz de *Medea* *Ich lebe, ich lebe*, puede compararse al *Moi* de Corneille ó al *Medea superest* de Séneca.

Otra *Medea* del teatro alemán es la de Marbach (1858), y del teatro francés la de Lucas (1855).

Hasta en nuestros días tenemos *Medeas* en el campo lírico y dramático, siendo las más frescas un melodrama de Romano Sciava (Milán, 1896); *Medea*, otra ópera en tres escenas con el mismo título, de Tommasini (Roma, 1906), y la tragedia de Catulo Mendes, *Medea*, representada en París en 1898, y reestrenada en 1903.

¿Se habrá agotado con esto el tema de *Medea*? Seguramente que no; pues la leyenda que ha seducido á tantos genios du-

rante tantos siglos, no hay motivo para que no los siga seduciendo en lo sucesivo.

BELLAS ARTES

LA SÁTIRA DE LAS COSTUMBRES EN LA ICONOGRAFÍA MEDIO-EVAL.—Los artistas de la Edad Media se complacían con frecuencia, sobre todo cuando se les dejaba en libertad para elegir los motivos de decoración de frisos y capiteles, orlas é iniciales historiadas, en reflejar en sus obras sus impresiones personales, pudiéndose así seguir, á través del arte escultórico y pictórico, la evolución de trajes y costumbres de las diversas épocas, y estudiar los aspectos criticables de los mismos; en aquellos tiempos en que el periódico ilustrado no existía, las ilustraciones correspondientes á los autores populares de entonces eran esculpidas en los monumentos civiles y religiosos, y en esa forma han podido llegar hasta nuestros días. Este asunto es el que sirve de tema á un interesante trabajo de Camilo Eulart en el *Mercure de France*.

Entre los temas tratados con más frecuencia por los artistas figuran las escenas de caza y las ocupaciones de los labradores, según los meses del año: la siembra, el arado, la recolección, la vendimia, etc. Otras escenas son menos usuales; así un capitel de Vezelay del siglo XII reproduce el azufrado de las vides; otros del pórtico de Avallón del mismo siglo, un tocador de viela haciendo saltar á una bailarina; otros de la catedral de Bayense (XII), de la fachada de Rampillón (XIII), del pórtico de los Libreros de Ruan (XIV), escenas de hombres con monos; en Bois-Sainte-Marie, en Cellebruére y en Souillac (XII), así como en las sillas de coro de Chillón (XIII), y en las de Friburgo (XIV), se ven esculpidas escenas de lucha, y en la iglesia de Evron (XIII) una curiosa escena de confesión.

Los monumentos votivos suelen presentar escenas de oficios. Así en la fachada Norte de la catedral de Reims (XIII) se

ven las del comercio de paños; en las vidrieras de Semur (xiv) de la fabricación de paños y de carnicerías; en la iglesia de Berck (xv) pescadores, comerciantes, un tonelero y un panadero, y en las misericordias de las sillas de coro de Ruan (xv) escultores, médicos y cirujanos, y un maestro de escuela amenazando á sus alumnos con un manajo de varas. Esta escultura es curiosa, y puede relacionarse con la de un extracto de deliberación del cabildo de 1413, que nos hace saber el sitio junto á la sillería donde estaba el armario que guardaba las varas con que se azotaba á los niños de coro.

En las sillerías de Westminster y de Gloucester hay también una mujer que azota á un hombre. En el siglo xv la sátira es más frecuente en estas representaciones. En los siglos anteriores, los cuadros de costumbres se contentaban con ser sinceros y hasta penetrantes, y eran generalmente imparciales. La historia de Noé se ve tratada, por ejemplo, en las fachadas de Bourges con gran sinceridad; allí se ve pintada la confianza en los rostros de la familia que se embarca; al niño sonriendo en brazos de la abuela y al Patriarca empuñando cuidadosamente el sarmiento que ha de plantar después del diluvio. El siglo xiv, que gusta de entrar en detalles y busca la expresión, se ha complacido en representar dondequiera en la fachada de la catedral de Lyon, como en los cofrecitos de alhajas y de espejos que se ven en los Museos del Louvre, de Cluny y de Londres, grupos de enamorados, sumamente graciosos, de figuras y de gestos que hablan bajo los árboles del vergel del bosque. El doncel suele tener su halcón y la dama su *écureuil* familiar. Más frecuentemente todavía llevan coronas de flores. Los gestos de la dama son mesurados; pero las caricias de su compañero son á veces vivas: empieza por tomarle la barbilla, luego el talle y luego algo más, teniendo el artista el buen gusto de detenerse en el momento más escabroso. En unas tablitas de marfil del Louvre y del Museo Británico se ve también tratada la manera galante de jugar á la *main chaude*: el paciente está arrodillado ante una dama sentada que le

oculta la cabeza entre las faldas. Las escenas de costumbres y la sátira se presentan á veces con motivo de la interpretación de textos religiosos, y en este género hay cuadros sumamente picantes. ¿Hay nada más malicioso que la historia de Adán, contada por un escultor auvernés sobre un capitel de Notre Dame du Port en Clermont? La historia de Adán en Auxerre es sencillísima y muy grave; en Ruan, en cambio, se desarrolla familiarmente con encantadora intimidad, y después del nacimiento de Abel vemos al señor Adán calentar por sí mismo el baño de su digna esposa. En el pórtico de la catedral de Lyon, el artista ha detallado la historia de Loth y de sus hijas, dejando en blanco las escenas más difíciles.

La extraña historia de Jonás ha divertido mucho hasta en las épocas de fe: la afectación con que muestra su trasero al entrar en la ballena en un capitel de Mozat no carece de ironía, y cuando se le ve saliendo del cetáceo en un friso de la catedral de Strasburgo, es seguro que el artista se rió tanto como nosotros, al esculpirlo enflaquecido por el ayuno, calvo y atontado, dando brincos de alegría.

La historia de David ha dado pretexto á no pocas críticas. Hasta su victoria sobre Goliath se ve caricaturizada en un salterio de la biblioteca de Douai. La historia de Betsabé es, sin embargo, la que más ha inspirado á los artistas, y si no es extraño, que el baño de Betsabé, recibiendo desnuda al mensajero que le lleva la declaración de David, adorne algunas cajas de espejo y peines de hueso ó de marfil, no deja de ser chocante que nada menos que en la fachada de la catedral de Auxerre, ostente una verdadera apoteosis del adulterio, con la historia de David desde el baño de Betsabé hasta su coronación.

No se trata el Nuevo Testamento con más respeto que el Antiguo. En el siglo XII en los capiteles de Notre Dame du Port, San José recibe de malos modos la noticia de su paternidad, y el ángel que se la lleva le tira, sin miramientos, de la barba; en el siglo XV, en las pinturas murales de la cripta de

Saint-Bonnet-le-Chateau, vemos á San José preparando en una cacerola la papilla del Niño mientras su mujer recibe la visita de los tres reyes; en las escenas de la Pasión, los escultores se han complacido en dar á los verdugos de Cristo las caras más patibularias y los gestos más canallescós.

El festín de Herodes, esculpido en el siglo XII en un capitel del claustro de Moissac; en el XIII, en una de las fachadas de la catedral de Ruan, y á principios del XVI, en el retablo de Amiens y en cuadros flamencos, nos muestra lo que era en la Edad Media una comida de lujo acompañada de entremeses ó diversiones. Nadie piensa en atacar la ortodoxia; en cuanto á la moral, pueden tomarse con ella muchas libertades.

¿Queréis saber con qué gestos seducía una mujer de mundo á principios del siglo XIV á un barbilindo? Contemplad á la señora Putifar en el pórtico de Auxerre. ¿Queréis saber cómo se divertían en la alta sociedad y en la alta burguesía del siglo XIV? Contemplad en una ventana de Bourges, y sobre todo en el pórtico de Auxerre, las aventuras del hijo pródigo. Aquí tenéis al joven que parte á caballo, seguido de su escudero y de sus dos lebreles, y que se apea á la puerta de su amiga, que le ayuda á bajar del caballo y le abraza; una criada la sigue, y el joven entra y ocupa el sillón de honor; le coronan de flores, quedando así en traje de etiqueta, pues así como ahora el invitado á una comida se pone la levita, así entonces se ponían una corona de rosas para comer fuera de casa. Las floristas tenían mucho que hacer, y hasta se las permitía por un privilegio trabajar los domingos. El hijo pródigo, sentado entre dos graciosas mujeres, bebe en la copa de una de ellas, mientras el lebrel acaricia á su amiga.

Tras la comida viene el baño, y su amiga le masa y le perfuma, dándole un beso, mientras la criada prepara un almohadón en el que se sienta para que le limpien. La criada presenta entonces la cuenta, y el hijo pródigo no sólo vacía la escarcela para pagarla, sino que tiene que vender sus caballos y sus lebreles, y dejar en prenda sus vestidos y hasta su camisa,

quedándose tan sólo con las bragas, que es el *mínimum* de vestido exigido por el *pregostazgo*. La amiga entonces no quiere tratos con hombre tan poco elegante, y le expulsa, asistida por su criada, que blande una especie de remo con que entonces se hacían las camas. Viene luego el cuadro que muestra la arrogancia del villano para con el hijo de familia arruinado que tiene que servirle, y, por último, las escenas de la fiesta que da la familia noble por la vuelta de su hijo.

Multitud de caricaturas sirven de comentario á los textos y á los cuadros más formales, encontrándose, sobre todo en los bordados de tapicería, en los frisos, cornisas y consolas y en las márgenes de los manuscritos hasta de ciencia ó de piedad. En la famosa tapicería de Bayeux, en la gran portada de Chartres, en la de Sainte Marie des Dames, de Sanites, en la de Seignac y en los modillones de las iglesias normandas y auvernesas se encuentra la expresión de gestos obscenos hasta sin relación con ninguna historia ó leyenda.

Desde el siglo XIII se ven mezclados así simples caprichos ó motivos satíricos á escenas y figuras formales. En el portal de Aunay, en Lyon, se ve un asno con casulla. En la portada de Aulnay, en Saintonge, se ve otro en compañía de una sirena, de un diablo que atormenta á una mujer y de otros seres fantásticos, cantando ante un libro que le presenta el señor Zorro. Este Zorro, que allí aparece como niño de coro, hace una gran carrera, pues en Saint-Sernín de Tolosa y en Saint-Germain-des-Prés de París se nos presenta predicando á las gallinas; en el salterio de Douai asciende á obispo rigiendo el pueblo de los patos, gallos, gallinas y pollitos, y en el libro de horas de Juan de Berri (1400) llega á cardenal. En la catedral de Strasburgo del siglo XV el ciervo es quien dice la misa, después de la cual todos los animales organizan una procesión.

¿Habría sido inventada por la gente de iglesia la caricatura política? Una sátira de política eclesiástica de las más mordaces y una de las figuras más grotescas que se puedan citar, es el obispo de Mer, del antiguo pavimento de la cate-

dral de Terouane, semejante á un sátiro antiguo desnudo y calvo. Otra caricatura de prelado, más irreverente todavía, es la figurina de tierra cocida de una crestería de Gante recogida en el Museo; le falta la cabeza, pero tiene muy completo todo lo demás, y aunque con traje pontifical, nada tiene que envidiar á Priapo. Por otra parte, además del zorro obispo y cardenal de que hemos hablado, se ven obispos grotescos con mitras de pasteles, un cerdo mitrado, un fraile con grupa de cerdo dando agua bendita, un fraile borracho y una sátira más atrevida, en la que se ve á un fraile bendiciendo á un zorro ocupado en estrangular á un gallo, y un mono predicador reprendiendo á un oso que está devorando á un hombre. ¿Qué pensaría de esta figura de su libro de misa el duque de Rutlan, célebre por sus exacciones?

La caricatura política podría hacerse arrancar de la figura grotesca de piedra que el arzobispo de Sens, más tarde Clemente VI, hizo esculpir en la catedral, ridiculizando al abogado Pedro de Cugnieres, que en nombre del rey Felipe IV había redactado una Memoria de 66 artículos para la asamblea general de los prelados y barones de Francia con los agravios de los laicos contra el poder eclesiástico. En San Benigno de Dijon, en el siglo XVI, se representó á Federico Fregoso, que había reducido á los frailes á la porción congrua con un gorro de loco que le ponían dos frailes con jarras de vino.

La Edad Media no sólo ha conocido la iconografía satírica, sino la patibular, pues en ciertos casos se condenaba á los reos á efigies infamantes, como el bajorrelieve que todavía se conserva, en que el preboste de París tuvo que ofrecerse en caricatura por su condena en el pleito con los Agustinos. Aun esta iconografía es alegre, como lo muestran las piedras de Mulhouse y Orleans; y es que en la Edad Media era raro que una comisión administrativa ó un cabildo celebraran sesión sin beber y reir, y que un monumento religioso ó civil se ejecutara sin ser sazonado con algún detalle gracioso. Aquellas gentes gozaban de la Inquisición y tenían el miedo más sincero del

diablo; pero se burlaban con la misma intrepidez del diablo y del clero, sin omitir lo que correspondía á los poderes laicos.

Entre las gentes de buen humor, los ebanistas y los iluminadores de manuscritos han sido los más guasones. Entre una infinidad de asuntos profanos, citemos en las sillerías de coro del siglo xv, en Solignac, una graciosa mujer con alas de murciélago; otros monstruos femeninos en Ruan; un hombre jugando con una mujer desnuda, en los reclinatorios de Boisle-Duc; el Caballero del Cisne y un personaje al que su nariz de gorrino, desmesuradamente prolongada, sirve de clarinete; en Saint-Pol-de-Leon se repite esta figura, y en Lorris del Gatinais, hay otro fraile que no toca el clarinete con la nariz, sino con otra cosa. En Amiens, la mitad por lo menos de las sillas están esculpidas con motivos obscenos. En el siglo xiv el pórtico de los libreros de Ruan; en el xv, gran número de sillas de coro, y en ambas épocas las márgenes de los manuscritos, presentan abundantes colecciones de figurillas grotescas. El clero, como la alta sociedad, se reía de todo aquello, y fuera de San Bernardo, en el siglo xii, y del cisterciense Miguel Rumpler, en el siglo xvi, pocos eran los que se preocupaban de tales irreverencias. La Reforma fué la que puso fin con sus austeridades á los regocijos artísticos de la imaginería religiosa.

CIENCIAS SOCIALES

LA MORTALIDAD SEGÚN LA EDAD Y LA DURACIÓN DE LA VIDA ECONÓMICAMENTE PRODUCTIVA.—El trazado de la curva de mortalidad, como determinado en sus líneas generales por factores fisiológicos, es análogo en todas las poblaciones. De ahí la altísima probabilidad de muerte en el primer año de edad. Y de ahí el decrecimiento de esta probabilidad hasta llegar al mínimo, que se encuentra á los trece años para los varones y á los doce para las hembras, correspondiendo aproximadamente á la época de la pubertad; desde esa edad, la probabilidad de

PERTENECER
AL ATENEO

morir crece rápidamente hasta los veinte años; luego, con más lentitud, hasta los cincuenta, y después, muy rápidamente, casi en progresión geométrica, desde los cincuenta hasta los ochenta y cinco, siendo menos fuerte el incremento en la edad extrema.

En muchas poblaciones, el incremento de la mortalidad desde el mínimo de la adolescencia en adelante, no es continuo, notándose en el sexo varonil un descenso después de los veinte años, y en el sexo femenino un período estacionario alrededor de los cuarenta. La primera interrupción depende de que muchos hombres, al contraer matrimonio, se encuentran en condiciones mucho más favorables que los célibes, y ofrecen por ende mayor resistencia á la acción de las causas de muerte; la segunda parece relacionada con la rapidísima disminución del ejercicio de la actividad procreadora entre las mujeres hacia la edad de cuarenta años.

La mortalidad varonil supera siempre á la femenil en el primer año de edad, casi siempre en el segundo, frecuentemente en el tercero y á veces también en los sucesivos hasta el décimo. El mínimo de los años de la pubertad es, en general, más bajo para los varones; en los años juveniles son, en cambio, más gravemente atacadas las mujeres; pero de los cuarenta-cincuenta en adelante, el sexo débil se encuentra en condiciones más favorables. Las causas de la mayor mortalidad varonil en los primeros años y de la mayor mortalidad femenil en la edad fecunda, son ciertamente fisiológicas; la mayor mortalidad de los varones en la edad madura procede, en cambio, en parte al menos, de la acción de los factores sociales.

¿Qué se entiende por probabilidad de muerte? Cuando se tiene un grupo de individuos coetáneos de x años, se puede establecer, observándolos en el curso de un año, cuántos de ellos morirán antes de llegar á la edad $x + 1$. En efecto; si de cien supervivientes á la edad x mueren diez antes de un año, podremos decir que la probabilidad de morir en tal edad es igual al 10×100 , esto es, á 0,1. La probabilidad de morir en

la edad dicha, es, pues, igual al cociente entre el número de muertos y el de los supervivientes. En el caso supuesto encontraremos 90 individuos de los 100 supervivientes á $x + 1$. La probabilidad, pues, que un sujeto de x años tiene de llegar á $x + 1$, será, pues, igual á 90×100 , esto es, á 0,9. La probabilidad de supervivir, es, pues, igual á la diferencia entre la unidad y la probabilidad de muerte. Con una tabla de mortalidad á la vista, nada más fácil que calcular otra tabla de supervivencia, y estudiando estas tablas se conoce con exactitud el número medio de años de vida que corresponde á los componentes de una generación. Este número es actualmente en Italia de unos cuarenta y tres años; esa es la duración media de la vida en aquel país, mucho mayor que la del decenio anterior, que apenas era de treinta y cinco años, pero inferior, sin embargo, no sólo á Noruega, donde la vida media llega á cincuenta y cinco años, sino á Suecia, Dinamarca, Holanda, Suíza, Bélgica, Inglaterra, Francia, Finlandia y Prusia, países todos que se hallan en peores condiciones que Italia, patria de Jorge Mortara, que es el autor de estas notas estadísticas.

De modo análogo al que hemos visto que sirve para calcular el número de años de vida de los componentes de una generación, puede calcularse el número de años que pueden vivir los mismos, entre determinados límites de edad. Las edades de quince y sesenta años pueden tomarse como límites del período de la vida económicamente productiva; el cociente entre el número de años vividos por una generación entre la edad de quince y la de sesenta, y el número inicial de los componentes de la generación, puede indicar la duración media de la vida económicamente productiva de un neonato; el cociente entre el mismo número y el de los supervivientes á quince años, indica la duración media de la vida económicamente productiva para cada superviviente en su edad inicial. En Italia, la vida económicamente productiva es de unos veintiséis años; en Noruega, donde alcanza el máximum, llega á treinta y dos; en la India inglesa baja á catorce años. En general, parece ser

mayor donde es mayor la vida media, y su duración se regula por ésta. Entre la vida económicamente productiva y la vida media existe relación casi constante de 0,6; es decir, que la vida productiva es, en general, igual á seis décimas de la vida total.

La duración media de la vida productiva para un superviviente de quince años no varía, sin embargo, siempre en relación inversa con la mortalidad. En general, es mayor donde la vida media es más larga y crece con la disminución de la mortalidad. En Italia, es de unos treinta y ocho años, muy superior al mínimo de las Indias inglesas (28,9), pero poco inferior al máximo de Holanda (39,4). Con la disminución de la mortalidad disminuye el número de los años vividos por una generación entre cero y quince años, y crece el de los años vividos entre sesenta y ∞ . Esto significa que, en igualdad de las demás condiciones, la disminución de la mortalidad, dejando casi intacta la percentual de los grupos de edad comprendidos entre quince y sesenta años, aumenta la percentual de los grupos seniles y disminuye la de los grupos infantiles. Esta es una notable ventaja, porque los viejos constituyen para la sociedad menor carga que los niños.

La disminución de la mortalidad determina reducción de coste en el hombre adulto, y aumento de los años de vida productiva, concedidos á todo el que llega á la pubertad y, por lo tanto, en igualdad de todas las demás condiciones, aumento de la productividad económica de cada generación.

COSTUMBRES

LAS CASAS DE JUEGO EN EL SIGLO DE LUIS XIV.—El derecho al juego fué en otro tiempo un privilegio que los reyes se reservaban celosamente. Luis XIV fué uno de los que con más severidad lo persiguieron, sin perjuicio de ser él mismo gran jugador, pues aquello de «justicia, y no por mi casa», ha sido

principio cuidadosamente practicado en monarquías y en repúblicas, por reyes y por ciudadanos. Pasadas las primeras efervescencias de la juventud, Luis XIV sintió el gusto por el juego, y pocas noches se pasaba sin tener su partida.

La señora de Montespan fomentaba este gusto con toda la audacia de su carácter. Jugaba con tal exceso, que, según el conde de Rebenac, las pérdidas de 100.000 escudos eran cosa corriente; el día de Navidad perdía 700.000 escudos, y puso 150.000 pistolas (la pistola valía de 40 á 50 francos de hoy) á tres cartas, y las ganó. Otra vez, el marqués de Trichâteau (*sic*) anunció á Bussy-Rabutin que en una sola noche había recuperado la Montespan los cinco millones que había perdido; otro corresponsal le escribe el 4 de Mayo de 1682: «La Montespan ha perdido á la oca más de 5.000 escudos; al rey le ha parecido muy mal y se ha enfadado con ella». Este malhumor del rey, añade en el *Mercure de France* Edmundo de Baurepaire, es muy excusable, pues si ignoraba las ganancias, el Tesoro real estaba informado de las pérdidas... para pagarlas.

Esos juegos se hacían sin dinero; pero al final se traía una escribanía; cada cual escribía en un papel lo que debía al otro, y al día siguiente se pagaba al portador del papel. Un día, el duque de Orleánstuvo que empeñar todas sus joyas, por lo malparado que le había dejado el juego de la víspera. Por lo demás, en Versalles todo el mundo estaba chiflado por el juego, hasta el Delfín, que dejaba la caza por entregarse á él. Hay que ver en el *Journal* de Dangeau el lugar que ocupaba en la existencia de la corte la oca, la baceta, el lansquenet, el pórtico y el trou-madame. Con los años, la afición del rey al juego aumenta; en 1686 se organiza una partida de reversis, en la que cada jugador tenía que poner de fondo 5.000 pistolas; como los jugadores eran fijos, se autorizó la comandita, y el mismo rey tuvo sus comanditarios, sin perjuicio de castigar con más severidad que nunca las demás casas de juego.

Así el jefe de policía recibió orden de prohibir que se jugara en algunas casas de altos personajes, como el duque de

Chartres (futuro regente), el marqués de Loffiat y el duque de Ventadour. En la corte se siguió jugando á más y mejor, y á despecho de todas las órdenes, París imitaba á Versalles.

Las *Academias* públicas eran los centros en que más culto se rendía al juego, y el tipo de la jugadora, que en ellas dominaba, ha proporcionado á Boileau motivo para una de sus mejores sátiras, habiendo también merecido la crítica de La Bruyère y la de otros muchos. Según parece, hacían pagar las barajas algo más caras que en las casas de juego clandestinas. Es de advertir que era costumbre en el siglo XVIII que los jugadores dejaran algún dinero en las mesas de juego «para pagar las barajas», y hasta en Versalles se hacía lo mismo; sólo que en la corte, ese dinero quedaba á beneficio de la servidumbre. En la comedia de Baron, *El Coqueto engañado*, una doncella reconviene á su señora, que es marquesa, por tener juego día y noche, exigiendo de sus criados un servicio fatigoso. «Pase todavía, añade, en el tiempo en que les dejaban el provecho de las barajas.» Lo que prueba que las costumbres en esta materia, salvo en la corte, habían variado. No tardó en suceder lo que era natural: que se hicieran trampas; y las hacían no sólo los fulleros, sino los mismos aristócratas, que lo tomaban como una gracia. Así se ve en las *Memorias* del duque de Grammont, que él mismo cuenta las trampas que hacía en el juego; y el príncipe de Conty, disputando con el Gran Prior sobre una jugada dudosa, no vaciló en acusarle de tramposo habitual, en pleno castillo de Meudon, en casa del Delfín. El duque de Autin pasaba también por «tomar sus ventajas en el juego», como decía el cardenal Mazarino, que no se privaba tampoco de ellas. En Marzo de 1661, según cuenta en una de sus cartas la señora de Sevigné, el rey ordenó al marqués de Cessac que dimitiera su cargo, «por haber hecho trampas y haber ganado 500.000 escudos con cartas añadidas.»

Las mujeres no eran en esto más escrupulosas que los hombres. En los tiempos en que se puso de moda la devoción, las jugadoras, al separarse, pronunciaban una fórmula por la que

se hacían dón recíproco de lo que no habían ganado legítimamente en la partida, con lo cual tranquilizaban sus conciencias.

Para reprimir estas... habilidades, se tomaron muchas medidas, y hasta se llegó á vigilar á los tahures y á expulsarlos de París, como le ocurrió al caballero de Breteuil. Pero, frecuentemente, el papel de la policía quedaba reducido á dar cuenta de lo que ocurría en las casas de altos personajes, como el lugarteniente-general Blanzac, que se arrimaba con las cartas, y en las de embajadores extranjeros, como el de Baviera, Monasterol, que, habiéndose casado con la «santa lúbrica» de la *colección de Maurepas*, y teniendo, por consiguiente, todas las condiciones requeridas para tener fortuna en el juego, era en él tan desgraciado, que se arruinó y se suicidó. Por otra parte, d'Argenson, que señala con diligencia al duque de Châtillon y á las señoras de Beauffremont, de la Foucherè, etc., entre las personas que tienen garitos, descuida decir que se juega en grande en casa de su mujer y de sus cuñadas.

Las casas de juego eran para la policía motivo además de otros cuidados, pues muchas eran puntos de citas y escuelas de desorden. La mujer de la casa se encarga «de consolar á los clientes que atrae, y á quienes su marido estafa; él finge celos para dar más precio á las... coqueterías de su mujer, y nunca van mejor sus asuntos que cuando no está presente».

D'Argenson, cuyos informes nos dan estos detalles, se veía frecuentemente obligado á dejar hacer, cuando no á cerrar los ojos. Si no podía coger á la señora de Murat, por ejemplo, en flagrante delito, porque le advertían á tiempo personas de alta posición, los jugadores reembolsaban las multas, y la penalidad resultaba ilusoria. A veces le ocurría encontrarse en verdaderos apuros, como en el caso de Lemay, consejero del Parlamento y jugador sin vergüenza; para poder tener la audacia de amonestarle, tuvo que hacerse escribir una carta por Ponchartrain, en que le censuraba por su complacencia con Lemay. En tales condiciones no hay que asombrarse de que, á fines del reinado de Luis XIV, París estuviera lleno de casas de juego.

CRÍTICA

LA CANCIÓN DE HERRERA Á LA VICTORIA DE LEPANTO.—Me ha repugnado siempre jurar *in verba magistri*, y siempre también me ha sublevado la censura sistemática con que, por puro afán de modernismo ó por singularizarse, aplican ciertos espíritus á todo lo que no se ajuste á la estrechez de sus ideas ó al concepto, las más veces fugaz, que ellos tienen de las cosas. Lo primero, me ha llevado á ser independiente y á no dejarme suggestionar (no digo influir) por la autoridad de un nombre; lo segundo, me ha impuesto deberes de análisis concienzudos antes de emitir un juicio, sobreponiéndome á toda influencia pasajera, para no atender sino á las exigencias del verdadero ideal, no al ídolo de un día, sino al perenne reflejo de la Belleza eterna.

Todo esto hace falta decir para tratar, ya entrado el siglo xx, de la famosísima canción *Por la victoria de Lepanto*, de Fernando de Herrera, que, con decir que pasa por la mejor de las poesías de un autor apodado *el divino*, dicho se está que es de las más celebradas y enaltecidas de nuestro rico Parnaso clásico. Así figura incluída en todas las Antologías y Florilegios castellanos, y últimamente, el mismo Menéndez y Pelayo, nuestra primera autoridad literaria, la ha incluído entre las *Cien mejores poesías castellanas* por él escogidas en toda nuestra ya secular floresta poética.

Desde mi niñez, sin embargo, se me ha indigestado esta poesía: la aprendí de memoria, la recité mil veces, y la he seguido recitando toda mi vida, y siempre con la misma dificultad; nunca la he podido digerir; entran en su composición tantos elementos indigestos, ripios, asonancias, rimbombancias y vaguedades, que mi paladar literario, á pesar de todos los esfuerzos de mi voluntad, no puede convertirlos en materia asimilable. Y lo peor es que lo que en mi niñez era puro instinto, en mi edad madura se ha ido convirtiendo en convic-

ción profunda, y algo así como una fuerza superior me obliga á protestar, para salvar mi opinión, y aunque me quede solo, contra esa afirmación universal que hace de la canción del divino Herrera uno de nuestros más encomiados trofeos literarios.

No hay que olvidar que esa canción aparece en pleno siglo XVI, cuando ya han dado pulimento y flexibilidad al habla castellana, no sólo Jorge Manrique y el Marqués de Santillana, sino Garcilaso de la Vega y el mismo Fray Luis de León; y que si es cierto que el asunto elegido por Herrera exige disposición aparatosa y suma majestad, á semejanza de lo que más tarde han hecho Quintana y Lista en otras odas no menos célebres, no hay que confundir la majestad con la tiesura, ni el oro con el oropel, que una cosa es la voz del tenor, que da sin esfuerzo una nota alta, limpia y grata al oído, y otra el vozarrón del que, para obtener el mismo efecto, nos aturde con los ruidos que brotan de su garganta. Quiero anticiparme con esto á quienes intenten disculpar las faltas de Herrera con lo imperfecto de la lengua. Claro es que en el siglo XVI la lengua tenía menos recursos que al presente; pero era lo suficientemente perfecta para que con ella labraran sus inmortales composiciones muchos poetas, y lo menos que puede pedirse al *divino* Herrera, es que alcanzara el mismo grado de perfección que sus contemporáneos.

Y vamos á la canción. Su primera estrofa dice así:

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.
¡Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra!
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraón, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron
Cual piedra en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.

Convengamos en que no ya un escritor conocido, pero ni un principiante, se atrevería hoy á dar estos versos á la imprenta; esa horrible asonancia en *eo* de cinco versos seguidos (*guerrero-cubrieron-descendieron-luego-fuego*), no hay quien la aguante; esa distancia de cinco versos, entre *llanura* y *dura*, *fiero* y *guerrero* para enlazar la rima, no hay quien la tolere; y ese adjetivo *dura* al final de un verso, para calificar el sustantivo inicial del verso siguiente, no hay quien lo ponga, en las condiciones de sonoridad y visualidad en que tiene que aparecer ahí, para recordar la ya, por lo distante, olvidada *llanura* con que rima. Se dirá quizá que todo esto son descuidos y licencias; pero si son descuidos, son imperdonables en quien de *divino* presume; y si son licencias, son de muy mal gusto en quien tan depurado debiera tenerlo para merecer ese nombre; en todo caso revelan gran falta de recursos en el manejo del material poético, y bastan por sí solos, ya que la belleza del verso toma tanto de la forma como del fondo mismo, si no más, para declarar que quien así escribía estaba muy distante de poder ser llamado gran poeta.

Pero desentrañemos el sentido de esa estrofa, analizándola verso por verso, y exigiendo á Herrera lo menos que debe exigirse á todo escritor culto: propiedad en el empleo de las palabras, claridad y limpieza en la frase. «Cantemos al Señor...» ¡Muy bien! Pero no creo que haya mérito ninguno en decir lo que cualquiera hubiera dicho del mismo modo, el mejor sin duda, pero el que se le ocurre á todo el mundo, que quiera cantar al Señor: «cantemos al Señor». Así empieza también la canción de Moisés por el paso del Mar Rojo, que sirve al poeta de modelo. Lo que sigue es lo ya personal de Herrera; el Señor, por él cantado, es el «que en la llanura venció del ancho mar al Trace fiero»; es decir, deshecha la trasposición y el hipérbaton, el «que venció al Trace fiero en la llanura del ancho mar». Pase por *el Trace*, en lugar del Turco ó el Tracio; es un alarde de erudición para demostrar que la Turquía, en su parte europea, coincidía con la antigua Tracia. Puesto que

el verso no lo exigía, pudo Herrera decir perfectamente *el Turco*, y hubiera resultado más claro; pero sin duda le agradó más el empleo de una figura, y prefirió *el Trace*, pareciéndole que con el remoquete de *fiero* quedaba suficientemente claro que se trataba del Turco. ¡Bueno va! Es cuestión de gusto, y no hemos de reñir por tan poca cosa. Entonces el público era más reducido y más selecto que hoy, y la designación figurada resultaba seguramente más fina y culta que la directa. Pero es el caso que el Trace fué vencido, según Herrera, «en la llanura del ancho mar», y eso sí que no es admisible. Los epítetos se usan para algo, y, ó son acertados por realzar la expresión, por matizarla, por determinarla ó por embellecerla, ó de no ser así, son puros ripios, cuando no calificativos inadecuados ó falsos. Y esto último es lo que pasa con el epíteto *ancho*, aplicado al trozo de mar en que fué vencido el Trace. Si la batalla de Lepanto se hubiera dado en pleno Atlántico, en pleno Pacífico y hasta en pleno Mediterráneo, podría pasar esa designación poética de «la llanura del ancho mar» como buena para significar lo que se pretende; pero, lejos de ser así, la batalla no se dió en ningún ancho mar; se dió en el Mediterráneo, que es el más estrecho de los grandes mares; y dentro de su estrechura, se dió en una angostura de ese mismo mar, la formada por el golfo de Lepanto. El epíteto de *ancho* es, pues, en esta ocasión totalmente inadecuado, y la expresión «llanura del ancho mar», para designar el golfo de Lepanto, desacertada y errónea. «La llanura del ancho mar» es expresión vaga, que sólo designa una región marítima cualquiera de los grandes Océanos, y que no puede aplicarse á un estrecho ni á un golfo del Mediterráneo.

«Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,—salud y gloria nuestra.» Aquí Herrera continúa imitando á Moisés; pero Moisés dice una cosa clara y sencilla, y Herrera dice una herejía. «Tu diestra, Señor, se engrandeció en fortaleza; tu diestra hirió al enemigo», dice Moisés, y eso es verdad, dentro del lenguaje figurado. Pero Herrera dice: «Tú, Dios de las batallas,

eres nuestra diestra», lo cual suena bien, pero es un disparate: Dios no puede ser nunca nuestra diestra, pues entonces seríamos nosotros más que Dios; nos serviríamos de Dios para herir á nuestros enemigos, como de un arma ó de un instrumento, en lugar de ser Dios quien se sirve de nosotros. Dios puede ser y es nuestra salud y nuestra gloria, pero no nuestra diestra, regida y dirigida por nuestra inteligencia y nuestra voluntad. ¡Ya nos contentaríamos con ser nosotros diestra de Dios, movida por divino impulso, cuanto más pretender que Dios mismo fuera nuestra diestra, movida por nuestras mezquinas pasiones! No basta en poesía la música y el sonsonete; hay que ver lo que esa música encierra, lo que dice la letra que la sirve de motivo.

«Tú rompiste las fuerzas y la dura frente de Faraón, feroz guerrero.» Aquí, ni siquiera la música es buena, porque ese epíteto *dura* al final del verso, obligado á saltar hasta el verso siguiente para buscar el sustantivo que le hace falta para ser algo, resulta ingrato al oído, algo así como un gallo de tenor desmañado ó sin alientos en una solemne aria. Y luego ese rompimiento de fuerzas, ¡qué poco poético es, aplicado á la vez á las fuerzas y á la frente! Se rompe, es verdad, una frente á martillazos, pero ese modo de decir es de lo más prosaico que puede imaginarse; pase por naturalista; pero entonces, ¿qué decir de ese «romper las fuerzas» con que viene revuelto? Las fuerzas se quebrantan, se debilitan, se anulan, se aniquilan; pero no se rompen como se rompe una cabeza. Si no viniera detrás de *las fuerzas la dura frente*, sería hasta buena imagen la de «romper las fuerzas»; pero en unión de «la dura frente», tal rompimiento pierde su valor poético como imagen, y es inaceptable como expresión no figurada. Agréguese á todo esto el ripio final de la frase «feroz guerrero», ripio de lo más pobre y ramplón (y falso por añadidura, porque miren ustedes que... ¡llamar feroz guerrero al Faraón de las diez plagas! Terco sí, pero feroz...) que puede encontrarse en el rico arsenal del Rastro poético, y se verá que esos dos versos son des-

dichadísimos, y más propios de un vulgar coplero que del alto ingenio del culto Herrera.

«Sus escogidos príncipes cubrieron—los abismos del mar, y descendieron—cual piedra en el profundo, y tu ira luego—los tragó, como arista seca el fuego.» En estos cuatro versos la música no es de murga, es de panderos y sartenes, con el horrible machaqueo del *eo, eo*, de que ya hemos hablado, y en que no queremos insistir. Pero si la música es mala, la letra casi es tan mala como la música. Herrera sigue imitando y recordando la canción de Moisés; pero lejos de pulirla y abri-llantarla, la desluce y la embastece. «Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar; sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el Mar Bermejo. Los abismos los cubrieron; descendieron al profundo como piedra; enviaste tu ira que los tragó como una paja»; así dice Moisés en el capítulo XV del *Éxodo*. Como se ve, el cañamazo está preparado y en tensión, y el dibujo no puede ser más correcto; no hay más que bordar. Cualquiera chico del Instituto con medianas aptitudes poéticas á quien se diera por tema de composición de una estrofa el trozo copiado, seguramente haría labor más fina y acabada que la de Herrera. «Sus escogidos príncipes cubrieron los abismos del mar», es una frase correcta, copia casi literal de la bíblica; «descendieron cual piedra en el profundo», es otra frase bíblica; «tu ira los tragó como el fuego traga una arista seca», es otra frase mosaica, con la variante de «arista seca» por «paja», que es un acierto por ser expresión más poética.

¿Dónde está entonces el desacierto? ¡Ah! ¿No lo ven ustedes? En esas dos conjunciones, en esas dos *y* que, con ser muy hebraicas y muy bíblicas, no figuran en la canción de Moisés porque no deben figurar. En Moisés Dios arroja al mar los carros de Faraón y su ejército, y luego describe lo que les pasa: los príncipes se hunden y los abismos los cubren; bajaron al profundo como piedras, y no es extraño que la ira del Señor, enviada para ello (las olas del mar y la tormenta), se los

tragara como paja. Todo eso está perfectamente, y nada hay que decir en contra. Pero Herrera pinta todo eso como sucesos encadenados y diferentes. «Sus escogidos príncipes cubrieron los abismos del mar, y descendieron cual piedra en el profundo, y tu ira luego los tragó»; de modo que aquí el ejército faraónico cubre los abismos del mar, y después de cubrirlos descende en el profundo, y luego de estos descensos la ira de Dios los traga. Pero vamos á cuentas: si los príncipes cubrieron los abismos del mar, ¿cómo podían desde allí *descender* al profundo? ¿No estaban ya en él? ¿Hay nada más profundo que el abismo? ¿Y cómo, ya en el abismo, y aun más abajo todavía, se los traga la ira de Dios? Todo esto es simultáneo ó está explicado como consecuencia lo uno de lo otro en la Biblia. La misma «ira de Dios» que en Herrera aparece como si fuera verdadera ira, tiene en Moisés otro aspecto muy distinto: «enviaste tu ira que los tragó», dice Moisés; y allí se ve que *la ira de Dios* es algo así como un ángel exterminador, un sér distinto de Dios mismo, un enviado de Él, modo poético de designar la horrible tormenta que anegó á los egipcios; pero en Herrera no hay eso: «tu ira los tragó», dice sin otra explicación, atribuyendo á Dios mismo la pasión de la ira en pleno ejercicio de sus más crueles facultades, y despojando de forma poética al suceso.

¿Qué mérito queda adjudicable al poeta en la primera estrofa de su canción? El hallazgo de «arista seca» en lugar de «paja». Al lado de este acierto ¡cuántos desaciertos!

Dejemos la segunda estrofa para otro día, pues por hoy basta con la primera.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA RISA EN LA MUJER.—La juventud de hoy, dice Marcelo Prevost, ha perdido la noción de la verdadera alegría. Y es verdad: asistid á una reunión de jóvenes contemporáneos, y no

encontraréis nada más soso; ni saben jugar, ni saben reir, ni saben divertirse. Serios y preocupados, apenas aciertan á modelar un gesto de sonrisa contenida que parece estudiado al espejo, sin que por eso su conversación deje de ser tan frívola é insustancial como pudiera serlo la de los adolescentes del año 30. Sólo algunas señoras de cabellos blancos, algunos caballeros de edad saben ya reir. Los jóvenes creen que el reir es de mal tono, y se ponen graves y ridículos, sin saber que casi todos los grandes hombres de todos los tiempos han sido personas de buen humor.

La alegría femenina sobre todo, es preciosa y seductora. Tropezad en una tertulia con una joven que se ría con toda su alma, á carcajada limpia, y aquella cascada de alegría comunicativa que brota de su garganta os deja encantados. ¿Hay nada más simpático que esa nota de ingenuidad? Una mujer que se ríe, dice Prevost, no arriesga nunca el peligro de caer en grosería, como á veces ocurre en el hombre. A veces una joven, sin motivo aparente, suelta una carcajada. Dejadla, y no se os ocurra reprenderla por eso; que se ría á sus anchas, que eso significa salud y bienestar, y si atajáis su risa, incurris en el mismo pecado que los bárbaros que matan á los pájaros porque sus gorjeos y sus trinos les molestan.

Hoy es moda el pesimismo, y cualquier bachiller que se estima en algo debe mostrarse desengañado del mundo. «Cualquier peronela de veinticinco á treinta años, dice Prevost, con sólo que lleve cuatro ó cinco años de matrimonio, se halla en el caso de confiaros sus observaciones, que ella cree personales y curiosas, sobre la vida en general y sobre la suya en particular: que el matrimonio es fértil en desilusiones; que los hombres valen poco; que todas las amistades son traidoras y que los favores son mal recompensados... Total: que vivir es pasar por una prueba cruel, y que no hay motivos para complacerse en él. Y tras esto, la peronela os deja para correr talleres de modista, tertulias y chachareos.»

Sí, la vida es una batalla y no una fiesta. Pero ¿no es me-

¡jor acudir á la batalla con la frente desarrugada y la sonrisa en los labios, entonando una canción alegre? Reid, reid siempre, las mujeres sobre todo, y no creáis que se os tome por más intelectuales porque torzáis el gesto y afectéis ver de negro la vida. La gravedad falsa y el pesimismo artificial son defectos que os hacen repulsivas. A menos de que estéis realmente enfermas, en cuyo caso... se os podrá compadecer, pero no se os podrá amar, como no sea el amante otro desequilibrado como vosotras.

*
* *

LA ALIMENTACIÓN HUMANA.—Dice Edmundo Bolot en *La Grande Revue*, que la vida no es más que una lenta combustión interior determinada por el aire de la respiración. Esta combustión exige un combustible (alimentos respiratorios, azúcar y alcohol) y una reparación constante (alimentos albuminoideos, carnes) del desgaste provocado en todo el organismo por la combustión. Todo buen régimen alimenticio exige que estas dos clases de alimentos se empleen con justa medida, de tal modo que el desgaste producido por la combustión quede exactamente compensado por los alimentos de reparación. Hay alimentos mixtos, frutas y legumbres, que tienen el doble carácter de respiratorios y reparadores, y que deben también entrar proporcionalmente en toda buena alimentación.

Es curioso é instructivo el estudio que hace Bolot de la decadencia de Francia, cuya prosperidad ha sido debida en los siglos anteriores á lo equilibrado de la alimentación. La producción y el consumo de los alimentos respiratorios eran entonces muy moderados, mientras que se producían y consumían en abundancia los alimentos reparadores. El equilibrio resultaba de que las producciones naturales, cereales, vinos y carnes, suministraban suficiente alimento de energía y de reparación, y cada cual disfrutaba, en lo posible, de su parte correspondiente de materiales de reparación.

Hoy el equilibrio está roto. La industria ha convertido en azúcar y alcohol la remolacha, la cebada y el maíz, transformando en combustibles materias reparadoras, y transformando, por las diferencias de precios, las proporciones de la alimentación. Nada importaría la superproducción de las materias respiratorias si se hubiera desarrollado paralelamente la producción reparadora: un buen bebedor alemán consume diariamente 15 litros de cerveza, que representan 600 gramos de alcohol, seis veces más de lo que ordinariamente tolera el organismo. ¿Por qué lo soporta? Porque al lado del veneno tiene el contraveneno; porque con la cerveza consume cantidades enormes de carnes y de grasas que restablecen el equilibrio. «El azúcar y el alcohol, dice Bolot, no son por sí malos alimentos: hasta lo son excelentes si se sirven en torno de buenos platos de chuletas; pero en un país en que no hay bastantes chuletas (alimentos de reparación, carnes y legumbres), es criminal emplear la materia primera en hacer alcohol ó azúcar, porque es destruir el contraveneno del veneno que se fabrica.»

*
* *

LAS INDEMNIZACIONES DE LOS DIPUTADOS.—Con motivo de la votación de la Cámara francesa, aumentando á 15.000 francos la asignación de los Diputados, publica Mauricio Barrès en la *Revue Hebdomadaire* un artículo, del que entresacamos algunos datos interesantes. He aquí el balance que hace Antides Boyer, diputado por Marsella, de los gastos de un parlamentario:

«Supongamos un soltero que no tenga que ocuparse más que de su persona y que no tenga gustos dispendiosos. Ese diputado necesita un domicilio, porque no va á dormir bajo los puentes. ¿Qué menos va á gastar en París que 120 francos mensuales para tener una habitación decente, donde poder recibir decorosamente á sus electores? Su correspondencia le costará 5 francos diarios, pues, por poco conocido que sea, necesitará

responder diariamente á treinta cartas, 3 francos, y luego enviar telegramas y pneumáticos por valor de otros 2 francos. Total, 1.800 francos al año.

»Para ir á los ministerios, tres veces por semana, para hacer en tiempo útil las carreras más precisas, tendrá que gastar, por lo menos, 1.000 francos anuales. Como soltero, comerá en el restaurant, y para no estropearse demasiado el estómago, sacrificará 6 francos diarios para su alimentación; con 0,50 de propina, son 7 francos, ó 2.520 francos al año.

»La *burette*, 5 francos al mes. La caja de retiro, 15 francos. Ferrocarriles, 10 francos. Total, 30 francos al mes, ó 360 al año. Tenemos luego los gastos de viaje, tómbolas, sociedades, sindicatos. Los diputados de la derecha tienen las iglesias, los sacerdotes exigentes, las obras pías. Todo eso, tratándose de un mozo que sabe defenderse y dar con parsimonia, no baja de otros 1.000 francos anuales.

»Luego viene la plaga: el sablista. No hay diputado que no reciba diariamente la visita de un *quidam*, provisto de su tarjeta electoral, que dice con desenvoltura: «Mi querido diputado: Necesito un luis; he venido á París por ver á usted, y estoy en *panne* en la fonda tal.» Si se resiste, el efecto en el distrito es deplorable. Si cede, es la ruina. Si se ensaya una reducción á uno ó dos francos, se oyen todos los epítetos malsonantes del país natal. Pongamos para esto otro billete de 1.000.

»Luego quedan los gastos electorales. El precio de una campaña electoral varía entre 5.000 francos y el infinito. Un diputado sin fortuna no tiene más remedio que firmar pagarés á su impresor. Poned otros 1.000 francos y haced la suma. Se llega á un total de 9.200 francos. Y el diputado no se ha comprado todavía un sombrero ni un par de calcetines, no ha fumado un cigarro ni ha pagado á su planchadora ni á su ama de llaves. ¿Y si está casado? ¿Si tiene hijos? ¿Si tiene parientes enfermos?»

Todo eso está muy bien; pero ¿qué tiene que ver el país con

el sombrero ni con los calcetines de sus diputados, ni con sus parientes pobres? Sebastián Luneau, representante en las Constituyentes de 1849, decía con razón: «Los méritos indigentes son los más peligrosos para el Estado; deben hacerse justicia á sí mismos, y retirarse de este recinto.» Y era de la izquierda el que así hablaba.

¿Quién obliga á nadie á ser diputado? Y si no se tiene fortuna para representar con decoro, interno y externo, al país, ¿por qué se meten á mendigar votos los que se hallan en ese caso? Luis Menard, amigo de Blanqui, y nada sospechoso en la materia, dice con noble franqueza: «Los pobres deben trabajar para su familia y los ricos para el país.» Esas democracias pagadas, añadimos nosotros, son democracias prostituídas. ¿No lo están ya bastante con el sistema parlamentario?

*
* *

BOSSUETIANA.—El gran Bossuet, implacable con los pecadores, por altos que estuvieran, era en la intimidad suave é indulgente, y nadie mejor que él, según Le Dieu, hubiera merecido el epíteto de Benigno. El mismo Saint-Simon dice que era «afable, humano, de acceso fácil; nada de austero, de pedante ni de almidonado». «Se veía obligado por su dignidad, á conservar cierta especie de superioridad por el bien mismo de las personas para tenerlas con mayor sumisión y orden.»

Un día, según refiere Gosset, le sorprendió la lluvia paseando en su jardín con sus familiares y otros religiosos. Todos se echaron á correr, y algunos le dijeron al paso:—«¡Cómo, monseñor! ¿No vais más de prisa?»—«No sienta bien correr á la dignidad de un prelado»—respondió con la mayor formalidad. Y siguió andando poco á poco. Cuando se reunió con los demás, sonrió y dijo con su pizquita de malicia:—«Nos hemos mojado algo más, pero no estamos cansados, porque no hemos corrido.»

Su vida era sencillísima. Su palacio episcopal, su cámara y su gabinete eran suntuosos, pero no los habitaba. Ocupaba un

pabellón en el parque, donde encontraba «una cama pintada de blanco, como de porcelana», y una mesita de cedro con cuatro cajones. Y allí dormía y trabajaba.

Después de cuatro ó cinco horas de reposo, se levantaba, se envolvía en un saco de piel de oso, y se ponía á la mesa. Cuando se sentía fatigado, se acostaba de nuevo. Por la mañana se daba un buen paseo por el campo, y esto lo reparaba todo, fatiga y preocupaciones. «Porque, á Dios gracias, decía, Dios me ha hecho la gracia de que nada me moleste: el sol, el viento, la lluvia... con todo me va bien.»

*
* *

LOS SIETE DEFECTOS DE LAS NOVELAS JAPONESAS CONTEMPORÁNEAS.—Es el Sr. Yamaji Aizan, un japonés distinguido, el que habla en la revista japonesa *Dokuritzu Hyoron* de las novelas japonesas, y dice así:

«1.º Las novelas de hoy se limitan á servir indigestas «tajadas de vida».

2.º No las hay que no choquen con las ideas del progreso.

3.º Las novelas de hoy fotografían, la mayor parte, el lado sombrío de la vida humana. No hacen valer su mitad luminosa. De modo que estas producciones engendran en los lectores ideas melancólicas. No le rodean ni de esperanza, ni de claridad.

4.º Las obras actuales no pasan de la superficie del agua. Si ponen en escena personajes por bajo de lo vulgar, jamás presentan criaturas humanas de nivel superior. Así los hechos que se desarrollan en el curso de un relato no salen de la trivialidad. No consiguen conmover.

5.º Las novelas de hoy se ocupan de las relaciones particulares de los hombres entre sí, de sus pensamientos, de sus sentimientos; se describen en ellas las olas burbujeantes de pequeñas afecciones; pero no se habla de los sentimientos generales que agitan la sociedad entera. Ignoran la energía intelectual y moral de los pueblos. Todo lo que tiene un carácter general,

las influencias que se ejercen, los esfuerzos y las resistencias de los hombres, todo esto se deja á un lado.

6.º Los novelistas actuales se esfuerzan en no pintar la verdadera vida humana. Por eso sus obras quedan al lado de la vida.

7.º Por poco que se mire atentamente la contextura de las novelas japonesas, se observa que la mayor parte de ellas se limitan á ser imitaciones de nuevos ensayos de novelas publicadas por los occidentales. Ahora bien, las adaptaciones del Occidente contrarían el libre desarrollo de la originalidad y de la vida nacional.

*
*
*

PEDAGOGÍA MODERNA.—Así se titula un libro del Dr. Juan García Purón, publicado en Buenos Aires por la casa Estrada y Compañía, para celebrar el centenario argentino.

El Dr. Purón es un benemérito asturiano que, tras larga peregrinación por las repúblicas hispano-americanas, y después de haber dirigido en los Estados Unidos la importante casa editorial de D'Appleton, ha vuelto, al cabo de treinta años, su terruño nativo, lleno de canas y de laureles.

Aunque paisano de Rodríguez San Pedro, no es tan latoso como él, y su libro es un elegante en 8.º menor, de 167 páginas, en las que se halla compendiado lo más sano y lo más moderno de los principios pedagógicos con especial aplicación á las Escuelas Normales argentinas. Diez capítulos lo integran (perdóneseme el uso de esta palabra, de que tanto se abusa en los tiempos que corren), y en ellos trata de la educación en general, del fundamento y fin de la educación, y de la pedagogía, como arte y como ciencia, de la herencia, del desarrollo y de la adaptación, de los principios pedagógicos, del trabajo escolar, del gobierno escolar, de las escuelas y de la estadística escolar, estudiando así, sucinta, pero sustancialmente, todos los interesantes problemas que preocupan al pedagogo y al sociólogo.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il diritto della Chiesa ed i reati di falso, per l'avv. prof. Marcello Finzi.
Milano, 1910.—Folleto de 23 págs.

Es una monografía, cuidadosamente elaborada, como suelen estarlo todos los trabajos del autor, y con la cual contribuye éste al estudio del derecho penal de la Iglesia católica, derecho que, no obstante la importancia y la influencia social que ha tenido, especialmente en tiempos anteriores al presente, no ha merecido gran atención por parte de los penalistas ni de los historiadores del derecho.

Trattato di polizia scientifica. Vol. I: Identificazione fisica, per S. Ottolenghi. Milano, Società Editrice Libreria, 1910. Un vol. de xx-446 págs., 14 liras.

El Dr. Ottolenghi, uno de los discípulos y colaboradores de Lombroso, ha sido, sino el creador—porque esto en ninguna clase de relaciones se puede aplicar verdaderamente á nadie—de la nueva doctrina, hoy tan desarrollada, que lleva el nombre de Policía científica, sí, por lo menos, uno de sus principales organizadores y cultivadores. A él es debida la primera escuela oficial, propiamente dicha, de Policía científica: la establecida, bajo su dirección, en Roma desde hace unos cuantos años. Esta escuela se va perfeccionando cada vez más, gracias á Ottolenghi, y gracias también á la inteligente cooperación

que éste ha encontrado en sus ayudantes, y sobre todo en los Dres. Gasti y Ellero, comisarios de policía. El influjo de la escuela, donde reciben instrucción adecuada para el buen desempeño de su cometido (tal y como aún hoy se entiende, creo que debo añadir) muchos funcionarios policíacos, va irradiando á otros centros análogos, así de la propia Italia como de otras naciones. El servicio de la policía, merced á este influjo y á la formación consiguiente del personal, va afinándose y perfeccionándose.

El Dr. Ottolenghi publicó en 1907 un libro, donde resumía en cuadros sinópticos (trazados con la colaboración del mentado Dr. Gasti) las lecciones que da en la Escuela de Policía científica de Roma. Y ahora ha comenzado la publicación de esas lecciones más por extenso, dando á luz un completo *Tra-tado* de policía científica, que constará de dos volúmenes, el primero de los cuales acaba de ver la luz en la casa editorial de Milán «Società Editrice Libreria».

Este primer volumen comprende—conforme lo indica el subtítulo de él—la materia concerniente á la identificación física de las personas, ó sea la relativa al señalamiento descriptivo (el más importante de todos, según Ottolenghi), tanto anatómico (retrato hablado) como funcional, la relativa al señalamiento dactiloscópico, la relativa al señalamiento antropométrico y la relativa al señalamiento fotográfico.

El autor, con su gran competencia en todas las cuestiones de esta índole, da acerca de las mismas un buen resumen de lo que más conviene saber, ilustrando la doctrina con algunos centenares de grabados.

Es una obra que pueden leer con interés y provecho, no tan sólo los técnicos consagrados al estudio y práctica de los problemas tocantes á la antropología y la identificación, sino también toda clase de personas.

Il fenomeno della guerra e l'idea della pace.—Discurso inaugural del curso de 1909 á 1910 en la Universidad de Sassari, por el prof. Jorge Del Vecchio. Sassari, 1909. Folleto de 62 págs., 2,50 liras.

La causa de la guerra, de su valor social, su necesidad, etc., ha sido defendida y combatida por muchos escritores y desde muchos puntos de vista. Lo seguirá siendo ¡sabe Dios hasta cuándo!, hasta que ella desaparezca, cosa que parece un poco lejana.

El profesor del Vecchio ha dedicado al asunto su discurso inaugural del año académico último en la Universidad de Sassari, donde enseña; y para ello ha puesto á contribución su mucha cultura y erudición filosóficas, bien conocidas ya de antes por otros trabajos del mismo autor.

No es un adversario sistemático de la guerra, ni tampoco un sistemático defensor de la misma á toda costa. Reconoce que ha sido y es un fenómeno histórico. Examina críticamente los pretendidos beneficios y los pretendidos daños que en favor de ella ó á cargo suyo se alegan de una y otra parte, fundamento de otras tantas razones en su apoyo ó en su descrédito. Críticamente también analiza las teorías que, enfrente de la guerra y estimándola como un mal transitorio, han propuesto y defendido el ideal de la paz, organizando al efecto la vida de las naciones en tal ó cual forma. Y, por último, defiende también él este ideal de la paz, no en sí mismo y con valor sustantivo, sino en cuanto se concierte con la justicia y la produzca. «Si el ideal de la paz—dice—no hubiera de ser un estímulo á la acción, un excitante á la virtud activa y al sacrificio individual, tendrían razón los *polemist* que eusalzan, frente á él, la guerra, la cual, por lo menos, es disciplina de las voluntades y escuela de abnegación.

P. DORADO

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La *Biblioteca Renacimiento* ha puesto á la venta un nuevo libro. Titúlase *La literatura francesa moderna: El romanticismo*, y lo firma la Condesa de Pardo Bazán. Con esto bastaría para hacer su mejor elogio; pero debemos insistir acerca de la importancia excepcional del nuevo volumen, por ser entre los de su ilustre autora uno de los más nutridos de ciencia, y sin duda ninguna el único español donde se estudia con absoluto conocimiento de causa todo el movimiento literario francés, desde Rousseau hasta Víctor Hugo. Este período es, acaso, el más floreciente de las letras francesas en los dos últimos siglos, y preparó la producción posterior.

La misma *Biblioteca Renacimiento* ha puesto á la venta dos reediciones de la misma autora: sus primorosos é interesantísimos *Cuentos de amor* y *La Quimera*, que es, sin disputa, la mejor novela de la Condesa de Pardo Bazán.

El sabio rector de la Universidad de Salamanca ha publicado un nuevo libro, titulado *Mi religión y otros ensayos breves*, en el cual se halla contenida gran cantidad de ideas filosóficas, todas ellas de un alto valor científico y social. El pragmatismo, la nueva escuela de filosofía aplicada á la vida corriente, si no creada por Unamuno, bien puede decirse que ha tenido en él uno de sus iniciadores, puesto que cuando aún no se conocía en España, ya había publicado el insigne catedrático muchos trabajos que coincidían con la flamante doctrina. Todos los ensayos de este nuevo volumen, y particularmente aquellos en que el autor descubre su religión, son páginas interesantísimas, pues aparte el valor de la originalidad, poseen el raro mérito de ser afirmaciones de que participan la generalidad de los hombres, aunque procuran ocultarlas por temores mezquinos.

ÍNDICE

	Págs.
<i>Museos de Folk-lore</i> , por Telesforo de Aranzadi.....	5
<i>Añoranzas de Granada</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	33
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	56
<i>Parnaso internacional: Al levantarse en el campo</i> , de Ernesto Raynaud.— <i>Fantasia</i> , de Gerardo de Nerval.....	67
<i>Las Cortes de Isabel II: Crónicas parlamentarias</i> , por Carlos Cambronero.....	69
<i>Un viaje artístico por Italia en 1819 y 1820</i> , por A. Paz y Melia..	93
<i>Nuestra legislación medioeval</i> , por Juan Ruiz de Obregón y Retortillo.....	124
<i>El país del placer</i> (novela), por Edit Wharton.....	135
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	166
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	200
<i>Noticias bibliográficas</i>	203

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
175		54	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	— Eugenia Grandet. ...	3
176		112	
— La Reforma integral de la legislación civil..	4	— La Quiebra de César Birotteau.	3
177		62	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcojurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3	— Papá Goriot.....	3
315		76	
Amiel.—Diario íntimo..	9	— Ursula Mirouet.....	3
327-328		2	
Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols.	16	Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3
178		12	
Anónimo.—¿Académicas?	1	— El Dandismo y Jorge Brummel.	3
179		131	
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1	— La Hechizada.	3
183		120	
Araujo.—Goya.....	3	— Las Diabólicas.	3
180		124	
Arenal. — El Delito colectivo.....	1,50	— Una historia sin nombre.....	3
182		110	
— El Derecho de gracia.	3	— Venganza de una mujer.....	3
181		130	
— El Visitador del preso.	3	Baudelaire.— Los paraísos artificiales.	3
323		163	
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7	Becerro de Bengoa.— Trueba.	1
114		174	
Arnold. — La crítica en la actualidad.....	3	Bergeret.— Eugenio Mouton (Merinos)	1
172		353	
Asensio.—Fernán Caballero.....	1	Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
39		311	
— Martín Alonso Pinzón.	3	Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
184		380	
Asser. — Derecho Internacional privado.....	6	— La Oposición bajo los Césares.....	7
368		169	
Bargehot.—La Constitución inglesa.....	7	Eourget.—Hipólito Taine	0,50
391		395	
— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.	4	Bréal.—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).	5
416		447	
Baldwin.—Elementos de Psicología.....	8	Bredif.—La Elocuencia política en Grecia.....	7
111		399	
Balzac.—César Birotteau	3	Bret Harte.—Bloqueados por la nieve.....	2

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Peseta
367 Bunge.—La Educación..	12	59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3
185-186 Burgess.—Ciencia política y Derecho cons- titucional comparados (dos tomos).....	14	125 — Cuentos y fantasías..	3
187 Buylla.—Economía.....	12	13-14 — Jack (dos tomos)...	6
36-37 Campe.—Historia de América (dos tomos)..	6	22 — La Evangelista.....	3
156 Campoamor.—Cánovas.	1	46 — Novelas del lunes....	3
79 — Doloras, cantares y hu- moradas.	3	425 Dollinger.—El Pontifi- cado.....	6
69 — Ternezas y flores.....	3	166 Dorado.—Concepción Arenal.....	1
317-354-371 Carlyle.—La Re- volución francesa (tres tomos).....	24	33 Dostoyusky.—La nove- la del presidio.....	3
393 — Pasado y presente....	7	301 Dowden.—Historia de la literatura francesa..	9
188 Carnevale.—Filosofía jurídica.—Crítica pe- nal.....	5	402 Dumas.—Actea.....	2
189 — La cuestión de la pena de muerte.....	3	326 Emerson.—La ley de la vida.....	5
102 Caro.—Costumbres lite- rarias.....	3	332 — Hombres simbólicos. .	4
140 — El Derecho y la fuerza.	3	413 Emerson.—Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos....	3,50
58 — El pesimismo en el si- glo XIX.....	3	442 — Inglaterra y el carác- ter inglés.....	4
65 — El suicidio y la civili- zación.....	3	459 — Los veinte ensayos...	7
127 — Littré y el Positivismo	3	340 Eltzbacher.—El anar- quismo, según sus más ilustres representantes.	7
363 — La filosofía de Goethe	6	342 Ellis Stevens.—La Cons- titución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Histo- ria de Inglaterra y de sus colonias.....	4
293 Castro.—El libro de los galicismos.....	3	162 Fernán Flor.—Tamayo..	1
361 Champcommunale.—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10	158 — Zorrilla.....	1
190-191 Collins.—Resumen de la filosofía de Spen- cer (dos tomos).....	15	155 Fernández Guerra.— Hartzenbusch.....	1
64 Coppée.—Un idilio.....	3	92 Ferrán.—Obras completas	3
40 Cherbuliez.—Amores frágiles.. ..	3	42 Ferry.—Estudios de An- tropología.....	3
26 — La tema de Juan To- zudo.....	3	329 Fichte.—Discursos á la Nación Alemana. La re- generación y educación de la Alemania moderna.	5
93 — Meta Holdenis.....	3	352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
18 — Mis Rovel.....	3	357 Fitzmaurice - Kelly.— Historia de la Literatu- ra española.....	10
91 — Paula Mere.....	3	24 Flaubert.—Un corazón sencillo.....	3
394 Colombey.—Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6	390 Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
437 Comte.—Principios de Filosofía positiva.....	2	196-197 Fouillee.—Historia de la filosofía (dos tomos)	12
404 Couperus.—Su Majestad.	3	195 — La ciencia social con- temporánea.....	8
297-298 Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15		

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
194 Fouillee.—Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7	44 — La Elisa.....	3
451-452—Historia de la filosofía de Platón (<i>dos tomos</i>)	12	61 — La Faustín.....	3
333 Fournier.—El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las fases históricas.....	3	129 — La señora Gervaisais..	3
198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal (<i>dos tomos</i>).....	15	318 — Las favoritas de Luis XV.....	6
302-303 Gabba.—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (<i>dos tomos</i>)..	15	6 — Querida.....	3
307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana....	9	11 — Renata Mauperín....	3
201 Garofalo.—Indemnización á las víctimas del delito.....	4	358 — La Du-Barry.....	4
200 — La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10	206 González.—Derecho usual	5
202 — La superstición socialista.....	5	282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (<i>dos tomos</i>)..	14
98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3	207 Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros..	7
167 — Enrique Heine.....	1	208 Grave.—La sociedad futura.....	8
132 Gautier.—Madama de Girardin y Balzac....	3	469, 470, 461 - 462. Green.—Historia del Pueblo inglés (<i>cuatro tomos</i>).....	25
121 — Nerval y Baudelaire..	3	209 Gross.—Manual del juez.	12
70 Gay.—Los Salones célebres.....	3	210 Gumpowicz.—Derecho político filosófico.....	10
345 George.—Protección y librecambio.....	9	211 — Lucha de razas.....	8
421 — Problemas Sociales..	5	330—Compendio de Sociología	9
261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10	212 Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
414 — Sociología inductiva.	6	331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
286 Giuriati.—Los errores judiciales.....	7	471 Hailman.—Historia de la Pedagogía.....	2
164 Gladstone.—Lord Macaulay.....	1	290 Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
287 Goethe.—Memorias.....	5	213 Hausonville.—La juventud de Lord Byron.	5
406 Gonblanc.—Historia general de la Literatura.	6	324 Heiberg.—Novelas Danesas.....	3
21 Goncourt.—Germinia Lacertoux.....	3	41 Heine.—Memorias.....	3
204 — Historia de María Antonieta.....	7	314 — Alemania.....	6
		396 Höffding.—Psicología experimental.....	9
		426 Hume.—Historia de la España contemporánea..	8
		412 — Historia del Pueblo Español.....	9
		214 Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
		316 Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6
		3 Ibsen.—Casa de muñeca.	5
		53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
		216 Janet.—La familia.....	5
		423 Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
		217 Kells Ingram.—Historia	

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
		ternacional.—Apéndice.	
218 Kidd. — La evolución social.....	7	—La Paz y la guerra..	8
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.	7	410 Martín.— La Moral en China.....	4
295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....	3	173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1
322 Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres.....	2,50	375 Max-Muller.— La ciencia del lenguaje.....	8
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	6	366 — Hist. de las religiones.	8
221 Laveleye. — Economía política.....	7	455 — La Mitología comparada.....	7
369 — El Socialismo contemporáneo.....	7	341 Max-Stirner.—El Único y su propiedad.....	9
220 Lange.—Luis Vives....	8	160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1
454 Larcher y Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	2,50	152 — Núñez de Arce.....	1
319 Lemcke.—Estética.....	8	284 Meneval. — María Estuardo.....	6
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	5	383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
321 Leroy-Beaulieu. — Economía política.....	8	387-388 — Psicología (<i>dos tomos</i>).....	12
474 Lester Ward. — Factores Psíquicos de la Civilización.....	8	392 — Ontología.....	10
434 Lewis-Patte.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	3	427 — Criteriología general.	9
72 Lombroso.—El Hipnotismo.....	8	418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..	2
222 — La Escuela criminológico-positivista.....	7	118 Merimee.—Colomba....	3
385-386 Lombroso.—Medicina legal (<i>dos tomos</i>)....	3	133 — Mis perlas	3
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	7	450 Merker.—Derecho penal.	10
223 Lubbock. — El empleo de la vida.	15	230-231 Miraglia. — Filosofía del Derecho (<i>dos tomos</i>).....	15
99 — La Vida dichosa.....	3	296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
438 Macaulay. — Estudios jurídicos.....	7	440-373 — Derecho penal romano (<i>dos tomos</i>).....	18
294 — La Educación.....	6	398 Monton. — El deber de castigar.....	4
305-306 — Vida, memorias y cartas (<i>dos tomos</i>).....	3	170 Molins. — Bretón de los Herreros.....	1
460 Mac-Donald.—El criminal tipo.....	7	295 Murray.—Historia de la Literatura clásicagriega	10
224 Manduca. — El Procedimiento penal.....	3	312 Nansen.—Hacia el Polo.	6
225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (<i>tres tomos</i>)	6	472 Nardi-Greco.—Sociología jurídica.....	9
424 — Tratado de Derecho in-	7	232 Neera.—Teresa.....	3
		233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno.....	6
		308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra	7
		335 — Más allá del bien y del mal.....	5
		336 — La Genealogía de la moral.....	3
		350 — Humano, demasiado humano.....	6

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Green.—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Guerra.—Vida de Hartzbusch, 1 peseta.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
Guyan.—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
Hailman.—H.^a de la Pedagogía, 2 pesetas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
Hanssonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.
Höfding.—Psicología Experimental, 9 ptas.
Hume.—Historia del Pueblo Español, 9 ptas.—Historia de la España Contemporánea, 8.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 p.
Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Jitta.—Método de Derecho internacional, 9.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Korolenko.—El desertor de Sajalin, 2,50.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Larcher y P. J. Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 ptas.
Laveleye.—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 ptas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 ptas.
Lester-ward.—Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.
Lewis-Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 ptas.
Liesse.—El Trabajo, 9 pesetas.
Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Florentti.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.
Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.
Martín.—La moral en China, 4 pesetas.
Mattirolo.—Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.
Maupassant y Alexis.—Vida de Zola, 1 peseta.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 ptas.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.—La Mitología comparada, 7 ptas.
Menéndez y Pelayo.—Vida de Núñez de Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.
Mercier.—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses, 2 pesetas.
Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 t., 15 p.
Molins.—Vida de Bretón, 1 peseta.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pesetas.
Mouton.—El deber de castigar, 4 ptas.
Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Nardi-Greco.—Sociología jurídica, 9 ptas.
Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Ultimos opúsculos, 5 ptas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.
Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.
Papini.—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3 pesetas.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Vida de Campoamor, 1 peseta.—De Alarcón, 1 peseta.
Passarge.—Vida de Ibsen, 1 peseta.
Picón (J. O.).—Vida de Ayala, 1 peseta.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Potapenko.—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
Prévost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.
Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.
Ribbing.—La higiene sexual, 3 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 15 tomos, 103 ptas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Rod.—El silencio, 3 pesetas.
Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
Roosevelt.—Nueva-York, 4 pesetas.
Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 ptas.
Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Sansonetti.—Derecho Constitucional, 9 ps.
Sardou.—La perla negra, 3 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.—Endemonología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 ps.—La Nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 ptas.
Sienkiewicz.—Orso. En vano, 2 pesetas.
Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy, novela, 2.
Sombart.—El Socialismo y el Movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

- Sohm.**—Derecho privado romano, 14 ptas.
Squillace.—Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
Stirner.—El Único y su propiedad, 9 ptas.
Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 pts.
Strafforello.—Después de la muerte, 3 ps.
Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
Suttner.—High-Life, 3 pesetas.
Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 5 tomos, 36 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.
Tchekhof.—Un duelo, 1 pta.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.
Tolstoy.—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pesetas.—Iván el imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Turgueneff.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudín, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.
Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Vaccaro.—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.
Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bancas Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Horgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 ptas.
Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos (Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Ellemborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt) 7 pesetas.
Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.
Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.
Wallace.—Rusia, 4 pesetas.
Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
Whitman.—La Alemania Imperial, 5 ptas.
Willoughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas.
Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vols., 15 pesetas.
Wundt.—Compendio de Psicología, 9 ptas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.
Zola.—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sandou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teófilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Las veladas de Médan, 3 pesetas.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

- Ricci:** Derecho civil, 15 tomos, 103 ptas.—**Hailman:** Historia de la Pedagogía, 2 ptas.—**Nardi-Greco:** Sociología jurídica, 9 ptas.—**Papini:** Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3 pesetas.—**Lester Ward:** Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.—**Strafforello:** Después de la muerte, 3 pesetas.—**Taine:** Los orígenes de la Francia contemporánea, tomo III, 6 pesetas.—**M. A. Vaccaro:** Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.—**Novicow:** La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.—**Mattiolo:** Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.—**Taine:** Los orígenes de la Francia contemporánea, tomo IV, 7 pesetas.—**Brooks Adams:** La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.—**Perrot:** El Derecho público en Atenas, 4 pesetas.—**J. Girard:** La Eloquencia Ática, 4 pesetas.—**Taine:** Los orígenes de la Francia contemporánea, tomo V, 6 pesetas.—**Squillace:** Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintidós años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

Condiciones de suscripción.

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año, 24 pesetas. El número suelto en España 1,75 pesetas, en el extranjero dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López de Hoyos 6, esquina á la de Serrano. Madrid.